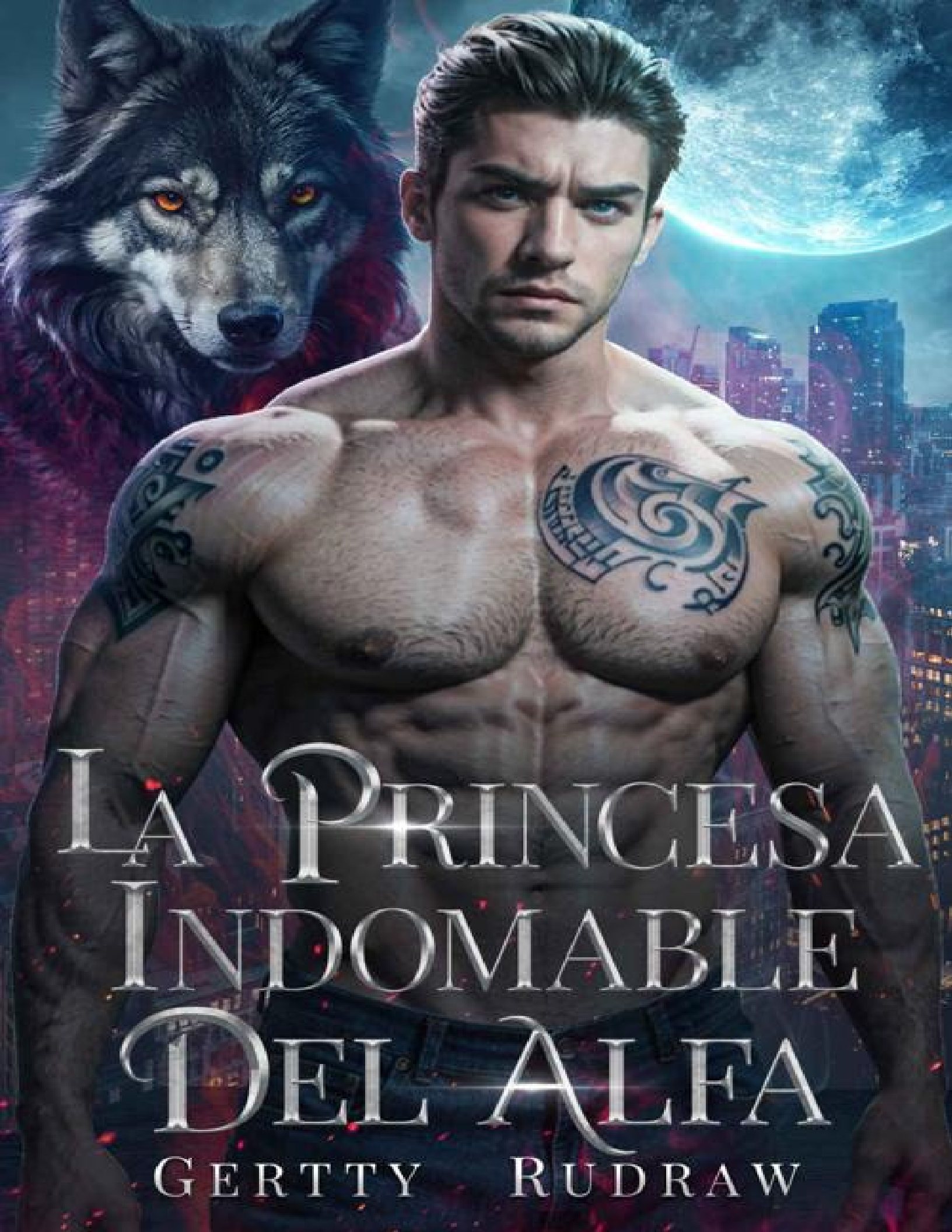




LA PRINCESA INDOMABLE DEL ALFA

GERTTY RUDRAW

LA PRINCESA INDOMABLE DEL ALFA



GERTTY RUDRAW

© Copyright 2024 - Todos los derechos reservados.

No es legal la reproducción, duplicación o transmisión de ninguna parte de este documento, ni por medios electrónicos ni en formato impreso. La grabación de esta publicación está estrictamente prohibida y no se permite el almacenamiento de este documento a menos que se cuente con el permiso por escrito del editor, excepto para el uso de breves citas en una reseña del libro.

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o con lugares, eventos o localizaciones es pura coincidencia.

✿ Creado con Vellum

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Epílogo](#)

CAPÍTULO 1



PRAIRIE

—¿E s esa su sangre?

—Lo ha matado, creo que es de Alexander.

—Alguien dijo que era de Phoenix. Se lo merece.

Los susurros continuaron, cada uno más duro que el anterior, susurros de extraños que hablaban de mi padre y mi hermano. Un hombre alto entró en la sala y todas las miradas, incluida la mía, se clavaron en él. Me resultaba familiar, pero no sabía por qué. Nunca le había visto antes, pero era obvio que mis compañeros lobos sí le conocían.

Su camisa antes blanca estaba hecha jirones apenas cubría un torso desgarrado en el que apenas me fijé. Iba acompañado por una docena de hombres, pero él era el que más destacaba. Los murmullos se calmaron cuando se dirigió hacia mí.

La sangre empapaba su camisa rota, al igual que su cara y su pecho. No pude distinguir si era la sangre de mi hermano o la de mi padre. Las dos olían igual y hacía tiempo que no ponía en práctica mi sentido del olfato, por lo que estaba un poco oxidada.

Mis guardias seguían luchando, tratando de mantenerme a salvo.

—No te preocupes, princesa Prairie. Te protegeremos...

Una flecha silbó junto a mí y el joven guardia que acababa de tranquilizarme se desplomó en el suelo. El otro a mi derecha le siguió y quedé indefensa ante la manada de hombres lobo que me rodeaba como si yo fuera comida y ellos no hubieran comido en meses.

Parece que pronto me uniré a mi padre y a mi hermano...

* * *

La reserva estaba repleta de lobos, todos agazapados en su forma humana, observando la escena que se desarrollaba ante ellos. Por supuesto, yo era la estrella de esa escena, pero a nadie le importaba, ¿verdad?

Aunque temblaba de pies a cabeza, mantuve la postura, la cabeza alta, los hombros rectos y la mirada distante.

El camino era largo, como un pasillo, y yo era la novia que esperaba a mi novio. Sin embargo, el hombre y sus guardias (la única forma que se me ocurrió de referirme a los hombres que lo flanqueaban mientras se acercaba) se tomaron su tiempo para llegar hasta mí, lo que aproveché para observarle con detalle. Me resultaba familiar, pero no podía reconocerlo.

—Inclínate y arrodíllate ante el nuevo Alfa, princesa.

Uno de los hombres más cercanos a mí me empujó con fuerza hacia delante, pero yo no era servil. No lo fui con mi padre, y no empezaría a serlo ahora.

Mi cerebro intentó advertirme, pero yo nunca había atendido a razones. Sin pensarlo, me lancé hacia el hombre que tenía más cerca. Gracias a la ventaja de la sorpresa, pude apartarlo con facilidad, al tiempo que oía cómo le crujía con fuerza la rodilla.

Con rapidez corrí hacia el siguiente. Estaba preparado y esquivó mi primer golpe, pero no vio venir el segundo y cayó con la misma facilidad que el primero. El murmullo de la multitud se convirtió en un zumbido sordo mientras mi corazón latía con fuerza en mi pecho, haciendo que la sangre fluyera por mis venas a toda velocidad. Pero toda mi adrenalina desapareció cuando una mano me rodeó el cuello con fuerza y, un segundo después, me estrellé contra la pared detrás de la que mi padre se sentaba para discutir asuntos con los Ancianos y, de vez en cuando, con la manada.

Unos ojos grises, los más fríos que había visto jamás, me miraban con una mezcla de ira e irritación. A pesar de que las manos que me rodeaban el cuello no me apretaban ni me hacían daño, intenté apartar su cuerpo de mí apoyando mis manos en su pecho, pero no lo conseguí. Fue como intentar mover una pared.

—Tu padre está muerto, quédate quieta o tú serás la siguiente.

Durante los años que viví lejos de casa, siempre supe que alguien llamaría para comunicarme la muerte de mi padre, pero jamás imaginé que sería así. Mi padre, Alexander Lonsdale era un tirano y un matón y estaba segura de que moriría a manos de uno de sus numerosos enemigos, pero no de este.

El hombre que tenía delante, el de los ojos grises, era el mismo que había guiado a los hombres hasta la reserva hacía unos instantes. Era increíblemente fuerte, y su musculosa mano aún me sujetaba por el cuello. Estaba segura de podría partirme en dos como una ramita y que nadie intentaría detenerlo porque, para empezar, yo no tenía amigos en la manada.

Tenía mi misma edad. La mayoría de los enemigos de mi padre eran más mayores, por lo que aún no podía creer que aquel joven fuera a ser el próximo Alfa de la manada Chandra. El cabello, de un castaño intenso, rizado y suelto, le llegaba hasta los hombros. Era mucho más alto que yo, tanto que yo hubiera tenido que echar la cabeza hacia atrás para mirarle a los ojos si no me estuviera sosteniendo a esa altura.

Su rostro era anguloso, con ojos de halcón, mandíbula hendida y pómulos altos. Desde luego, podía dar mucho trabajo a los cirujanos plásticos. No era guapo en el sentido tradicional, pero tenía una cara de lo más interesante. Era casi imposible apartar la mirada de él.

—Vas a tener que matarme entonces —repliqué con voz gutural por la ira.

Estaba harta de hombres como él, que llegaban al poder usando la fuerza y la intimidación y después esperaban que las mujeres se acobardasen ante sus amenazas y su fuerza.

Su mirada casi fantasmal recorrió despacio mi rostro y sentí un destello de algo caliente y volátil en mi interior. Por primera vez desde que me inmovilizó contra la pared, sentí la huella de su cuerpo caliente contra el mío, la dureza de su muslo presionando el mío y sus abdominales delanteros contra mis pechos. La mano que me rodeaba el cuello se aflojó y abrió los ojos de par en par, con las pupilas dilatadas.

Me soltó sin previo aviso y caí al suelo rocoso, pero antes de que pudiera pensar en aprovechar para escapar, dos de sus hombres me sujetaron, uno a cada lado. Luché por soltarme, aunque sabía que era inútil. Hicieron caso omiso de mis gruñidos y protestas y me apartaron con el resto de la multitud. No me quedó otra opción que ver cómo su líder (ahora no me cabía duda de que lo era) ocupaba la silla de mi padre en el centro de la reserva.

—Lobos de Chandra. —Su voz retumbó en los antiguos salones de la reserva y se hizo tal silencio que se hubiera podido oír caer un alfiler. Nadie se atrevía a respirar, y mucho menos a interrumpirle—. Ha comenzado una nueva era para vuestra manada. El día de hoy marca el fin del reinado de los Lonsdale. He derrotado a Alexander Lonsdale en un desafío sin precedentes.

Nuevos murmullos siguió a sus palabras. Oí algunas protestas de leales partidarios de mi padre, pero las apagaron los vítores de júbilo de quienes lo odiaban. El nuevo Alfa levantó la mano para pedir silencio y toda la sala obedeció.

Miré embobada la elegancia con la que se desenvolvía, que parecía connatural a él. Nunca pensé que conocería a un Alfa distinto de Alexander Lonsdale, y menos aún a otro que también que encarnara el significado de la palabra, tanto en palabras como en acciones.

—Sé que hay quienes podrían tratar de oponerse a mi autoridad, y aunque estoy abierto al diálogo, no dudaré en destruir a cualquier hombre o mujer que intente sembrar discordia dentro de esta manada.

—Estamos contigo, Alfa —aseguró Magnimus, uno de los Ancianos de la manada.

Cuando miré a los demás, todos asintieron. Me di cuenta de que algunos parecían indecisos, pero eran lo bastante listos como para no expresar su descontento, sobre todo después de que el nuevo Alfa acabara de amenazarlos con la muerte.

—Ya lo veremos, Magnimus. Por ahora, tenemos mucho que hacer.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó Magnimus, haciendo un gesto hacia mí.

No le conocía en persona, pero lo había visto varias veces en las Convenciones de Hombres Lobo, eventos que odiaba con todo mi ser, pero a los que debía asistir por ser la hija del Alfa. Aunque a mí no me gustaban, Phoenix vivía para ellos. Mi hermano se había estado preparando toda su vida para convertirse en el próximo Alfa de la Manada Chandra.

Éramos la más poderosa tanto en número como en fuerza. De todos los linajes de lobos, la Manada Chandra, también conocida como Los lobos de la luna, era la más respetada y temida porque éramos los descendientes directos de los primeros Licántropos. Por ello, quien gobernara la Manada Chandra prácticamente dirigía el mundo de los Hombres lobo.

—Su hermano ha huido. Podemos utilizarla para lograr su rendición —sugirió otro Anciano. Tenía un mechón de pelo canoso, abundante y largo, aunque nada que ver con el del nuevo Alfa.

Sus palabras me hicieron soltar una carcajada tan sonora que todos me miraron como si me hubiera vuelto loca, excepto el hombre que ocupaba la silla de mi padre. Desde que me dejó caer al suelo, no había vuelto a mirarme, no sabía si porque me estaba ignorando a propósito o..., no tenía ni idea de cuál podría ser la otra opción.

—¿Tiene algo que decir, señorita? —preguntó.

Su voz no era áspera. Resultaba sabia y curiosa. Dejé de reírme, aunque conservé una sonrisa amarga.

—Sois unos estúpidos si creéis que podéis usarme para obligar a Phoenix a rendirse. Nos odiamos. Os sería más útil matarme ahora.

Nuevos murmullos siguieron a mis palabras mientras yo permanecía en silencio, mirando fijamente al hombre y deseando que me mirara, pero él mantenía el gesto inexpresivo y parecía estar sumido en sus pensamientos.

De pronto, giró la cabeza y sus ojos se encontraron con los míos en lo que pareció un duelo de miradas. No supe por qué, pero no hubiera podido dejar de mirarle, aunque mi vida hubiera dependido de ello, lo cual era realmente extraño. Nunca en mi vida había sentido una atracción tan fuerte hacia nadie. Y mucho menos hacia el hombre que iba a asesinarme.

—Encerradla sola hasta que decida qué hacer con ella. —Sus ojos no se apartaron de los míos mientras hablaba, y en cuanto dio la orden, los hombres me sacaron de allí.

Lo hicieron a través de una habitación trasera de la casa principal. La casa de mi infancia era una mansión mausoleo que parecía más un museo que un hogar. Me llevaron por las escaleras de caracol, pasando por mi dormitorio y el de Phoenix, hasta el ala oeste, en la nunca me adentré durante los años que viví allí.

Me encerraron en una especie de biblioteca, pero con cama y baño. Mi propia prisión privada.

Estaba demasiado conmocionada como para buscar una salida, tanto que no supe cuánto tiempo pasé tumbada, inmóvil, tratando de asimilar lo ocurrido en los últimos tres días. Todo lo que había desembocado en mi situación actual, que o bien cambiaría el curso de mi destino para siempre, o acabaría con él de una vez por todas.

Tras sacudirme el polvo después de levantarme del suelo, decidí echar un vistazo a lo que me rodeaba. La habitación estaba en penumbra y no se veía gran cosa, pero me las arreglé y revisé las estanterías llenas de libros. Uno de ellos, un libro de bolsillo con cubierta dorada llamó mi atención. Un libro de profecías.

Parecía bastante interesante y necesitaba distraerme. Lo cogí de la estantería y retrocedí a trompicones cuando algo más cayó de la estantería y aterrizó a mis pies.

Era un libro aún más pequeño, viejo y muy usado, como si hubiera pasado por muchas manos antes de encontrar aquí su hogar. Lo cogí para devolverlo a su lugar, pero me picó la curiosidad y, al abrirlo, me topé con una nota manuscrita.

Me llamó la atención la letra con la que estaba escrita, al igual que el nombre que la firmaba, que hizo que un escalofrío recorriera mi espina dorsal.

«Coge a la niña y a su madre y abandona la ciudad. Alex sabe lo del chico y temo que venga a por ti.

L.E. Lonsdale».

Conocía esas iniciales como la palma de mi mano, L de Leanna y E de Emery. Las iniciales de mi difunta madre.

CAPÍTULO 2



NICHOLAS

—**D**ebí haberlo matado cuando tuve la oportunidad.

Yo solía tomar decisiones de las que sabía que no me arrepentiría en el futuro, pero nada lamentaba más que no haber clavado mi flecha en pleno corazón de Phoenix Lonsdale cuando tuve la oportunidad. Dudé porque pensé que valía la pena salvarlo.

Ahora me daba cuenta de que aquel hombre no era menos tirano que su padre, y dejarle marchar sólo causaría problemas a la manada.

Al pensar en su hermana, recluida en algún lugar bajo este mismo techo, me pregunté si dejarla vivir era la decisión correcta. Pero ni siquiera la seguridad de la manada era suficiente para empujarme a matar a una mujer desarmada e indefensa.

—Hiciste lo que creíste correcto, Nicholas. No te castigues por ello. Nos ocuparemos de Phoenix Lonsdale cuando se convierta en un problema. Por ahora, tenemos que lidiar con la hija de Lonsdale.

Douglas me dirigió una mirada severa, no porque me reprochara nada, sino porque quería que comprendiera la importancia de sus palabras. Aprender de él y crecer bajo su tutela me permitió familiarizarme con sus miradas, pero en otros aspectos, seguía siendo un misterio para mí.

—No puedo matar a una mujer indefensa —espeté.

Él negó con la cabeza y se alejó de la puerta donde estaba para sentarse en uno de los sillones de la esquina más alejada de la habitación.

Estábamos en el estudio de Alexander Lonsdale, dentro del lugar que él había llamado hogar. Una mansión imponente, demasiado grande para que sólo vivieran unas pocas personas, pero esa era la menor de mis preocupaciones ahora mismo.

—Nadie te está pidiendo que la mates, Nick —repuso en tono conciliador.

Su rostro reflejaba cansancio, pero ya estaba limpio de sangre. Ambos nos habíamos aseado después del desafío y yo había convocado una reunión de los Ancianos antes de decidir qué hacer con Prairie Lonsdale.

Los Ancianos esperaban en el vestíbulo de la casa principal y yo había pedido a Douglas en privado su opinión sobre la ello. Aunque éste era un terreno nuevo para mí, sabía que él tenía cierta experiencia en asuntos del gobierno.

Él fue uno de los consejeros de mayor confianza de Alexander antes de que yo naciera, mucho antes de que Alexander se convirtiera en el loco gobernante que fue hacia el final. Comenzó a tomar medidas egoístas, como a matar a todos los varones nacidos en la primera luna si nacían el primer lunes de un nuevo mes. Douglas nunca dejó de recordarme que era la misma fecha en la que yo había nacido, y que estaba destinado a grandes cosas.

Me quedé mirando la puerta, pensando en Prairie Lonsdale. Sentí el fuerte impulso de buscarla y hacerle más preguntas. Me preguntaba qué había querido decir con que a su hermano no le importaba si vivía o moría. ¿Y por qué ni siquiera había pestañado ante la noticia de la muerte de su padre?

No era en absoluto lo que esperaba, y verla derribar a dos de mis mejores hombres como si aún fueran crías de hombre lobo fue impresionante. Aun así, ella era el enemigo. Toda mi vida consideré a toda su familia como tal.

—¿Crees que decía la verdad? —pregunté a Douglas, que levantó la cabeza para mirarme.

—¿Sobre su hermano? —preguntó. Como no respondí, continuó—. Ha habido rumores sobre su educación.

Me quedé mirándolo, deseoso de saber más. Sabía que ella se había criado bajo el cuidado de niñeras y que había asistido a un internado para Hombres lobo de clase alta. También que había dejado de estar bajo el control de su padre en cuanto terminó la universidad, que trabajaba en una editorial y que sólo tenía una amiga, Faye Donovan, con la que comía todos los domingos.

En resumen, sabía cosas básicas sobre ella, pero no tenía ni idea de si mantenía una buena relación con su familia o no.

—¿Qué clase de rumores? —pregunté.

—Que ella y su padre nunca estuvieron de acuerdo. Alexander no sólo era un tirano con la manada, sino también con su propia hija. Phoenix era su favorito y actuaba como si Prairie no existiera.

—¿La misma relación con su hermano?

Douglas asintió.

—Maldita sea. Eso descarta cualquier posibilidad de negociar —gruñí.

—No descartes nada todavía, Nicholas. Puede que no podamos negociar con ellos, pero aún hay gente leal al apellido Lonsdale, Hombres lobo que se beneficiaron bajo la tiranía de Alexander. Puede que te guarden rencor, pero no a la chica, así que puede sernos útil.

Medité sus palabras, preguntándome qué quería decir, pero llegué a ninguna conclusión.

—Creo que deberías reunirte con los Ancianos. Puede que su opinión te resulte más útil que la mía. —Se puso en pie, cruzó las dos manos a la espalda y me miró expectante.

—¿Qué ocurre?

—No puedo irme a menos que me despidas, Alfa —respondió en tono era solemne y deferente.

Me di cuenta de que tenía razón. Aunque era como un padre para mí, ahora yo era el Alfa e imponía respeto incluso al más viejo de la manada.

—Puedes retirarte.

Él asintió antes de salir del estudio para reunirse con los demás Ancianos. Me puse en pie y caminé hacia el enorme cuadro que había en la pared, encima de la chimenea. Era un cuadro de Alexander, su hijo de cabellos dorados y su hija morena. Estaba claro que quien lo había pintado lo había hecho con prisas, porque no pude evitar fijarme en los rasgos de Prairie. Sólo la había visto unos minutos, pero no se parecía en nada a ella.

Sus rasgos no eran tan severos y sus ojos eran de un azul pálido. No un azul claro ni un azul grisáceo, sino un tono más profundo que cualquier otro que hubiera visto antes, con ligeros destellos cuando el sol incidía en ellos.

Inquietantemente hermosa, incluso cuando intentaba matar a algunos de mis mejores hombres. Odiaba haberme fijado en ella, pero hubiera sido imposible no hacerlo. Su pelo oscuro le caía por la espalda y su tez pálida le daba un aspecto fantasmal. Tenía que encontrar la manera de deshacerme de ella lo antes posible o acabaría metiéndose en mi cabeza.

Salí del estudio para dejar atrás aquellos pensamientos, pero uno de los guardias se abalanzó sobre mí desde el ala oeste con cara de pánico,

—¿Qué ocurre? —pregunté, preocupado.

—Es la princesa.

Antes de que añadiera nada más, salí a toda velocidad hacia la habitación en la que estaba encerrada. Oí que el guardia iba detrás de mí, pero no le presté atención, temeroso de que ella se hubiera hecho daño antes de que decidiéramos cuál sería su destino (o eso me decía a mí mismo).

Ryland Score estaba en la esquina con otro Hombre lobo, otro de los guardias, que tenía la camisa manchada de la sangre que goteaba desde su cara. ¿O era su oreja? Ryland le ayudaba a limpiarse la sangre y ambos gruñían a la puerta cerrada.

—¿Qué demonios ocurre aquí?

No pregunté a nadie en particular. Ryland fue el primero en acercarse a mí, con las manos aún cubiertas de sangre,

—¿Quién demonios está en esa habitación, un animal rabioso? Ha atacado a Cole y gruñe a cualquiera que intente abrir la puerta.

—Es la hija de Lonsdale, ¿por qué te ha atacado? —grité al guardia, que gimoteó por toda respuesta, con gesto culpable. Cuando no dijo nada, supe que había hecho algo que justificara el ataque.

Ignoré a Ryland y a los otros dos hombres, abrí la puerta y entré, cerrándola tras de mí. Ella estaba en la cama y, a diferencia de lo que Ryland acababa de decir, no gruñó. Cuando se volvió hacia mí, lo primero que noté fue la mirada salvaje en sus ojos, y lo siguiente fue que sus dedos estaban manchados de sangre.

—Dile a tus hombres que se guarden las putas manos o se las cortaré —advirtió con tanta calma que casi me costaba creer que fuera la misma persona que había atacado a otro Hombre lobo minutos antes.

—¿Mis hombres te han tocado? —pregunté, la ira burbujeando en mi interior.

Al acortar la distancia que nos separaba, supuse que se levantaría, pero ella se mantuvo inmóvil, con la barbilla levantada en señal de desafío, sin responder.

Me molestó su actitud. Su familia acababa de ser derrotada, pero no había ningún signo de rendición en su postura. Por el contrario, daba la sensación de que no dudaría en arrancarme la cabeza si pudiera, lo que me pareció admirable.

—¿Te ha tocado? —volví a preguntar.

Parpadeó y miró hacia otro lado antes de responder,

—Me trajo la comida. Yo estaba tumbada en la cama, pero sentí sus manos en mi cintura, levantándome el vestido.

Gruñí sin pensar, y ella me miró, con los ojos muy abiertos,

—Esa misma reacción tuve yo —dijo y sentí como si estuviéramos de acuerdo en algo.

Nos miramos durante unos instantes hasta que un fuerte golpe en la puerta nos interrumpió.

—No volverá a ocurrir —aseguré antes de salir.

Ryland y Douglas estaban junto a la puerta.

—Los Ancianos están esperando —dijo este último.

Miró a al Hombre lobo que sangraba y apartó la mirada. Podía oler su culpabilidad a kilómetros de distancia.

—Llévatelo. Me ocuparé de él más tarde —ordené a Ryland, que por un segundo pareció que iba a decir algo, pero decidió no hacerlo y sacó al hombre de allí. El segundo guardia se quedó en la puerta y yo me alejé con Douglas.

Los Ancianos, trece incluido Douglas, esperaban impacientes en el vestíbulo. Sus murmullos cesaron cuando entré. Eran los jefes de las familias más numerosas de la manada e informaban al Alfa sobre el estado de los asuntos de esta.

Habían servido a Lonsdale y algunos de ellos aún le eran leales. Yo sabía de quiénes eran, pero eran lo bastante listos como para no pasarse de la raya. Sin embargo, no dudaba de que iniciarían una rebelión a la menor oportunidad.

Me senté en el lugar principal de mesa redonda y me quedé mirando a los trece. Algunos desviaron la mirada, mientras que otros la sostuvieron. Pude ver cuáles se habían sometido a mí como Alfa y cuáles seguían aferrados al antiguo liderazgo.

—Douglas no debería estar aquí, no es miembro del Consejo de ancianos —comenzó Magnus.

El mismo hombre que aceptó acompañarme en la reserva señalaba con un dedo acusador a

Douglas y algunos de los Ancianos parecían estar de acuerdo con él.

—Douglas será mi asesor principal de ahora en adelante, y quien tenga algún problema con eso que lo hable conmigo —repliqué, haciendo mi primer nombramiento como Alfa. No me pasó desapercibida la sorpresa en la cara de Magnimus. Había sido el consejero de Alexander y probablemente esperaba ser también el mío.

—Sí, Alfa —murmuró el resto de los Ancianos.

Cuando miré a Magnimus, pareció que iba a rebatirme, pero se contuvo y asintió también.

—Bien —dije, dando por zanjado el asunto—. Os he convocado a todos para discutir qué hacer con la hija de Alexander. No sé cómo hicisteis las cosas en el pasado, pero me gustaría saber vuestra opinión antes de tomar una decisión.

Hubo una breve pausa, y no me pasaron desapercibidas las miradas cómplices que intercambiaron antes de que Magnimus hablara en su nombre.

—Hemos hablado del ello, Alfa, y creemos que lo mejor sería, por una cuestión de diplomacia, que te casaras con la chica.

Me lo quedé mirando durante unos instantes hasta que me di cuenta de lo que me estaban pidiendo.

—Dices que quieres unir a la manada y negociar la paz. Matar a Prairie o desterrarla no parece muy pacífico —añadió Sebastian, perteneciente a una de una de las familias más ricas y pariente lejano del difunto Alfa.

—Casarte con ella demostrará a la manada que pueden confiar en que serás razonable y actuarás en su favor, a pesar de tus intereses —terció Malcolm.

Entendí lo que me pedían, pero decidí ignorarlos. Querían ponerme a prueba, conocer mis límites, y no les daría el placer de darles ahora una respuesta.

—¿Queréis que me case con la mujer cuyo padre acabo de matar? —pregunté, atónito.

—Prairie nunca se ha caracterizado por ser violenta. No intentará hacerte daño —afirmó Sebastian.

Miré de reojo a Douglas. No era eso lo que había presenciado en mis dos encuentros con la chica, pero no dije nada.

—Ella no creció con su familia. Es la pacificadora y estamos seguros de que no se opondría.

—¿Y si se opone? ¿Qué hacemos entonces? —pregunté.

Ninguno de ellos pudo responderme y me di cuenta de que no tenían ni idea.

CAPÍTULO 3



PRAIRIE

—¡D eberías haber vuelto hace años! Esto nunca habría pasado.

La voz atronadora de mi padre sacudió la reserva y, aunque me había prometido a mí misma que no me acobardaría, me resultó difícil no hacerlo al ver sus ojos brillantes de ira y darme cuenta de que había sacado sus garras. Su voz sonaba como el rugido de diez leones a la vez.

—Padre, nunca me habías necesitado antes...

—Y seguimos sin necesitarte, pero me niego a que mis enemigos crean que pueden usarte como peón en su guerra contra mí.

Oí la risa de Phoenix junto a mí, pero no le hice caso. No había diferencia entre mi hermano y una serpiente. Una de las razones por las que odiaba volver a casa era la discordia enfermiza que mi padre sembró entre nosotros desde niños. Discordia que Phoenix no dejaba de alimentar, aunque yo le repetí hasta la saciedad que no tenía ningún interés en quitarle su puesto como el próximo Alfa de los Chandra.

—¡Entonces déjame en paz! Me alejaré, me cambiaré el nombre si quieres, pero no tengo ningún interés en tener relación con vosotros, al igual que tú no quieres saber nada de mí.

Mi padre se levantó de su asiento y se acercó a mí, pero algo sucedió, algo que no pude explicar, porque desafiaba a la naturaleza.

Una mano con un cuchillo apareció de la nada. La vi antes que mi padre. Él estaba concentrado en mí y cuando se dio cuenta, fue demasiado tarde. Phoenix, por su parte, no estaba prestando atención, y cuando el cuchillo atravesó el cuello de mi padre y casi le seccionó la cabeza lo único que pudo ver fue a mi padre tendido en el suelo a mis pies, ahogándose en su propia sangre.

—¡Lo has matado! —gritó Phoenix, y su voz sonó como si estuviera en otro mundo.

Los guardias corrieron hacia mí y yo no pude huir de ellos. No hasta que abrí los ojos y me encontré cubierta de sudor y jadeando como si acabara de correr una maratón.

La habitación estaba a oscuras y yo me sentía desorientada, preguntándome dónde demonios estaba. Tardé unos instantes en recordar las últimas veinticuatro horas: la llamada de mi padre para que volviera a casa, el baño de sangre, mi padre muerto y mi hermano huyendo. Lo que solía ser mi hogar estaba ahora invadido por la misma gente que había sumido a mi familia en el

caos.

—Hablas mientras duermes —murmuró una voz grave en la oscuridad.

Asustada, me puse en pie de un salto con las garras desplegadas y lista para atacar. La voz me resultaba familiar, aunque la había escuchado por primera vez hacía pocas horas.

—¿Qué demonios haces, entrando aquí a oscuras? Parece que os excitáis viendo dormir a las mujeres.

Lo que obtuve como respuesta a mi arrebato fue un silencio prolongado, luego el sonido de unos pasos antes de que su rostro apareciera a la vista, pero aún estaba demasiado oscuro para ver sus rasgos,

—¿Por qué odiabas a tu padre? —preguntó, ignorando lo que le había dicho.

Era la última pregunta que esperaba que me hiciera y, por el tono de su voz, supe que no me estaba pidiendo que intercambiáramos historias de vida por diversión.

—Nunca dije que le odiara.

Había bastante distancia entre nosotros, pero no me fiaba de ninguno de ellos y me alejé de la cama. Me acerqué a la pared, encendí la luz, y tuve que cerrar los ojos por el dolor cuando el fluorescente iluminó la oscura habitación. Él no se inmutó. Clavó sus ojos en mí mientras yo intentaba no romper el contacto visual.

—Ni siquiera te estremeciste cuando te dijeron que había muerto —replicó, observándome atentamente, como si esperara notar algún tipo de reacción.

No quise darle esa satisfacción y me obligué a mantener una expresión neutra.

—¿Por qué estás aquí? —pregunté tratando de cambiar de tema. La última persona con la que querría hablar de mi padre era el hombre que lo mató.

De nuevo se mantuvo en silencio, sin dejar de mirarme, hasta que apartó la vista para observar la cama de la que yo me acababa de levantar. Las sábanas estaban revueltas donde había estado mi cuerpo, y aproveché la oportunidad para observarle. Ya no estaba cubierto de sangre ni tenía el pelo suelo, cubriéndole los hombros y la cara.

Llevaba una camiseta negra lisa ceñida al cuerpo, tanto que dejaba adivinar sus abdominales. Las mangas dejaban asomar algunos de sus tatuajes, que observé de cerca para entender su significado, pero de inmediato aparté la mirada, como había hecho él.

—Hay algo que debes saber —dijo.

Me eché hacia atrás y me crucé de brazos.

—¿En serio me vas a avisar de mi propia muerte? —Aunque estaba siendo sarcástica, una parte de mí sabía que no iba a matarme. Si hubiera tenido intención de hacerlo, habría acabado conmigo en la reserva.

Sin embargo, me había alojado en aquella habitación, en la que estaba cómoda, excepto por el guardia que me habían manoseado, al que no había vuelto a ver desde el incidente.

—Nos vamos a casar.

Me quedé unos segundos mirándole sin saber si hablaba en serio o me estaba tomando el pelo. No parpadeó.

Iba en serio.

—¿Perdona?

—Los Ancianos piensan que nuestra unión sellará la paz entre la manada a pesar de la guerra, y yo también lo creo. Y tú aceptarás, si sientes algún tipo de lealtad hacia tu manada.

Sabía lo que estaba haciendo: hacerme sentir culpable de cualquier jodida decisión que hubieran tomado los hombres y me estaba explicando su razonamiento. No era más que una niña a la que le decían lo que era mejor para ella, y yo tenía que aceptarlo.

Y una mierda.

—No.

Por fin conseguí que reaccionara. No se esperaba una negativa tan rotunda.

¿Por qué debería ser leal a una manada que no había hecho nada por mí en toda mi vida? Había sido acosada, no sólo por mi padre y mi hermano, sino también en la escuela, por ser la hija del Alfa. Más tarde, me odiaron por ser la hija del tirano, aunque nunca les di ningún motivo para odiarme.

Sólo tenía una amiga en la manada, Faye. Y era mi amiga sólo porque Magnimus era su padre y prácticamente habíamos crecido juntas.

—No me preocupa la lealtad hacia una manada que estaba dispuesta a ver cómo me asesinabas hace menos de doce horas. Y preferiría morir antes que casarme contigo, así que puedes decírselo a los Ancianos mientras espero mi ejecución.

—¿Eres consciente de lo que estás diciendo? —preguntó en tono frío y enfadado.

—Creo que eres tú quien no lo entiende.

—¿Crees que morir es una opción mejor? No tienes ni idea del bien que podrías hacer a la manada. Esta es la decisión correcta...

—¿La decisión correcta para quién? ¿Para mí o para ti?

Se quedó callado y durante unos instantes nos miramos el uno al otro con ojos asesinos. No estoy segura de quién ganó cuando asintió y su mirada recorrió la habitación de nuevo.

—Supongo que te he sobreestimado. Pensé que eras inteligente —repuso, y odié la decepción que percibí en su voz.

De todas las cosas que esperaba, nunca imaginé que eso afectaría a mi decisión. Odiaba que me importara. Cuando salió de la habitación, sentí un extraño impulso de volver a llamarle.

Pero había destruido a mi familia. Puede que no estuviera loca por ellos, pero la sangre seguía siendo sangre. ¿Qué clase de hija sería si cediera y me casara con él?

Phoenix no se lo pensaría dos veces si le beneficiara.

Una pequeña parte de mi cerebro tuvo que aceptar ese pensamiento, y sabía que hubiera sido igual con mi padre. Pero yo no era ni Phoenix ni Alexander Lonsdale. Era Prairie, y estaba harta de dejar que los hombres de mi vida tomaran sus propias y retorcidas decisiones basándose en lo que creían que era mejor para mí.

La habitación parecía más fría en su ausencia. Miré al techo, inquieta, incapaz de volverme a dormir, haciéndome a la idea de que mi muerte era inminente.

CAPÍTULO 4



NICHOLAS

—¿Dónde está Lucas? —Fiona entró en mi despacho sin avisar, y mis ojos se alzaron para encontrarse con los suyos recorriendo el despacho en busca de mi sobrino—. Bonito lugar el que te has preparado aquí —continuó, sarcástica, antes de que yo pudiera responder a su pregunta.

—Seguro que estará por ahí —respondí, ignorando su comentario sobre el estudio de Alexander. Deambuló a mi alrededor sin molestarse en ocultar su disgusto.

Fiona Langston había sido la mejor amiga de mi hermana hasta que la mató uno de los hombres de Alexander en una incursión rebelde unos años atrás. Fueron inseparables desde niñas, y Fiona fue la madrina de Lucas cuando nació. Por eso sabía a ciencia cierta que odiaba a los Lonsdale más que a nadie.

—¿Cómo puedes quedarte aquí? —Se giró hacia mí con el ceño fruncido.

Sólo tenía un par de años más que yo, pero su baja estatura la hacía parecer más joven. Su pelo castaño, cortado a lo pixie la hacía parecer aún más anañada, pero lo que le faltaba de estatura lo compensaba con creces su destreza en la lucha y su espíritu indomable.

—Esta gente mató a tu madre, y son la razón por la que tu hermana...

—No recuerdo haberte pedido que revivieras el pasado, Fiona. —La frialdad de mi voz hizo que se tensara y bajó los ojos.

—Lo siento —se disculpó de inmediato.

Suspiré. Utilizar la carta del Alfa para impedir que dijera lo que pensaba no era mi intención, pero se había pasado de la raya.

Fue de gran ayuda desde la muerte de Felicity. Mi hermana me había nombrado tutor de su hijo, pero Fiona se había ocupado mucho más de él en los últimos dos años que yo.

—No está aquí, Fi —repuse, suavizando mi tono. Ella asintió antes de marcharse, pero se detuvo en la puerta.

—¿Es verdad que te vas a casar con esa mujer?

Dijo mujer como si fuera la más irritante del planeta, como si se hubiera contenido para no llamar zorra a Prairie. Sacudí la cabeza. Ryland se lo debía haber dicho, aunque no era una

noticia que debería saberse, algo casi imposible por la estrecha relación que existía dentro de la manada.

—Todavía no hay nada decidido —me limité a responder y su ceño se.

—No puedes casarte con ella, Nicholas. —Dio un paso hacia mí, pero levanté la mano deteniéndola con un gesto.

—Avísame cuando encuentres a Lucas, Fiona. —Captó que yo no estaba dispuesto a discutir el tema, asintió y se escabulló por la puerta.

Recordé mi charla de anoche con Prairie. Aunque no se me había ido de la cabeza en toda la mañana, traté de no tomarme como algo personal que ella prefiriera morir antes que casarse conmigo. Debía de ser mi vanidad la que hablaba. En realidad, yo tampoco quería casarme con ella, pero estaba dispuesto a hacerlo por el bien de la manada.

No era como si los Ancianos me estuvieran pidiendo que me casara con un ogro. Prairie Lonsdale era una de las mujeres más hermosas que había conocido. Corrían rumores de que su hermano también era inigualablemente guapo, así que no cabía duda de que la belleza era cosa de familia.

Una familia de tiranos.

Empezaba a creer que Prairie no se parecía en nada a su padre y a su hermano. Tenía un espíritu luchador, y me resultó decepcionante que se rindiera cuando esperaba conocer su naturaleza combativa.

Un fuerte golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos. La puerta se abrió y Ryland metió la cabeza.

—¿Estás ocupado? —preguntó.

Le hice un gesto para que pasara. Entró y cerró la puerta tras de sí. Llevaba el mismo traje negro que yo. Estábamos celebrando un velatorio por nuestros caídos, al que asistiría cuando terminara de trabajar.

—¿Qué ocurre? —pregunté, poniéndome en pie y abrochándome el botón de la chaqueta.

—Eso debería preguntártelo yo —replicó—. He oído que te felicitan por tus próximas nupcias —añadió con una mueca insufrible.

Ryland era mi mejor amigo y una de las pocas personas en las que confiaba dentro de la manada. Perdió a sus padres en la guerra y se unió a la rebelión mientras yo ascendía hasta encabezarla.

Aunque era mi mejor amigo, aún no le había dicho ni a él ni a nadie que Prairie había rechazado mi propuesta.

—¿Tienes noticias de Phoenix Lonsdale? —pregunté para cambiar de tema.

Me lanzó una mirada cómplice. Sabía lo que yo intentaba, pero decidió no insistir. Se encogió de hombros.

—Vámonos, creo que el velatorio está a punto de empezar. Te informaré por el camino.

Salimos juntos y cuando el coche empezó a moverse, me volví hacia él.

—¿Phoenix?

—Sí, por supuesto —respondió, girándose para mirarme—. Me puse en contacto con algunos de nuestros espías en las tierras exteriores, pero no hay ni rastro de él. Estuve a punto de darme por vencido, pero hablé con algunos espías más y me confirmaron haber visto a alguien como Phoenix en las cercanías de las manadas enemigas.

—Ese es el puesto más lejano. ¿Por qué iría allí? Lo matarán en cuanto lo vean.

—Ni idea. Pero conociendo a ese bastardo, supongo que es demasiado orgulloso para rendirse a cualquiera de nuestras manadas vecinas. No estamos en guerra con ninguna de ellas y no dudarían en entregárnoslo. Pero los más lejanos son nuestros enemigos. Si se une a ellos podrían ayudarlo a recuperar su posición a cambio de algo que sólo un Lonsdale sería capaz de ofrecer.

Nos miramos.

—¿Caos? —pregunté, y él asintió,

Nuestros enemigos no sólo habían intentado conquistar la manada Chandra, sino también las vecinas, que eran menos poderosas. Si acogían a Phoenix, eso significaría que les había prometido unirse a ellos para conquistarnos.

Y todavía había algunos Hombres lobo que creían que sólo un Lonsdale podía ser el legítimo Alfa.

—Por eso —continuó Ryland, mirándome de reojo —, creo que la propuesta de los ancianos de que te cases con la chica Lonsdale es genial. Nadie se atrevería a desafiar tu autoridad. Casarte con la heredera te daría una ventaja añadida, y ayudaría a que los Ancianos que se oponen a nosotros se pusieran de nuestro lado.

—Lo sé perfectamente. Nunca ha sido tan necesaria la unidad entre nosotros y con el resto de facciones. Si Phoenix se alía con nuestros enemigos, la paz inestable que hemos conseguido con nuestros vecinos penderá de un hilo.

Ryland sacudió la cabeza.

—Y todos querrán un trozo del pastel: nosotros.

En otras palabras, nos dirigíamos hacia uno de los momentos más caóticos de la historia de nuestra manada. Phoenix Lonsdale no tenía idea de lo que traería sobre nosotros con su precipitada decisión...

—Hemos llegado, señor —anunció el conductor, interrumpiendo nuestros pensamientos.

Ambos salimos del coche y nos dirigimos al velatorio.

* * *

Horas más tarde, estaba aún más convencido de que este matrimonio era necesario. La tensión en el velatorio había sido enorme, por la desconfianza de unas familias hacia otras. Incluso los

Ancianos parecían estar divididos entre sí.

Douglas se acercó para preguntarme por la propuesta. Aún no le había dado una respuesta, no por mi ego, sino porque tenía que intentar convencer a Prairie. Parecía una mujer razonable. No sería difícil hacerla entrar en razón.

O eso creía yo.

Fui a mi habitación para quitarme la ropa, pero sólo llegué a quitarme la corbata. Estaba demasiado inquieto para tumbarme y necesitaba saber cuál sería mi destino con Prairie Lonsdale.

Era innegable que había cierta tensión entre nosotros. Era sobre todo odio por su parte, pero para mí era más que eso. Por alguna razón, sentí la urgente necesidad de verla. Sin pensar demasiado en ello, me dirigí a la habitación donde la habíamos encerrado.

Otro guardia vigilaba la puerta. El que intentó tocarla pasaría el resto de su vida en prisión.

—¿Está despierta? —le pregunté al hombre, que asintió e inclinó la cabeza antes de apresurarse a abrir la puerta.

De repente me sentí mal por tenerla bajo llave. No podía encerrarla como a un animal. Tomé nota mentalmente de que la dejaría libre de aquí en adelante.

—¿Ya estás aquí para matarme? —Debió oírme llegar porque parecía preparada, a diferencia de las dos veces anteriores que fui a verla.

Llevaba otra ropa, un vestido de flores con escote corazón que dejaba ver mucha piel.

Piel que no dejaba de distraerme.

—¿Hola? —Se aclaró la garganta una vez, y me di cuenta de que me la había quedado mirando como un adolescente estupefacto en presencia de su último flechazo.

—¿Qué llevas puesto? —pregunté sin pensar. Casi me doy una patada por haber hecho tan evidente que me había distraído con su ropa.

Se miró el vestido. El movimiento reveló aún más escote, y me obligó a apartar la mirada. Estaba más pillado de lo que quería admitir.

—¿Qué? ¿No es de tu agrado? ¿No es lo bastante excitante para mi propia ejecución? —preguntó, mordaz, y estuve a punto de sonreír. No cabía duda de que era divertida.

Me adentré en la habitación y miré a mi alrededor. Había llegado a asociar el olor, como a flores y vainilla, con ella. Lo percibí el primer día que la vi, pero entonces no me distrajo tanto.

—Creo que hemos empezado con mal pie —repuse. Me miró, recelosa—. Me llamo Nicholas Northwood.

Hice una pausa esperando que ella dijera algo, pero siguió mirándome fijamente.

—Esta es la parte en la que te presentas —añadí.

Ella cruzó los brazos bajo el pecho. En la periferia de mi visión, pude ver el movimiento de sus pechos, pero me obligué a mirarla a la cara.

—Tú ya sabes quién soy. Que yo sepa tu nombre no va a cambiar nada si vas a matarme — replicó.

Me di cuenta de que intentaba que le asegurara que no haría que la mataran, pero no estaba dispuesto a seguirle el juego.

—Tu hermano se está aliando con una facción que no dudará en acabar con toda la manada si nos interponemos en su camino.

Sus ojos se abrieron de par en par con la mención de su hermano, pero no pareció sorprendida por lo que acababa de oír.

—Nuestro matrimonio, aunque a ninguno de los dos no nos guste, unirá a la manada. Y una manada unida nos hace más fuertes contra nuestros enemigos. ¿Es que no te das cuenta?

—Es difícil sentir empatía por alguien que me ha tenido encerrada durante días y que hace poco amenazó con matarme si no me casaba con él.

No perdía el tiempo.

—Nadie va a matarte, Prairie. Tienes la oportunidad de ser útil a tu gente, de ayudarles. Por mucho que digas que los odias, algo me dice que no es así. Sólo te pido que lo pienses, por favor.

No esperé su respuesta antes de salir de la habitación,

—¿Qué vas a hacer conmigo si no me vas a matar? —Sus palabras me detuvieron justo antes de abrir la puerta. No me giré ni respondí.

La dejé pensativa y salí de la habitación. Temía que la parte inferior de mi cuerpo empezara a portarse mal si pasaba más tiempo con ella.

CAPÍTULO 5



PRAIRIE

Me desperté de repente. Algo era distinto. No era el silencio dentro de la habitación, sino que podía notar que no había nadie apostado al otro lado de la puerta.

Desde que me encerraron, un guardia vigilaba constantemente la puerta. No podía verlos, pero sí oír los latidos de sus corazones y oler su aroma para saber cuándo eran relevados. Pero ahora no había latidos ni olor.

Resultaba sospechoso y no supe qué pensar. ¿Podría ser una trampa? ¿O tal vez una prueba? Estaba deseando averiguarlo, pero debía ser prudente.

Nicholas, (por fin sabía cómo se llamaba, un nombre muy apropiado para su conducta estirada y demasiado seria) vino ayer predicando paz y kumbaya, pero no podía confiarme. Él mató a mi padre. Puede que Alexander Lonsdale no hubiera ganado ningún premio al Padre del Año, pero el orden natural de las cosas era que yo sintiera algún tipo de animadversión hacia quien lo había asesinado.

Por mucho que su aspecto melancólico y oscuro me distrajera... y me atrajera.

No. No sigas por ahí.

Me obligué a sacar cualquier pensamiento sobre Nicholas Northwood de mi cabeza, me levanté de la cama y me acerqué de puntillas hacia la puerta.

Probé a girar el pomo, esperando encontrarla cerrada, pero se abrió con facilidad. Miré al pasillo, a la izquierda y luego a la derecha.

Estaba vacío.

Me pregunté si habrían lanzado algún tipo de hechizo invisible sobre el pasillo. Había rumores de que los rebeldes utilizaban chamanes contra sus enemigos. Los chamanes vivían escondidos desde que mi padre los expulsó, pero si se habían unido a los rebeldes, no sería descabellado pensar que el pasillo estaba hechizado. Salvo que Nicholas ya no estaba con los rebeldes, porque ellos habían conquistado y derrocado a mi padre, así que eran el nuevo gobierno. Aunque entendía por qué, me sentí ridícula cuando me lo propusieron.

Imaguiné ser la esposa del Alfa, y mi primer pensamiento fue mi madre.

Nunca la había visto ser esposa o madre. No tenía a nadie de quien aprender, ningún precedente que seguir.

Y eso sólo si elegía vivir esa vida.

Estiré una mano, pero no pasó nada y entonces salí al pasillo y bajé hacia las escaleras de la cocina sin bajar la guardia. Mi desconfianza aumentó cuando encontré la cocina vacía.

Maya, nuestra anterior cocinera, ya no trabajaba aquí. Dudaba que siguiera viviendo en la zona; debió de escapar durante la guerra. Mi padre se portó mal con todo el mundo, incluido el personal doméstico; en algún momento, todos sufrieron su ira. Por eso no había caras conocidas que me levantaran el ánimo.

Abrí la nevera. Estaba llena y mis ojos se posaron en un tarro de Nutella. No había comido desde anoche. Me pregunté si la puerta había estado abierta toda la noche y si Nicolás se habría olvidado de cerrarla cuando se fue.

No parecía posible que se le hubiera olvidado algo así, pero si ese era el caso, no pude imaginarlo diciéndole a los guardias que se fueran. No sabía qué pensar al respecto.

Saqué la Nutella, encontré una cuchara y me acomodé en un taburete para comer. Apenas había tomado dos cucharadas cuando una voz me sobresaltó.

—¿Qué estás haciendo?

Era la voz de un niño. Al no ver ninguna cara casi empecé a creer que la casa estaba encantada, pero continué buscando un rostro en la cocina. La voz había sonado demasiado real para estar en mi cabeza, y fue entonces cuando lo vi. Una figura diminuta, un niño, estaba escondido en un rincón entre el frigorífico y la cocina de gas. Tenía las manos y la boca manchadas de algo rojo. Al principio me alarmé y pensé que era sangre, pero luego me di cuenta de que sólo era mermelada.

Supongo que él también tenía hambre.

—Robando comida. Como tú, obviamente —me burlé, preguntándome qué hacía un niño en esta casa.

No pude verle bien la cara, así que no tenía ni idea de quién podía ser.

—¡No estaba robando! —replicó, indignado.

Estuve a punto de reírme, pero se levantó del suelo, con el tarro de mermelada aún en la mano, y dio un paso vacilante hacia mí.

—Tú eres la que roba —acusó.

Era delgado y debía de tener entre seis y doce años. No podía estar muy segura, porque era bajito, pero parecía maduro para su edad.

—Vale, estaba robando —admití.

Esbocé una sonrisa y me miró, suspicaz. Dio otro paso cauteloso hacia mí mientras yo permanecía inmóvil, observándole de cerca.

Su pelo rizado y castaño oscuro era igual al de Nicholas. Vi algunas similitudes entre el nuevo Alfa y el pequeño, pero no suficientes como para concluir si Nicholas era el padre o no.

No sabía nada de Nicholas. Nunca lo vi hasta el día en que mató a mi padre. Aún no sabía si tenía un hijo o familia. No me propondría matrimonio si ya tuviera esposa, así que quizá fuera viudo.

Me preguntaba si mi padre había matado a su mujer. Quizá por eso odiaba tanto a mi familia.

—¿Sé quién eres! —gritó. Su voz interrumpió mis pensamientos y volví a centrarme en él.

—¿De verdad? Entonces estoy en desventaja porque no tengo ni idea de quién eres tú.

Debió de llegar a la conclusión de que no iba a hacerle daño, porque se acercó un paso más y dejó la mermelada sobre la mesa.

—Me llamo Lucas —anunció antes de continuar—. El ejército de tu padre mató a mi madre. Pero puedo perdonarte porque el tío Nick mató a tu padre, así que estamos en paz.

Vale, definitivamente más de seis.

Aunque no era nuevo que a los niños se les contaran historias de la guerra, el hecho de que supiera aquello me hizo suponer que solía esconderse por los rincones a espiar. No me imaginé a Nicholas diciéndole a su sobrino que había matado a alguien.

—¿Y cómo sabes si eso es verdad, Lucas? —pregunté, y él se limitó a encogerse de hombros.

—Oí a la tía Fi hablando con el tío Ryland sobre ello. Sé cómo ocultarme cuando quiero —contestó con orgullo.

—¿Ah, sí? —No tenía ni idea de qué responder. Volvió a asentir, orgulloso de sí mismo—. Bueno, en ese caso, supongo que es un placer conocerte.

Le tendí la mano a pesar de tenerla llena de pegotes, pero no me la cogió. Un chico listo y desconfiado.

—¿No te da pena que tu padre se haya ido al cielo? —me preguntó.

Se me escapó una carcajada que reprimí de inmediato. Dudaba que Alexander Lonsdale estuviera en otro lugar que no fuera el infierno, pero no quise decírselo.

—Mi padre no era un buen hombre, Lucas.

—¿Ni siquiera contigo? —preguntó, como si fuera lo más irreal que hubiera oído nunca. Hice una pausa antes de decirle que no. A mí también me chocó de pequeña que mi padre fuera tan cruel conmigo.

La mayor parte del tiempo actuaba como si yo no existiera, pero los días que parecía percatarse de mi existencia era un cincuenta por ciento frío y un cincuenta por ciento cruel.

Antes de que pudiera responder, el ruido de pasos sobre las baldosas nos interrumpió y entró una mujer luciendo un sexy vestido negro y unos tacones tan altos y puntiagudos que daban miedo. Llevaba el pelo cortado al estilo pixie y la cara totalmente maquillada.

Sus ojos se posaron en Lucas antes de mirarme a mí. Nos miró a ambos con una expresión que sólo pude describir como de pánico, antes de precipitarse y apartar bruscamente a Lucas de mí.

—¡Tía, Fi! Mi mano —protestó Lucas, y me puse en pie para proteger al niño.

—Lo siento, cariño. ¿Qué haces a solas con esa mujer? ¿No sabes que es peligrosa? —le regañó.

Estuve tentada de aplaudirla por mantener la voz firme mientras le hablaba a Lucas a pesar de lo nerviosa que estaba.

—Si hubiera querido hacerle daño, se lo habría hecho mucho antes de que aparecieras —repliqué.

Me ignoró mientras mandaba a Lucas a su habitación y le ordenaba que se lavara la cara y las manos.

—¡Aléjate de él! —gritó

—Creo que eso deberías decírselo a Lucas, no a mí, querida —repliqué con displicencia.

Volví a sentarme y me comí otra cucharada de Nutella, aunque estaba atenta a todos sus movimientos.

—No sé cómo te las has arreglado para convencer a Nicholas de que eres inofensiva, pero conozco la historia de tu familia. Todos la conocemos. Y sé que no tienes problemas en matar a miembros de tu familia, pero te arrancaré miembro por miembro si miras a mi ahijado.

No tenía ni idea de a qué se refería con lo de que mi familia se mataba entre sí, pero intenté que no se notara que me había enfadado.

—Has interrumpido mi desayuno —repliqué en el tono más neutro que fui capaz—. Tu ahijado también, pero al menos él era mejor compañía.

Si las miradas mataran, yo ya estaría fría sobre las baldosas. Soltó un gruñido bajo y dio un paso hacia mí, pero una voz fría procedente del pasillo la detuvo.

—Fiona.

Ambas nos giramos para ver a Nicholas de pie mirándonos. La había llamado por su nombre, pero me miraba a mí. Odiaba decirlo, pero la mirada que me dirigió me provocó una descarga eléctrica. Me obligué a mirar hacia otro lado.

—Déjanos —ordenó.

Fiona pareció tan sorprendida como si acabara de confesarme su amor eterno, pero obedeció sin decir una palabra más.

—No deberías cabrear a mi gente —dijo cuando nos quedamos solos. Llevaba pantalones y camiseta negros, el tatuaje del brazo bien visible y el pelo suelto sobre los hombros.

Era el sueño húmedo de cualquier mujer y, aunque yo no era inmune, conseguí mantener la compostura.

—Es curioso, yo también pensaba que eran mi gente, una vez que nos hayamos casado —repliqué.

Ladeó la cabeza.

—¿Eso es un sí a mi propuesta? —preguntó y me di cuenta de que había caído en la trampa.

Evité decir nada más sobre este asunto del matrimonio.

—¿Por qué has quitado a los guardias?

—No lo he hecho. Aún están en la puerta. Puedes salir de tu habitación princesa, pero no puedes salir del recinto.

Sus palabras me irritaron, pero permanecí en silencio, al igual que él.

—Tomo nota —repuse, mordaz, pero él ya se estaba alejando.

Sentí el fuerte impulso de arrojarle el tarro de Nutella. En lugar de eso, tomé una cucharada más, airada.

CAPÍTULO 6



NICHOLAS

—¿Cómo van la planificación de la boda?

—Ya tenemos donde celebrarla. El patio trasero es lo suficientemente amplio como para albergar a más de ciento cincuenta personas y los decoradores pueden trabajar con las flores para que todo quede perfecto.

—¿Y el catering? —preguntó Ryland a la organizadora de bodas, una mujer pelirroja de unos treinta años con un ligero acento escocés. Caminaba y hablaba como si no pudiera estarse quieta, y yo había olvidado su nombre, pero Ryland insistió en que había venido muy recomendada.

—Están trabajando en el menú mientras hablamos —respondió con rapidez.

Al parecer, estaban planeando la boda del siglo, aunque la novia aún no había dado el sí al novio. Pero nadie lo sabía aún. Sólo Prairie y yo.

Hacía dos días que la había visto por última vez en la cocina, vestida con un camisón que me había vuelto loco. Tanto que me obligué a permanecer en el pasillo para no cometer alguna estupidez.

Dos días y no había podido sacármela de la cabeza por mucho que lo intenté. Las reuniones, los seminarios y la distancia no habían hecho nada para curar aquel ansia irrefrenable de verla.

Incluso mientras permanecía en el rincón más lejano de la reserva y me obligaba a escuchar a Ryland planear la boda, ella seguía presente en mis pensamientos. Me preguntaba si de niña habría soñado con llevar un vestido de novia con un hombre a su lado.

—¡Nicholas, Nick! ¿Estás siquiera escuchando algo de lo que digo? —preguntó Ryland, irritado —. Sabes que podría estar haciendo literalmente cualquier otra cosa y no planeando tu boda, ¿verdad? Tu futura esposa debería estar haciéndolo. Por cierto, ¿dónde está?

—No lo sé —respondí, alejándome.

—Entiendo que no quieras hacer esto, pero tú mismo estuviste de acuerdo en que es lo mejor. Tu objetivo siempre fue unir a las distintas facciones y a las manadas vecinas. Este es un paso en esa dirección.

Lo sabía, pero lo que no quería admitir ante mí mismo y menos a mi mejor amigo, era que no creía que casarme con Prairie fuera tan mala idea.

Podría ser sólo un matrimonio de nombre, pero ¿y si pudiera ser algo más? ¿Quizá algún día me dejaría apoyar la cabeza en su pecho?

Tenía que dejar de pensar así.

—Lo sé —repuse, y por la mirada que me lanzó supe que no le había convencido.

—¿Y bien? —preguntó.

No respondí. Suspiró y volvió hacia la organizadora de bodas.

Salí de la reserva hacia el patio trasero y me sorprendí al encontrar a Douglas de pie, solo y con la mirada perdida. Se volvió hacia mí e hizo una reverencia antes acortar la distancia que nos separaba.

—Alfa —saludó.

Me costaba acostumbrarme a que Douglas se mostrara tan respetuoso. Toda mi vida fue una especie de tutor para mí.

—Douglas.

Los dos nos volvimos para contemplar la vegetación que había sido el hogar de Alexander Lonsdale. Más allá del césped perfectamente cortado, había un pequeño estanque artificial, y un poco más lejos comenzaba el bosque, el mismo por el que nos colamos para atacar por sorpresa a Alexander Lonsdale.

Tenía hombres recorriéndolo a todas horas en busca de intrusos. No era tan arrogante como para creer que mi posición no podía verse amenazada en cualquier momento.

—Nadie ha visto a tu futura esposa desde que aceptó tu proposición —dijo Douglas. Estaba casi seguro de que sabía que había mentido sobre la aceptación de Prairie—. Empiezo a sospechar que la has matado —añadió, y pude percibir la alegría en su voz.

Entonces me di cuenta de que no lo sabía.

—No lo he hecho —repliqué. Sentí sus ojos clavados en mí, pero mantuve la mirada al frente. — Todavía no ha aceptado mi propuesta. Dice que prefiere morir antes que casarse con el hombre que asesinó a su padre —confesé, sabiendo que no tenía sentido mentirle a Douglas.

—Bueno, ella no es tan inteligente como yo pensaba, entonces. Si es la mitad de lista de lo que era Alexander antes de que la locura se apoderara de él, sabría que esta alianza la beneficiaría tanto como a ti.

—¿Cómo?

Me volví hacia él con auténtica curiosidad. Tenía motivos de sobra para odiarme y negarse a casarse conmigo. Aunque yo le aseguraba paz y unidad a través de nuestro matrimonio, las cosas podrían ponerse mucho más peligrosas para ella.

Ahora tenía enemigos en muchos frentes. Gente que no dudaría en utilizarla para llegar hasta mí y no sólo los enemigos de nuestras fronteras exteriores. Tenía enemigos entre nosotros. La gente la odiaba por quién era su padre y por lo que había hecho. Demonios, yo la había odiado, pero

tras nuestras breves interacciones ya no pude seguir haciéndolo.

—¿En qué la beneficiaría? La estamos obligando a casarse con un hombre que odia —repliqué.

Douglas me lanzó una mirada que no pude descifrar. Sabía que intentaba meterse en mi cabeza y leer mis emociones como solía hacer cuando era más joven y desvié la vista.

—Deja de intentar leerme la mente —gruñí, pero él no se inmutó.

—Lo siento. Estoy sorprendido —se disculpó—. Tengo que confesar que estoy un poco nervioso.

—¿Por qué?

—Nunca pensé que sintieras empatía por ella, y mucho menos compasión. —No supe qué responder y él continuó—. Eso sólo refuerza mi convicción de que serás el mejor Alfa que la manada Chandra haya tenido jamás. Eres el hombre del que se profetizó que acabaría con la tiranía de Alexander Lonsdale y llevaría a Chandra a una época de paz. Puedes hacer cualquier cosa que te propongas.

Entré en la casa con las palabras de Douglas rondando en la cabeza y pensando en la profecía que había oído toda mi vida. La misma que había destruido a mi familia y me había obligado a huir. Mi padre había muerto en batalla, y mi hermana también. Y mi madre...

Asesinada por el mismo hombre con cuya hija me iba a casar. O tratar de convencerla de casarse conmigo.

Amaba a la familia que había construido para mí. Sabía que Ryland moriría por mí sin pensarlo dos veces y que Fiona protegería a Lucas con su vida. También que Douglas y los hombres que habían luchado valientemente a mi lado darían mil veces la vida por salvarme y yo haría lo mismo por ellos.

Se merecían mi sacrificio. Por eso dejé a un lado mi orgullo y mis sentimientos y busqué a Prairie Lonsdale. La puerta de su dormitorio estaba cerrada y no había guardias en su puerta.

Respiré hondo, la abrí y entré. Me sobresalté cuando la puerta se cerró de golpe y más aún cuando me choqué con ella con tanta fuerza que me quedé sin aliento.

Un segundo después vi su cara pegada a la mía, el ceño más fruncido que nunca. Parecía a punto de matarme.

—¿Qué sabes de mi madre? —siseó.

* * *

Sabía dos cosas con certeza sobre Leanna Lonsdale: que era la difunta esposa de Alexander Lonsdale y que murió hacía mucho tiempo dando a luz a su única hija.

Ninguna de ellas era motivo suficiente para que su hija me atacara, pero Prairie debió de haberse enterado de algo para enfurecerse así. Podría habérmela quitado de encima, pero decidí dejarla disfrutar de su momento.

Había rumores, por supuesto, de que Alexander la había matado. El propio Douglas lo creía, pero no tenía pruebas que lo demostraran.

—¡Habla! —aulló, y me empujó contra la puerta con tanta fuerza que el golpe resonó por toda la habitación. Tuve que reconocer que no sería fácil quitármela de encima. Tenía la ventaja de la sorpresa y era evidente que estaba enfadada.

—Prairie, lo que creas saber, puedo explicártelo, pero sólo me sueltas. —Me esforcé para que mi voz fuera lo más suave y tranquilizadora posible, pero sus manos sólo se tensaron alrededor de mi cuello.

Como no tenía paciencia para calmarla, cerré las manos en torno a las suyas y, antes de que pudiera hacer nada, la hice girar de modo que su espalda quedó pegada a mi pecho.

La sentí tan suave contra mí que quise soltarla casi al instante, pero estaba seguro de que iría directa a mi yugular.

Joder.

CAPÍTULO 7



PRAIRIE

Nicholas Northwood era un hombre lobo muy poderoso, quizá uno de los más poderosos que había conocido jamás, y si en el pasado había tenido alguna duda al respecto, ya no la tenía.

No me gustaba presumir, pero había aprendido a combatir con uno de los mejores entrenadores de la manada. Mi padre, a pesar de todas sus reticencias, se había asegurado de ello. Siempre creí que podía defenderme ante cualquier hombre lobo, pero Nicholas me había dado la vuelta con tanta facilidad que resultaba estúpido creer que no me mataría si le presionaba demasiado.

Pero no estaba dispuesta a ceder y seguí forcejeando por soltarme, aunque sabía que estaba atrapada. Entonces lo sentí. Mi culo estaba pegado contra su cuerpo y sentí algo duro.

¿Eso era...?

Lanzó un gruñido gutural seguido de un ¡Joder! que hizo crecer oleadas de calor en mi centro.

Sólo pasaron unos segundos antes de que me diera la vuelta de nuevo, y me encontrara mirándole fijamente a sus ojos grises, que intuí llenos de deseo por mí.

Cuanto más lo miraba, más me convencía de que no me haría daño. Su corazón latía a mil por hora y yo sabía que el mío iba a su mismo ritmo. Sus ojos bajaron hasta mi boca y sus pupilas se oscurecieron hasta adquirir un color gris medianoche. Aún tenía mis manos detrás de la espalda y seguíamos juntos cuando sentí que sus manos se aflojaban de mis muñecas.

Se había distraído, y yo también, pero no me lo pensé dos veces. Aproveché su distracción y me escabullí, apartándolo de mí. Me dejó ir.

—No voy a hacerte daño —gruñó con voz era áspera..., como si le enfadara que huyera de él, y me detuve.

—Tu gente sabe algo de mi madre que yo ignoro, y quiero que me digas qué es —espeté, aunque mantuve la distancia entre nosotros porque no estaba segura de si sería prudente alejarme.

Me miró con cautela y se acercó un paso, pero yo retrocedí.

—¿Por qué debería creerte? El otro día, pelo pixie estuvo a punto de arrancarme la cabeza, y mencionó algo sobre mi familia matándose unos a otros —grité.

—Fiona nunca te haría daño, sabe que eres mi invitada.

La mujer con el corte pixie era Fiona. Intenté adivinar cuál era la relación entre ambos, pero no lo conseguí. Ella intentó proteger al niño como si fuera suyo, pero no la había llamado mamá. Ella era la que me había metido esas ideas en la cabeza. Me quedé mirándolo sin saber si debía creerle o no.

—No creo que lo sepa, pero nos estamos desviando del tema —repliqué—. Dijo algo de que los miembros de mi familia se mataban entre sí. Mi padre fue culpable de prácticamente todos los crímenes jamás inventados, pero nunca mató a nadie de la familia.

Lo observé mientras hablaba. Su corazón latía deprisa, pero no por las mismas razones que hacía unos momentos.

—No sé lo que crees haber oído, pero todo está en tu cabeza. He venido a preguntarte por mi propuesta. En lugar de pensar en el pasado, deberíamos mirar hacia nuestro futuro. El futuro de la manada.

Intentaba distraerme, de eso estaba segura. Entonces supe que no iba a conseguir nada de él. Sólo tenía un objetivo y no incluía decirme lo que yo quería saber.

—Mi respuesta sigue siendo no —repliqué cuadrando los hombros.

Me enorgullecía saber que aún me quedaba esa baza para negociar. Se me quedó mirando un momento. Me pregunté qué estaría pensando cuando asintió y se marchó.

Esa noche volvieron a llamar a mi puerta. Llevaba todo el día en la habitación y sólo salí para cenar cuando mi estómago comenzó a rugir. La puerta se abrió y allí estaba la última persona del mundo que esperaba ver.

Pelo rubio brillante y radiantes ojos azules. Mi única amiga.

—¿Faye? —grité, tratando de asegurarme de que realmente estaba allí y no era producto de mi imaginación. Sonrió y entró en la habitación.

Me levanté de la cama para ir a su encuentro. Nos abrazamos con fuerza. Olía a tiempos más fáciles y al calor de la amistad.

—Dios mío, te he echado tanto de menos —me dijo mientras me abrazaba.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Hasta ese momento no supe cuánto la había echado de menos. Me había acostumbrado a estar sola. Creí que todos mis conocidos habían muerto o huido de la facción a causa de la guerra.

—Yo también te eché de menos —aseguré cuando por fin nos separamos—. No tienes ni idea de cuánto. —Mi voz temblaba de emoción, y sus ojos estaban tan húmedos como los míos.

—Intenté que mi padre me contara lo que Nicholas había hecho contigo, pero lo mantenían todo muy en secreto. Tenía tanto miedo de que te hubiera pasado algo...

—Yo también temía por ti. Vi a tu padre en la reserva, pero no pude preguntarle cómo estabas —respondí.

Sonrió antes de que volviéramos a abrazarnos con fuerza. Cuando nos separamos, tiré de ella hacia la cama.

—Cuéntamelo todo —pidió.

Lo hice. Le conté lo de la reserva. cómo mi padre me había hecho venir a casa porque no quería que sus enemigos me utilizaran en su contra, pero vinieron a por él y murió en la batalla. Mi hermano había huido y yo no tenía ni idea de si estaba vivo o muerto.

—Phoenix está vivo —aseguró. Asentí, aliviada.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté y ella se removió incómoda en la cama, mirando por encima del hombro como si temiera que alguien estuviera escuchando.

—Luego te lo explico. Pero no puedes estar pensando de verdad en casarte con Nicholas, ¿verdad? Prairie, ¡Él mató a Alexander! —repuso, atónita.

—No voy a casarme con él —aseguré, pero me miró como si hablara en otro idioma.

—Toda la manada bulle con la noticia de la boda. Todo el mundo dice que es la unión de la década, y que marcará el comienzo de una época de paz como si viviéramos en la Edad Media. Estamos en el maldito 2024, ¡y él mató a tu padre!

—Ya lo sé, Faye. ¡Deja de repetirlo!

Se echó hacia atrás como si la hubiera abofeteado y respiré hondo.

—Hay cosas que necesito saber —continué con voz más tranquila—. Cosas que acabo de oír sobre mi familia, y esta es la única manera de poder hacerlo. No tengo otra opción. Tengo que conseguir que confíe en mí. No sólo él, sino toda la manada. y la única forma de lograrlo es casándome con él.

No lo había decidido aún, pero al pronunciar aquellas palabras me di cuenta de que lo decía en serio. Había estado dándole vueltas todo el día y al decirlo en voz alta, comprendí que tenía sentido. Faye pareció estar de acuerdo porque permaneció en silencio, sumida en sus pensamientos.

—Ganarse su confianza es bueno. Podemos usarlo a nuestro favor —murmuró, e intuí que ese podemos se refería a alguien más que a nosotras dos.

—¿Nosotras? —pregunté.

Ganarme la confianza de Nicholas para descubrir la verdad sobre mi madre no tenía nada que ver con Faye.

—No te preocupes. Creo que es una buena idea —respondió.

La conversación derivó hacia otros temas. Al parecer, ella también había estado prisionera, recluida en su casa. Su padre era uno de los líderes de los Ancianos y, por su seguridad, la había prohibido salir durante las dos últimas semanas. Sólo le permitió salir para venir a verme.

Cuando se marchó, fui a buscar a Nicholas. Estaba claro que mi nuevo Alfa no sólo era un bruto, sino también un mentiroso. Lo supe al ver cómo habían preparado la casa para nuestra boda, una boda a la que aún no había accedido.

Abrí la puerta del estudio sin llamar. En realidad, no esperaba que estuviera allí, pero me detuve

bruscamente cuando lo encontré sentado en la silla de mi padre. Tenía la cabeza inclinada sobre algo que estaba haciendo y me miró sin mover ninguna otra parte del cuerpo.

Su quietud era casi reptiliana, como la de un cocodrilo al acecho de su presa, que sólo ataca cuando está seguro de que sus mandíbulas se cierran con firmeza.

—¿Le has dicho a todo el mundo que he dicho que sí?

El bolígrafo continuaba en su mano, en la misma posición en la que escribía antes de que yo entrara. La dejó despacio y se inclinó hacia atrás para mirarme con más atención. Resultaba desconcertante que me observara así, sola en el estudio que antes odiaba, pero sólo podía pensar en él y en sus ojos.

—¿Has venido a decirme que sí? —preguntó, inseguro.

Solté una risotada seca sin poder contenerme.

—¿Y qué harías delante de toda la manada cuando no aparece nadie?

Se encogió de hombros como si no le importara, pero yo sabía que sí. No me lo preguntaría tan a menudo si no fuera así.

—Demostrarías a la manada que eres igual que tu padre. No quieres tener nada que ver con la paz, a pesar de que yo hice todo lo posible para asegurarla.

—Es decir, en cualquier caso, ¿sigues siendo el héroe? —Mi voz destilaba sarcasmo, pero él no respondió y continuó mirándome de una forma que hizo que mi temperatura aumentara.

—¿Por qué estás aquí, Prairie?

Tuvo que ser la forma en que dijo mi nombre, levantándose despacio, con los ojos fijos en mí. No podía moverme. Se acercó a mí. Mi cerebro me decía que me alejara, que abortara esta misión y volviera a la comodidad de mi dormitorio, pero mi cuerpo traicionero permaneció inmóvil.

—Yo estaba aquí para decirte que sí, pero...

Estaba tan cerca que tuve que levantar la vista para mirarle a los ojos. Volvían a ser oscuros, de un negro medianoche que me cautivó. No podía apartar la mirada.

—Pero ¿qué? —preguntó con una voz grave que me hizo temblar por dentro.

¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué reaccionaba así? Lo odiaba, pero no podía controlar mis propios impulsos. Mis ojos se desviaron hacia sus labios, incapaces de apartar la mirada.

—Me casaré contigo —susurré, pero él estaba lo bastante cerca como para oírme, y sonrió.

Si antes pensaba que era guapo, cuando Nicholas sonreía no sólo era guapo, era letal.

La niebla pareció despejarse de mi cabeza, di un paso atrás y me aclaré la garganta.

—Uhm, quiero decir, sí... a tu propuesta —rectifiqué a toda prisa y traté de salir de allí lo más rápido posible.

Él me siguió. Mi cuerpo finalmente alcanzó a mi cerebro y me moví. El avanzó de nuevo hasta que mi espalda chocó con la puerta. Ya no tenía sitio para huir.

—Dilo otra vez... di, «Sí, te casarás conmigo» —me ordenó, y no pude negarme, aunque lo intenté.

—Sí, me casaré contigo. —Las palabras parecieron brotar de mí ellas solas.

Sus pupilas se oscurecieron hasta adquirir un color negro imposible, y tragué saliva cuando me di cuenta de que se estaba inclinando hacia mí, sus ojos mirando mi boca como si fuera lo más asombroso que hubiera visto jamás.

Entonces sentí sus suaves labios contra los míos. Mis párpados se cerraron y un suave suspiro escapó de mi boca. Él aprovechó y deslizó su lengua dentro, tomando mi labio inferior entre los suyos y chupándolo.

Sabía a vino y olía a cuero y sándalo. Olí su aftershave y su olor me dijo que acababa de ducharse.

Obligué a mis manos a permanecer quietas. Las únicas partes de nuestro cuerpo que se tocaban eran nuestras bocas, y no quería que se detuviera. Me puse de puntillas y le devolví el beso. Dejó escapar un gruñido desde lo más profundo de su pecho, y lo sentí en mi centro y en todo mi cuerpo.

Él se apartó primero y yo le seguí hasta que me di cuenta de que se había acabado. Cuando abrí los ojos, me contemplaba con una mezcla de asombro y admiración, y supe que yo tenía la misma mirada.

Oh, Dios. Estaba acabada.

—Para cerrar el trato —dijo con rudeza, y fue entonces cuando me di cuenta de lo que acababa de pasar. Había dejado que me besara y yo le había correspondido. Me había encantado y no quería que parara.

Mis dedos buscaron a tientas detrás de mí el pomo de la puerta. Cuando lo encontré, lo giré y me escabullí sin decir nada más.

Sólo cuando estuve fuera del estudio me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración y de que el corazón aún me latía con fuerza en el pecho.

Volví a la tranquilidad de mi habitación para intentar calmarme.

CAPÍTULO 8



NICHOLAS

Si antes del beso pensaba que no podía quitarme a Prairie Lonsdale de la cabeza, no fue nada comparado con lo mucho que dominó mis pensamientos después de él.

Había un ruido tremendo en la habitación, con hombres vistiéndose, arreglándose las corbatas y los gemelos y asegurándose de llevar el traje adecuado. Era un auténtico caos, pero yo tenía la mirada fija en un punto de la mesa donde estaba el vino, incapaz de quitarme aquel beso de la cabeza.

Había pasado una semana y no había vuelto a ver a Prairie. No había duda de que me estaba evitando.

No sabía qué la impulsó a decir que sí, pero dado que había accedido a la boda tras una visita de la hija de Magnimus, supuse que tenía algún motivo para aceptar.

Todo lo que tenía que hacer era averiguar de qué se trataba y no distraerme. Era más fácil decirlo que hacerlo, por supuesto.

—Si no te conociera, pensaría que vas a la horca.

La voz de Ryland interrumpió mis pensamientos, y levanté la vista para encontrarlo de pie frente a mí.

—Vamos, levántate —me animó, y sonreí mientras dejaba que tirara de mí para ponerme en pie y me anudaba la mi corbata—. Sé que no es así como imaginabas el día de tu boda. Quiero decir, sé que esperabas que yo fuera tu novia, pero...

Le empujé antes de que pudiera terminar la frase, y rio, junto con el resto de los hombres de la habitación. Seguí anudándome la corbata.

—Yo también te quiero, colega. Ambos sabemos que yo habría sido la elección perfecta —continuó, provocando una nueva risotada en el grupo—. Pero Prairie Lonsdale le sigue de cerca. Es hermosa y tiene el descaro de una leona. Prepárate para eso, hombre. En general, todos pensamos que es algo noble lo que estás haciendo.

Luego cogió una copa de vino y los demás le imitaron.

—Por nuestro Alfa, que su liderazgo sea largo y pacífico —brindó.

Su brindis provocó un coro de «¡bravo!», y yo levanté mi copa con una sonrisa.

—Gracias a todos por estar aquí. Os llamé cuando más os necesitaba, y ninguno dudasteis en acudir y poner os de mi lado. Douglas, Ryland, Pugh..., todos los que estáis aquí hoy. Hemos luchado codo con codo y perdido amigos y familiares, pero seguimos juntos, luchando por la manada porque creemos en algo más grande. También os doy las gracias por ello.

Nuevos vítores acompañaron mis palabras, a los que siguió un gran alboroto cuando Ryland gritó «¡A por él!» y me sacaron casi en volandas de la habitación en dirección al jardín.

No puede evitar sentirme culpable. Aunque todos pensaban que me casaba con alguien a quien todos considerábamos un enemigo, yo hacía mucho tiempo que había dejado de considerar a Prairie como tal.

Muy al contrario, estaba deseando casarme con ella. Había vislumbrado varias de sus facetas y quería explorarlas todas. Ella había estado sola casi todo el tiempo, salvo cuando la visitó su amiga, pero se lo había tomado con calma.

Parecía acostumbrada a estar sola. Algunos días la veía en la cocina comiendo sola o leyendo un libro, aunque yo procuré que no me viera, y me dio la sensación de que disfrutaba de su propia compañía. Cada día que pasaba la conocía mejor, y mi percepción sobre ella había cambiado por completo.

Pero ahora que me adentraba en territorio desconocido, a punto de casarme con Prairie, sentía que no sabía absolutamente nada de ella.

El jardín estaba lleno de miembros de la aristocracia de la manada. Los Ancianos estaban apiñados discutiendo entre sí, pero se dispersaron al darse cuenta de que yo había llegado. Miré fijamente a Douglas, que me saludó con la cabeza. Sabía que me contaría lo que habían estado discutiendo.

Se hizo el silencio en el jardín, aunque en el aire flotaba un aire de excitación. La música comenzó a sonar y los hombres nos acercamos a la entrada, empezando por Lucas, que estaba muy elegante y orgulloso de sí mismo con su trajecito, tanto que provocó murmullos entre las mujeres.

Cuando estábamos todos de pie ante el altar, la música cambió y entraron las damas de honor. En su mayoría eran las esposas de algunos de mis amigos, quienes, estaba seguro, no tenían ni idea de quién era Prairie. Fiona también se acercó. Me miró con una expresión indescifrable, pero apartó la mirada antes de que pudiera darle demasiada importancia.

Ella fue la última de las damas de honor en subir antes de que la música cambiara de nuevo y todo el mundo se pusiera en pie. Hubo un momento de silencio y yo estaba casi seguro de que no aparecería.

Entonces la vi y me olvidé de respirar.

Parecía etérea vestida de blanco, con su piel tan pálida y su cabello oscuro peinado en trenzas y recogido detrás, adornado con flores y una pequeña y hermosa tiara. Apenas pude distinguir su rostro a través del velo, pero el vestido que llevaba era casi demasiado perfecto para ser real. Un sencillo encaje y seda se ajustaban perfectamente a su pequeña figura, y un ramo de orquídeas blancas, lirios y rosas se ensamblaba maravillosamente en sus manos.

Se oyeron algunos oohs y aahs entre los allí reunidos, acompañados de murmullos, mientras ella caminaba hacia mí, provocados en parte porque su padre no estuviera ya para acompañarla.

Cuando se detuvo frente a mí, me adelanté y levanté su velo, intentando, sin conseguirlo, disimular mi asombro. Era preciosa. Sus ojos azules me miraron un instante antes de oscurecerse. La cogí de la mano y la conduje hacia el maestro de ceremonias.

Mientras intercambiábamos nuestros votos, yo no dejaba de mirarla, temiendo que saliera disparada en cualquier momento. Cuando el oficiante preguntó si alguien se oponía al matrimonio, se hizo un silencio denso y pesado, pero nadie dijo nada y él continuó.

—Os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia —dijo sonriendo.

Me volví hacia ella, que me estaba mirando. Sus ojos bajaron hasta mi boca, pero rápidamente los levantó para encontrarse con los míos. Casi podía sentir cómo le latía el corazón en el pecho, y me sentí aliviado de no ser el único.

Di un paso más hacia ella y me incliné. La miré fijamente a los ojos, preguntándome qué estaría pensando, y entonces la besé. Pretendía que fuera un beso suave y sencillo, pero recordé el de la otra noche. Su olor me embriagó y, sin pensarlo, mi mano rodeó su cintura y tiré de ella para acercarla a mí. Necesitaba sentir su olor más cerca.

Ella estaba tranquila entre mis brazos. Sentí una de sus palmas en mi pecho y lo tomé como una señal para besarla más profundamente. Ella gimió suavemente separando los labios. Su sabor era tan delicioso que no quería parar. Nuestras lenguas bailaron juntas como si ya lo hubieran hecho mil veces, algo familiar y nuevo a la vez. Entonces sus manos subieron y se deslizaron por mi pelo, con una suave caricia que me arrancó un suave gruñido.

Oí el fuerte silbido de Ryland a unos metros de distancia, pero no me detuve. En lugar de eso, con una mano en la nuca le giré la cabeza y profundicé aún más el beso. Sentí sus dientes contra los míos y le mordí el labio inferior, haciéndola gemir.

—¡Buscaos una habitación!

El grito de otro de mis amigos fue un jarro de agua fría. Me aparté despacio de ella, que ya no tenía lápiz de labios y llevaba el pelo alborotado. Parecía tan sorprendida como yo. Podía oler su excitación, un aroma profundo y embriagador que me volvía loco. Lo bastante como para pensar en dejarlo todo y llevármela directamente a la cama.

Pero nos separaron mientras mis amigos y los ancianos me felicitaban. El oficiante, que había asistido en primera fila al beso, aunque colorado como un tomate, también me felicitó.

No tardé en cogerle la mano a Prairie y caminar con ella por el largo pasillo hasta que la organizadora de la boda se la llevó para peinarla y maquillarla para la recepción.

Volví a verla cuando nos llamaron para nuestro primer baile.

—Hola —saludé, sin saber qué más decir.

La recepción se celebraba en el salón de banquetes, otra amplia estancia de la mansión de Alexander, repleta de sus simpatizantes.

—Hola —respondió.

De fondo sonaba una vieja canción de Céline Dion, no supe cuál. Apenas me daba cuenta de nada porque no podía dejar de mirarla. Se había arreglado el maquillaje y pintado los labios de nuevo. Sentí el impulso de volver a estropearlo.

—Estás preciosa —acerté a decir.

Puso cara de sorpresa, como si no se esperara el cumplido.

—Tú también tienes muy buen aspecto —repuso, y sonrió. No duró mucho, pero tomé nota mental de que hacerla sonreír sería la misión de mi vida.

—Ha sido una ceremonia preciosa —continuó, apartando la mirada con timidez, lo que me sorprendió, ya que no la consideraba tímida.

—Mucho.

—Sabes, no era necesario hacer todo esto. Podríamos haber ido al juzgado de Hombres lobo a firmar unos papeles y haberlo hecho oficial —añadió con sequedad.

Ahí estaba la Prairie que yo había llegado a conocer en las últimas semanas. No pude evitar sonreír.

—¿Por qué sonríes? —preguntó, y me reí ante su tono suspicaz—. ¿Lo haces a propósito? Ser amable conmigo para que me enamore de ti, me refiero.

Volví a reír y esta vez ella también sonrió. Esperaba que durara más, pero no fue así.

—No sé si acabas de insultarme o de hacerme un cumplido —repuse.

—Ambas cosas —replicó con rapidez, lo que me hizo reír de nuevo.

—Para responder a tu pregunta, no, no podríamos habernos limitado a ir al juzgado y firmar unos documentos. Esto es tanto una declaración como una boda. Estamos mostrando a la manada lo unidos que podemos estar a pesar de nuestras diferencias pasadas.

—¿Te refieres a matar a mi padre y exiliar a mi hermano?

—Yo no exilié a tu hermano, él huyó tras matar a varios de mis hombres.

La conexión que se había creado entre nosotros hacía unos instantes desapareció y volvió a fruncir el ceño.

—Tú también mataste a varios de los suyos —recordó.

Antes de que pudiera responder, noté un cambio en el ambiente y el sonido de la hoja de un cuchillo cortando el aire directa hacia mí.

Sin pensarlo, me lancé contra ella y nos tiré a ambos al suelo, apartándola de la trayectoria del cuchillo mientras la protegía con mi cuerpo.

Durante un segundo todo permaneció en silencio. Después estalló el caos.

Ryland y la mayoría de los hombres salieron tras del autor del ataque. Era un joven, pero antes

de que pudieran llegar hasta él, se cortó la garganta y agonizó sobre un charco de su propia sangre.

Fiona corrió a mi lado y le ordené que llevara a Prairie a su habitación. Dos guardias hicieron lo que les pedí y la acompañaron ignorando sus protestas.

—¿Quién es? —pregunté a Ryland mientras contemplábamos al moribundo, que no tendría más de diecinueve o veinte años.

—Uno de los ujieres. Debe haberse infiltrado para ejecutarte por orden de los Hombres lobo de la frontera.

—Ha tenido que ser Phoenix —terció Douglas, expresando lo que yo también había pensado.

—Que limpien esto. Quiero saber cómo entró sin que nuestros servicios de inteligencia lo supieran —ordené, y todos se pusieron en movimiento.

Supongo que ese fue el final del día de mi boda. Le dije a Douglas para que me siguiera, salí del vestíbulo y nos dirigimos a mi estudio.

CAPÍTULO 9



PRAIRIE

Me apretó el brazo con fuerza hasta que la aparté de mí con un empujón y la fulminé con la mirada. Ella hizo lo mismo conmigo.

—Tenemos que seguir andando. El Alfa te quiere en tu habitación —espetó Fiona.

—Puedo caminar yo solita sin que me arrastres fuera de mi propia boda como a un gato callejero.

—Vi un destello en sus ojos, animosidad y quizá celos. Pero yo tenía prisa y no me detuve a averiguarlo.

El golpeteo de unos tacones que nos seguían nos puso en alerta. Nos giramos al mismo tiempo, dispuestas a luchar, pero por suerte, era Faye.

—¿Estás bien? —preguntó corriendo hacia mí, con la preocupación dibujada en el rostro.

Los guardias la detuvieron antes de que se acercara.

—¡Eh! Dejadla pasar, es mi mejor amiga —ordené, pero ambos miraron a Fiona, que les hizo un gesto con la cabeza, antes de obedecerme.

Intenté que no se notara mi irritación cuando Faye se acercó y me abrazó con fuerza.

—Estoy bien —asegué para tranquilizarla.

—No tenemos tiempo para esto, tenemos que ponerte a salvo —gruñó Fiona de nuevo.

—¡Fiona! —La voz de Nicholas interrumpió lo que ella iba a decir y ambas nos volvimos hacia él.

No venía solo. Le acompañaba Douglas y ambos nos miraron como si estuviéramos armando demasiado alboroto. Luego le hizo un gesto con la cabeza a Fiona para que lo siguiera.

—Ponedla a salvo —ordenó Nicholas a los dos guardias, que asintieron con la cabeza.

Apenas me miró y sentí que dentro de mí comenzaban a surgir una ira y unos celos irracionales. ¿Por qué iba a estar celosa de que se fuera con Fiona?

El beso fue lo primero que me vino a la mente, pero aparté ese pensamiento. Definitivamente no debería estar pensando en eso ahora.

—Vamos —oí decir a Faye detrás de mí y dejé que me condujera a mi habitación.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté cuando por fin nos quedamos solas.

—Me pareció escuchar a algunos de los hombres de Nicholas decir que eran los Hombres lobo de la frontera —respondió.

Aquello me dejó sorprendida. Sabía que algunos estaban enojados porque Nicholas se hubiera convertido en el Alfa, pero nunca esperé que atentaran así contra su vida.

Pensar que estaba en peligro constante me hizo temer por él. Era un miedo irracional, porque debería temer por mi propia vida, pero no podía apartarlo de mi cabeza. En la recepción vi un lado tierno en él que no había visto antes, y me había ablandado.

—Prairie, ¿en qué estás pensando? —La voz de Faye me sacó de mis reflexiones.

— ¿Fiona y Nicholas estuvieron juntos alguna vez? —me decidí al fin a preguntarle.

Me miró con desconfianza. Todo el mundo había visto el beso en la boda y yo sabía que ella tenía preguntas, pero la dejaría sacar sus propias conclusiones, aunque yo misma siguiera confusa con lo ocurrido.

Se encogió de hombros.

—Hubo rumores de que iba a anunciarla como su compañera antes de que muriera su hermana. Era la mejor amiga de Fiona.

—Oh —fue todo lo que pude responder.

—Sí. Por cierto, buena jugada con ese beso. Si tu plan era hacerlo lo más creíble posible, casi me lo he tragado.

Noté la duda en su voz, como si quisiera que le confesara si el beso había sido real o no, pero me limité a asentir.

—Sí, eso era exactamente lo que pretendía —mentí casi en un susurro.

Me observó con atención durante un largo rato, como buscando la verdad, y por fin asintió.

—De acuerdo.

Unos golpes en la puerta nos interrumpieron menos de veinte minutos después. Yo aún llevaba el vestido de novia y ambas estábamos tumbadas en el suelo, mirando al techo, cuando llamaron a la puerta. La puerta se abrió y Nicholas entró. Se había quitado el traje y llevaba desabrochados los tres primeros botones de la camisa. Llevaba el pelo suelto, recogido en un moño bajo. Era devastadoramente guapo y sentí que podría empezar a babear.

Faye se puso en pie mientras yo permanecía en el suelo, con el vestido arrugado en torno a mí.

—Necesito hablar con mi mujer —dijo Nicholas en tono dolorosamente posesivo.

Faye no pudo ocultar su sorpresa. Yo quería, no, necesitaba, odiar aquellas palabras, pero cada parte de mí las amaba.

—Uhm... claro— repuso Faye antes de salir.

—No pierdes el tiempo, ¿verdad? —traté de bromear, pero sin gracia. Él seguía de pie junto a la pared, mirándome.

—¿Estás bien? —preguntó y noté que estaba realmente preocupado por mí.

Intenté ponerme en pie, pero no pude hasta que él se acercó a ayudarme.

—Este vestido es una monstruosidad —murmuré en voz baja, pero él me oyó y se echó a reír. Levanté la vista lo bastante rápido para captar su sonrisa y casi me caí de nuevo al suelo.

—Te queda precioso —repuso.

Sentí que todo mi cuerpo se estremecía, el corazón, el estómago, la piel. De algún modo él conseguía que las palabras más sencillas sonaran como si tuvieran multitud de significados, y me quedé boquiabierta durante un minuto.

—¿Estás bien? —le pregunté y esbozó una pequeña sonrisa que me hizo estremecer de nuevo.

—Si no te conociera, diría que pareces preocupada —replicó.

Sacudí la cabeza, sonreí y miré hacia abajo, pero su dedo índice volvió a levantar mi barbilla hacia su cara.

—No me ocultes tu sonrisa. Ocurre pocas veces y no quiero perderme ninguna.

Ya no eran estremecimientos, sino que se habían convertido en un palpitir constante que no se detenía. ¿Cómo había conseguido hacerme pasar de la rabia a la excitación en unos segundos? No tenía ni idea de cuánto tiempo nos habíamos estado mirando, pero él se acercó un paso hasta que estuvo lo bastante cerca como para que pudiera sentir su suave aliento en mi cara.

—Voy a besarte ahora. Dime si quieres que pare.

Me dio unos segundos para detenerlo, pero no lo hice, no pude.

Entonces su boca cubrió la mía en un beso que me hizo gemir en voz alta. Me rodeó la cintura con las manos y tiró de mí para acercarme, mientras mis dedos se deslizaban por su pelo, tirando de él y amasándolo, como hacía tiempo que quería hacer.

Soltó un gruñido grave y murmuró un fuerte «joder» contra mi boca. Gemí en respuesta. Mis dedos abandonaron su pelo para encontrar los botones de su camisa y él me ayudó a desabrochárselos con rapidez. Su camisa cayó al suelo y su torso quedó desnudo ante mí.

Me eché hacia atrás para mirarle, llena de deseo. Su piel estaba desgarrada por todas partes. Tatuajes tribales oscuros y cicatrices de batalla delineaban sus abdominales y antebrazos. Las cicatrices nunca le sentaron tan bien a nadie, aunque no es que yo hubiera visto muchos torsos de hombre antes que el suyo.

Sólo había tenido un novio, y apenas lo llamaría relación. Sólo estuvo conmigo porque quería beneficiarse de ser el yerno del Alfa. Hasta que se dio cuenta de que yo no tenía ningún valor para mi padre.

Mi vestido desapareció en cuestión de segundos y cayó a mis pies hasta que salí de él quedándome en ropa interior,

—Eres increíblemente hermosa —gimió.

Sus ojos recorrieron mi cuerpo como si quisiera devorarlo.

Me levantó para que pudiera rodearle con las piernas, me llevó hasta la cama, me tumbó suavemente sobre ella y se echó hacia atrás para desabrocharse los pantalones. Me inclinó hacia arriba, apoyando mi peso en las palmas de las manos. Le besé el pecho y la pequeña cicatriz que tenía bajo los pezones. Sus dedos se enredaron en mi pelo, tirando de mi cara hacia atrás para besarme en los labios.

Me desabroché el cierre del sujetador, me lo quité y él se inclinó hacia atrás para admirarlo todo.

Tenía los ojos tan oscuros que parecía que las pupilas le cubrían el iris. Me cogió un pecho y se inclinó para chuparme el pezón.

—¡Ahh!

—¿Te gusta? —gruñó contra mi piel, y yo asentí, aunque él no podía verme.

—Sí —gemí, y él me acarició el otro pecho antes de dirigirse a él para prestarle la misma atención.

—No tienes ni idea de lo que provocas en mí, lo que he tenido que contenerme para no hacerlo —gruñó, y cada una de sus palabras

Lo más probable es que mis bragas estuvieran arruinadas en ese momento.

Como si pudiera oír mis pensamientos, me bajó un dedo hasta las bragas, y yo abrí las piernas para darle acceso.

—Joder, estás mojada —gimió en voz alta.

Entonces perdió el control y me besó de un modo salvaje.

Levantó una de mis piernas y alineó nuestros cuerpos para que él estuviera en mi entrada. Sus ojos buscaron los míos, como si necesitara que lo detuviera antes de llegar a un punto sin retorno. Apreté mi cintura contra su longitud dejando que la punta se deslizara dentro, y los dos gemimos al mismo tiempo. Su frente contra la mía, sus labios acercándose y alejándose de los míos.

Gemí de éxtasis mientras él se deslizaba lentamente, centímetro a centímetro, hasta que se enterró dentro de mí. Nunca me había sentido tan llena en mi vida.

—¡Oh, joder! Se siente increíble.

Yo sentía demasiadas cosas a la vez y hablar parecía ser una habilidad que había olvidado. Volvió a retirarse, despacio, pero me penetró repetidamente hasta que deliré con el placer que sólo él podía darme.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Te gusta...? —me gruñó al oído.

—Sí.... Dios, sí.

Casi estaba llorando en ese momento, cuando él deslizó un dedo entre nosotros para jugar con mi pezón, y yo estallé como un cohete, sacudiéndome y moviéndome bajo su peso, apretándome a su alrededor con tanta fuerza que grité, pero él no paró hasta que encontró su propio placer. Permanecimos así mucho tiempo, sin poder movernos. No quería que terminara.

CAPÍTULO 10



NICHOLAS

Me desperté con las luces brillantes que entraban por las cortinas abiertas y me encontré en una cama que no me pertenecía. Un cuerpo blando yacía apretado contra mí, y los recuerdos de la noche anterior volvieron con la fuerza de un huracán.

Abrí los ojos y el aroma a rosas y vainilla impregnó mis sentidos. Su pelo oscuro estaba esparcido por la almohada, y algunos de sus suaves mechones llegaban hasta mi hombro. Me acerqué para aspirar su aroma y al instante volví a desearla.

La noche anterior había sido una locura. Tal vez fue la adrenalina de casi morir o que la había deseado durante tanto tiempo. Necesitaba cualquier excusa que pudiera encontrar. Su respiración uniforme en mi pecho significaba que seguía durmiendo plácidamente, y una oleada de instinto de protección me invadió.

No era de extrañar que, en pocas semanas, se hubiera convertido en una de las personas más importantes de mi vida y, ahora, en mi esposa.

Recorrí con el dedo su pálida piel, casi toda cubierta por el edredón. Era increíblemente bella y feroz. Podía defenderse en situaciones difíciles. Era sorprendente lo distinta que era de su familia.

El sonido de pasos acercándose interrumpió mis pensamientos y me incorporé. Por suerte, ella sólo se reacomodó y siguió durmiendo.

Era Ryland, con aquel silbido suyo tan espantoso. Me levanté de la cama, me vestí lo más rápido que pude y salí para encontrarme con él.

Sus ojos se abrieron de par en par cuando me vio en la puerta. Estaba claro que no esperaba encontrarme aquí.

—No tenía ni idea de que te tomaras tan en serio tu papel de marido —bromeó, intentando asomarse a la habitación.

—Cállate, Ryland —gruñí, empujándolo antes de que pudiera meter la cabeza y se rio aún más fuerte. Caminamos juntos hacia mi estudio.

—¿Has averiguado algo sobre el asaltante muerto? —pregunté abriendo la puerta.

El enorme reloj de pie de la pared me hizo saber que ya eran más de las nueve de la mañana. Me había dormido durante el desayuno, algo inédito en mí,

—Desafortunadamente, no —respondió, sacándome de mis pensamientos.

Estaba decepcionado, pero me lo esperaba. Quienquiera que hubiera enviado al chico sabría que trataríamos de encontrarlo. Que se hubiera matado significaba que eran fanáticos de la causa por la que luchaban, tanto que no les importaba que un chico se suicidara para que no pudiéramos encontrarlos.

—Pero —continuó—, tenemos algunas pistas, nada concreto todavía. Tenía un tatuaje tribal en el torso que nos hizo suponer que era del puesto de la Frontera Exterior. Aunque aún no tenemos ni idea de a qué facción pertenece.

—Bien, supongo que eso reduce la búsqueda.

Estaba siendo sarcástico. Había diez puestos en la Frontera Exterior y facciones aún más numerosas. Saber que podría haber sido cualquiera de ellos el que atentó contra mi vida no disminuyó mi inquietud.

—Douglas está seguro de que tiene que ser la misma facción a la que se unió Phoenix. Ninguna otra sería tan audaz. Debe haberles prometido parte de las riquezas de su padre.

La voz de Ryland se apagó cuando me quedé mirando un enorme cuadro de la pared. El marco estaba forrado de oro y la pintura era espantosa. Supongo que algunos lo habrían calificado de majestuoso, pero a mí nunca me gustó el arte. El cuadro representaba a un lobo aterrador que chorreaba sangre por la boca.

Era en 3D, así que parecía especialmente real. Resultaba increíble que fuera la primera vez que lo miré de verdad. Había muchos cuadros parecidos por la casa y pensé en quitarlos todos, pero luego me acordé de Prairie. Ya la habíamos obligado a muchos cambios en su vida, incluida la toma de posesión de la casa de su infancia. No sabía cómo le sentaría una reforma general de toda la vivienda.

—¿Nicholas? ¿Nick? ¿Me estás escuchando? —preguntó Ryland.

—¿Decías que la facción que atacó era la misma a la que se unió Phoenix? —respondí, sin dejar de mirar el cuadro. Oí su suspiro frustrado—. Di lo que tengas en mente, Ryland. Sé que no me has despertado sólo para contarme tus especulaciones.

Él se sentó frente a mi mesa y puso las manos sobre el regazo.

—Hemos tenido noticias de una facción rebelde del puesto avanzado.

Eso atrajo mi atención, y lo miré, olvidándome del cuadro. Nosotros también fuimos una facción rebelde, así que conocía bien los retos de serlo.

—¿Qué manada? —pregunté,

—La manada Bayou. La misma a la que se rumorea que se ha unido Phoenix. Han pedido reunirse contigo.

Los Hombres lobo de la manada Bayou eran astutos y no se podía confiar en ellos. O al menos, eso era lo que se rumoreaba.

—Quieren que nos reunamos en un punto neutral —añadió.

—¿Han dicho sobre qué quieren hablar?

Ryland negó con la cabeza.

—Bueno, si son de Bayou, no es raro que quieran reunirse con nosotros.

Era sabido que Malcolm se había aficionado a matar, al igual que Alexander y se había convertido en un tirano igual que él, o quizá peor. Aún era joven y no sería una sorpresa que los rebeldes intentaran desbancarle de su puesto de Alfa.

—Creo que quieren una alianza con nosotros —dije al fin. Era la única razón por la que querían reunirse—. Tendría sentido que ellos nos ayudaran con Phoenix, y nosotros con su problema de Malcolm.

—¿Crees que es prudente interferir en los problemas de otras facciones? —preguntó Ryland.

—No sería interferir si son ellos los que atacaron primero —repliqué.

Estaba seguro de que sería la manada Bayou la que atacaría. En cualquier otro momento, esto hubiera supuesto una declaración de guerra, pero no hacía mucho que mis hombres habían sufrido una gran pérdida. Algunos de los heridos aún estaban recuperándose y otros seguían de luto. Phoenix lo sabía y también que no podía permitirme otra guerra en estos momentos. Había prometido paz a los Chandra, y atacar la manada Bayou a ciegas distaba mucho de ser paz.

—Si estoy en lo cierto y se trata de una reunión pidiendo una alianza, entonces evaluaré la situación —decidí—. Dame unos minutos, necesito ducharme y cambiarme. Reúne a los hombres, necesito que inspeccionen el punto de encuentro.

—Ahora mismo.

Una hora más tarde nos dirigíamos hacia allí. Varios hombres rodeaban nuestros coches, dos delante y uno detrás. Podría parecer excesivo, pero las cosas habían cambiado y ahora la seguridad era lo más importante. En casa tan sólo había quedado un pequeño grupo de hombres para proteger a Prairie y a Lucas.

—¿Qué sabemos de su líder? —pregunté a Ryland.

Me había dicho que el líder de los rebeldes se llamaba Marcel, un nombre que nunca había oído antes.

—No mucho, para ser honesto. Creció fuera de la Bayou, como tú, pero no porque estuvieran escondidos. Su madre era de una manada diferente del Oeste y creció sin padre. Regresó a Bayou para estar entre su gente, pero se unió a los rebeldes.

—¿Ya está? ¿Qué hizo? ¿Alzarse entre las filas para convertirse en su líder?

—Malcolm mató a su hermana pequeña. Ella estaba entre los niños secuestrados que debían ser utilizados como rehenes para obligar a los rebeldes a rendirse. Cuando se negaron, los mató a todos.

—Joder, ahora matan niños —murmuré.

Había oído rumores de las atrocidades de Malcolm, pero saber que eran ciertas era diferente.

El trayecto hasta el punto de encuentro neutral duró más de una hora. Parecía un almacén abandonado, pero aún tenía buen aspecto, como si lo hubieran abandonado hacía poco. Aparcamos y entramos en el edificio, donde ya habían dispuesto dos sillones. Marcel estaba sentado en uno de ellos.

Nunca le había visto antes, pero no me cupo duda de que era él cuando el resto de los hombres se hizo a un lado y le miraron, tensos. Nos observamos durante unos segundos.

—¿Señor Northwood? —preguntó, poniéndose en pie y tendiéndome la mano.

Me quedé mirándole unos segundos antes de cogerla. Llevaba largas rastas recogidas detrás de la cabeza y una barba áspera que parecía no poder decidir si quería conservar o afeitarse.

Era alto, mucho más que yo, algo no muy habitual, ya que yo medía un buen metro noventa.

—Marcel —respondí y noté que sus hombros se relajaban, como si hubiera estado conteniendo la respiración.

—No estaba seguro de que fuera a aceptar reunirse conmigo.

Miró a Ryland y asintió. Por el rabillo del ojo, vi que Ryland le devolvía el gesto.

—Su segundo al mando me dijo que había aceptado, pero no me lo he creído del todo hasta que ha aparecido —continuó Marcel.

—En la manada Chandra nos tomamos en serio nuestra palabra. Cuando la damos, no lo hacemos por capricho —repliqué.

Él apartó la vista un segundo antes de volver a mirarme.

—Por supuesto. Los rebeldes también nos tomamos en serio nuestra palabra. Quiero asegurárselo personalmente de cara al futuro.

Asentí en señal de que aceptaba sus palabras.

—Supongo que habrán escuchado los rumores de que Phoenix Lonsdale se ha unido a la Manada Bayou. Son ciertos —afirmó y yo traté de no mostrar ninguna emoción—. Phoenix es un invitado de Malcolm McAllister mientras hablamos. Supongo que sabe lo que una alianza así significaría para su posición como Alfa de los Chandra.

No dije nada y continuó.

—La razón por la que he pedido audiencia es para que podamos llegar a un entendimiento mutuo ahora que tenemos un enemigo común. Y, como suele decirse, el enemigo de mi enemigo es mi amigo. —Abrió las palmas de las manos al decir esto último y esbozó una pequeña sonrisa.

—Entonces, ¿buscas una alianza? —pregunté y él rio entre dientes.

—No se anda por las ramas, ¿verdad?

—No veo razón para ello.

—Muchos de nosotros hemos perdido algo con el reinado de Malcolm —repuso en tono solemne—. Por lo que he oído de usted, no ha pasado tanto tiempo desde que estuvo en mi lugar.

Lo miré en silencio. Me di cuenta de que estaba siendo sincero, a pesar de sus tácticas turbias, como si no pudiera evitarlo. Debía de ser parte de los matices de pertenecer a la manada Bayou.

—¿Qué propones? —pregunté.

—Que nos unamos para acabar con Malcolm. En el proceso, acabaremos también con Phoenix. Sin Malcolm, no tendrá dónde esconderse y no tendrá más remedio que rendirse.

Cuando terminó, la sala se quedó en silencio, pero sus palabras eran justo lo que yo había esperado.

—De acuerdo —acepté.

Por un segundo pareció atónito, como si no hubiera esperado que yo aceptara con tanta rapidez.

—No te sorprendas demasiado, Marcel. He pensado mucho en tus palabras y no tiene sentido perder el tiempo. Tenemos un interés común y cuanto antes nos pongamos a ello, mejor para todos.

Sonrió y se puso de pie conmigo.

—No podría estar más de acuerdo, Señor Northwood.

—Llámame Nicholas.

CAPÍTULO 11



PRAIRIE

Hubo un tiempo en el que habría dado cualquier cosa por amor. Hubo un tiempo en el que habría dado cualquier cosa por el amor de mi padre y mi hermano, y la aceptación de mis compañeros, para no ser vista únicamente como la hija del tiránico Alfa.

Pensé que ese tiempo habían quedado atrás, pero me daba cuenta de que no era así. Durante los últimos dos días, maldije a Nicholas Northwood cada vez que podía. Casi a cada segundo del día, porque no dejaba de pensar en ese bastardo.

Habían pasado dos días desde nuestra noche de bodas, dos días desde que me abrazó con tanta ternura que casi me hizo llorar. Fue la noche más maravillosa de mi vida y después desapareció.

Sin una sola palabra, ni una nota, ni siquiera un puto mensaje.

Le sacaría los ojos la próxima vez que lo viera.

O tal vez no.

Me había despertado tarde tras una larga noche dando vueltas en la cama, preguntándome dónde estaría y si le habría atacado alguna de las otras facciones. Ni siquiera tenía su número para llamarle o enviarle un mensaje, y me daba vergüenza pedirselo a alguno de los guardias.

¿Qué clase de esposa no tenía el número de su propio marido?

La casa estaba vacía cuando por fin pude salir de mi habitación aquella tarde. Estaba en la cocina, preparándome algo de comer cuando miré por la ventana y le vi. Pero no estaba solo, sino con una pequeña multitud en mi patio trasero y parecían estar de fiesta.

Una parte del pecho me dolió al pensar que me habían dejado fuera de la celebración, mientras que la otra lo reprimió, como hizo siempre que Alexander elogiaba a Phoenix por algo que yo había hecho mejor. Ocurría con tanta frecuencia que había dejado de intentarlo.

Pensar en mi familia me recordó la tarea que tenía en mente cuando acepté casarme con Nicholas. Me maldije por holgazanear, por haber sido tan estúpida como para enamorarme de un hombre que ni siquiera se molestó en venir a verme cuando regresó. En lugar de eso, lo vi flirteando con otra mujer.

Mis ojos se clavaron en ellos como si tuvieran voluntad propia. Para ser justos, Nicholas mantenía las manos quietas, pero la pequeña zorra no podía apartar las suyas de él. Era como si hubiera estado viviendo bajo una roca estos últimos días y no se hubiera enterado de que el

hombre al que prácticamente acariciaba estaba casado.

No pude soportarlo más. Salí por la puerta trasera hacia ellos, pero Lucas, bendito sea, me vio primero y saltó emocionado hacia mí. Al menos una persona se alegró de verme. El resto me miró con desconfianza, mientras que otros ni siquiera intentaron ocultar su animadversión.

—Prairie, estás aquí —me dijo entusiasmado.

Después habló sobre lo mucho que me había echado de menos y cómo quería que nos enfrentáramos en otro maratón de mermelada y Nutella. Me reí de su entusiasmo.

—No voy a dejar que te atiborres de mermelada de fresa, colega. Te va a dar dolor de estómago —repliqué sin dejar de mirar a Nicholas, que ni siquiera se había dado cuenta de que yo estaba en el patio.

Llevaba una camisa blanca suelta y unos pantalones caqui que le hacían parecer un hippy, más aún con su pelo largo, despeinado y al viento.

Dios, era hermoso. ¿Por qué le sonreía tanto a la puta? A mí nunca me sonreía así.

—Suenas como Fiona —dijo Lucas, atrayendo de nuevo mi atención.

Bajé la mirada y se me encogió el corazón al verlo abatido, aunque no supe por qué. Ciertamente era sólo un niño, pero se suponía que no yo no debería preocuparme por ninguno de ellos. Yo tenía un objetivo. Debía ceñirme a él y luego buscar la manera de largarme de allí.

—Cariño, por favor, no me compares con la estirada de Fiona; los dos sabemos que soy más divertida que ella —dije guiñándole un ojo. Era tan mono, tan parecido al pequeño Nicholas, que el parecido resultaba un poco chocante.

Me asaltaron un pensamiento que no debería tener, sobre si ya estaría embarazada de Nicholas o no. Instintivamente me llevé las manos al estómago y, cuando levanté la vista, él me estaba mirando. No supe cuánto tiempo llevaba con la vista fija en mí, pero sus ojos habían seguido mis manos, que permanecieron en mi vientre durante un rato mientras el corazón me latía en el pecho.

—¿Alguien ha dicho mi nombre? —La voz de Fiona apartó mi mirada de Nicholas.

Me giré y la vi rodeando a Lucas con los brazos y haciéndole una llave en la cabeza, de la que él consiguió zafarse antes de correr hacia un grupo de chicos a unos metros de distancia.

Se volvió hacia mí y se le borró la sonrisa de la cara.

—Estoy un poco triste por no haber sido invitada a esta fiesta en mi propio patio —respondí con sequedad.

—La organizó la familia de Nicholas para celebrar su boda —replicó con voz cortante, queriendo herirme.

—Bueno, es una suerte que ahora sea de la familia, ¿no? —me burlé.

Por un segundo pareció dispuesta a matarme. Entonces recordé que necesitaba su ayuda. Enfrentarme a ella no me ayudaría, por lo que di marcha atrás.

—Mira. Sé que hemos empezado con mal pie, pero me gustaría una tregua entre nosotras. Ya sabes, las chicas deberíamos permanecer unidas —dije extendiendo mi mano, que ella miró como si estuviera cubierta de gusanos.

—¿Qué quieres? —preguntó. Era lista, eso se lo concedía.

Suspire. Era inútil fingir lo contrario, así que fui directa al grano.

—El otro día dijiste algo de que mi familia se mataría entre sí.

Se apartó de mí y miró hacia otro lado, sin ganas de mantener esta conversación,

—Me hizo pensar, sobre todo en la muerte de mi madre. Todo el mundo lamenta que muriera en el parto, pero era la esposa del Alfa, tenía acceso a los mejores cuidados médicos, no es lógico que muriera así.

Me miró de arriba abajo y se cruzó de brazos.

—¿Por qué debería ayudarte?

Miré en dirección a Nicholas, que ya no estaba con la chica, sino hablando con algunos de los Ancianos. Volví a mirar a Fiona,

—Sé que Nicholas iba a ser tu compañero. Y sé que estás celosa de que estemos casados, pero no tienes nada por lo que estarlo. Tienes mi palabra de que no tendrás que tolerarme más una vez que descubra la verdad.

La risa seca e irritante de Fiona me interrumpió. Dejé de hablar y esperé a que terminara.

—No sabía que era tan graciosa —gruñí.

Puso los ojos en blanco, pero dejó de reír,

—Sé que estás enamorada de él —continué. Sus ojos se endurecieron, pero no lo negó.

—Chica, ¿crees que puedes abandonar un compromiso de por vida porque esperas que te cuente una historia? Eres aún más estúpida de lo que pensaba.

Odí que usara la palabra estúpida para describirme, pero sabía que sólo intentaba hacerme daño porque le había tocado la fibra sensible.

—Nicholas nunca te dejará ir. Estás delirando si crees que lo hará. Recorrerá todas las facciones para encontrarte hasta que estés a salvo en casa con él. Por eso, si yo fuera tú, me olvidaría de cualquier plan de escape que puedas tener. No serían más que una pérdida de tiempo.

—¿Fiona? ¿Puedo hablar contigo un segundo?

Estaba tan absorta en mi conversación con ella que no me había dado cuenta de que Nicholas venía hacia nosotras. Le miré, pero me fue imposible descifrar su expresión. No tenía ni idea de si nos había oído o no.

Se comportó como si yo no estuviera y sentí ganas de darle una patada en los huevos, pero él y Fiona y se alejaron antes de que pudiera actuar según mis instintos. Me quedé mirando su espalda hasta que doblaron la esquina, mientras mi irritación aumentaba. Las palabras de Fiona

me habían sorprendido, pero no permitiría que me detuvieran.

Encontraría lo que buscaba y después me iría. Me mudaría al sur, donde vivían algunas manadas amigas. Y, si no era así, podría vivir entre los humanos, tenía años de práctica.

Aquella noche, incapaz de conciliar el sueño, no pude dejar de darle vueltas a lo que Fiona dijo sobre que Nicholas no me dejaría marchar. ¿Sería sólo para guardar las apariencias, o había algo más?

Suspiré y me senté en la cama. Imposible dormir. Necesitaba dejar de pensar en él, pero no podía hacerlo. Su olor aún permanecía en mis almohadas y me odiaba por lo débil que había sido. No había cambiado las sábanas para deshacerme del olor.

Era tarde y la casa estaba en silencio. Me levanté de la cama y fui a la cocina en busca de leche caliente.

Encontré a Nicholas sentado en uno de los taburetes detrás de la barra. Tenía la cabeza entre las manos, el pelo alborotado, suelto y un poco húmedo, y se había cambiado la ropa que llevaba antes.

No pude evitar preguntarme si ése era su verdadero yo, despojado de su posición de Alfa, como tío de Lucas y marido mío. Parecía vulnerable y sumido en profundos pensamientos, y sentí deseos de acercarme a él. Me hubiera gustado saber qué le preocupaba, como si fuéramos un matrimonio normal, pero no lo éramos. Necesitaba enfadarme con él, necesitaba que la ira ocupara cada rincón de mi corazón, o tenía miedo de lo que podría pasar.

Me di la vuelta para volver a mi habitación, pero su voz me detuvo.

—No tienes que huir. No muerdo.

Seguía con la cabeza entre las manos. No me había percatado de que se había dado cuenta de que yo estaba allí. Debió haberme sentido. Me acerqué a él, sin muchas ganas de irme, y me senté frente a él. Entonces me miró y sentí que el aire se me escapaba de los pulmones.

Era impresionantemente hermoso. Sus ojos grises parecían casi azules en la oscuridad de la noche, cuando sólo pequeños fluorescentes sin brillo iluminaban la habitación. Un mechón de pelo oscuro le había caído sobre los ojos y rabiaba por colocárselo, aunque parecía estar bien tal como estaba.

—A menos que tú quieras —añadió.

Cuando levanté la vista, sus ojos se habían posado en mi boca y me entraron unas ganas terribles de acercarme y besarle. Pero la última vez que eso ocurrió, él desapareció como si todo lo que compartimos no hubiera significado nada. Con ese pensamiento volvió mi ira.

CAPÍTULO 12



NICHOLAS

La habitación apenas estaba iluminada, pero podía ver cada centímetro de su cuerpo a través de su camisión transparente. La parte perversa de mi cerebro no dijo nada al respecto porque, Dios, la había echado de menos. Tanto que me dolía casi físicamente, aunque no tuviera ningún sentido.

Aunque no llevábamos juntos mucho tiempo, de alguna manera sentía como si la conociera. Los dos últimos días habían sido confusos. Tuve que asegurarme de que nuestra alianza con los rebeldes se desarrollara sin contratiempos, pero sólo podía pensar en ella.

Estaba enfadado conmigo mismo por haberme ido sin ningún tipo de nota, sin hablar con ella, y no tenía ni idea de cómo se sentía al respecto.

Durante un segundo, cuando se sentó, su mirada había sido tierna, pero en cuanto hablé sus ojos se endurecieron. Se levantó para abrir la nevera y sacar el cartón de leche.

La cocina quedó en silencio mientras yo observaba cómo a leche en una taza y la metía en el microondas. Lo cerró y esperó, pero no se volvió para mirarme.

—¿Qué estabas discutiendo con Fiona en la fiesta? —pregunté.

Se puso rígida, pero no se volvió.

—¿Te refieres a la fiesta a la que no me invitaron? —replicó, ácida.

Pero pude oír el dolor que ella trataba de disimular y, de nuevo, me sentí como un gilipollas. Aquella mañana entré en su habitación para contarle lo de la fiesta, pero dormía tan plácidamente que no quise despertarla.

Y no se lo conté.

—Sí, esa fiesta —repuse con indiferencia.

—Nada de lo que debas preocuparte —respondió con dureza.

Era evidente que no estaba dispuesta a decírmelo, así que cambié de táctica.

—¿Por qué crees que le pasó algo malo a tu madre? Si tienes tantas ganas de saberlo, ¿por qué no me lo preguntas?

—Oh, ¿así que nos oíste? —Por fin se giró y al instante me regaló una vista de su escote, la

forma de una lágrima perfecta, pechos turgentes y..., pude adivinar sus pezones rosa oscuro.

Me distraje sólo un segundo antes de volver a mirarla a la cara.

—Si la pregunta es si oí cómo prácticamente me regalabas a Fiona a cambio de información, entonces la respuesta es sí. Pero si te estás preguntando si ella tenía razón sobre que yo rastrearía las facciones para encontrarte si te ibas, la respuesta también sería sí.

Su rostro adquirió un bonito tono rosa que me hizo sonreír, pero no dije nada más y esperé a que hablara.

—¿Quieres decir que estoy prisionera aquí y que no me dejarás salir, aunque quisiera? —preguntó, enfadada.

—No, estoy diciendo que no dejaré que te pongas a ti o al resto de la manada en peligro. Olvidas que ya no eres la hija rechazada y abandonada de un Alfa, que puede escabullirse al mundo humano sin que a nadie le importe una mierda. Ahora eres la esposa del Alfa, y representas una gran parte del gobierno de la manada. Si el enemigo te captura puede exigir lo que quiera. Ahora eres mi compañera, y recorrería el mundo para mantenerte a salvo.

Sus ojos se abrieron de par en par y el silencio en la habitación se hizo denso con la tensión que siempre había entre nosotros dos.

Tragó saliva, y sus pechos se elevaron ligeramente y bajaron. Mis ojos siguieron el movimiento.

El timbre del microondas sonó detrás de ella y se sobresaltó antes de darse la vuelta para abrirlo y sacar la taza.

—¡No!

—¡Ay! —exclamó justo cuando me acercaba a ella.

Dejó la taza caliente en la mesa y derramó parte de su contenido. En un abrir y cerrar de ojos llegué a su lado, aparté la taza, puse su mano bajo el grifo y lo abrí.

—Lo siento —dijo con una pequeña mueca de dolor, a pesar de que era ella la herida.

—No tienes por qué. Los accidentes ocurren.

Encontré un paño pequeño, lo mojé y le envolví las manos con él. Después aparté una silla para que ella se sentara. Sin decir nada, cogí papel de cocina y limpié la encimera y el microondas antes de ponerle la leche caliente delante.

—¿Estás bien? —pregunté

Asintió. Tenía las mejillas sonrosadas, señal de que estaba avergonzada. Al darme cuenta de que estábamos tan cerca, me aparté y volví a mi asiento, poniendo entre nosotros una muy necesaria distancia.

—Si querías saber algo de tu madre, sólo tenías que preguntar.

Levantó la vista y me miró a los ojos, suspicaz. No había duda de que sospechaba de mis motivos.

—¿Por qué ibas a ayudarme? Por lo que sé, ya lo sabes todo y me lo estás ocultando —replicó en tono acusador.

¿Estaba insinuando que yo tuve algo que ver con la muerte de su madre? Yo no era más que un niño en aquella época.

—Te ayudaría porque eres mi mujer y porque me lo has pedido, cosa que aún no has hecho.

Permaneció en silencio. Dios, era muy testaruda.

—¿Te cuesta pedir ayuda? ¿O aceptarla? —pregunté.

Me miró sorprendida y supe que había dado en el clavo. Me di cuenta entonces de que estaba acostumbrada a arreglárselas por sí misma. Al haber estado sola tanto tiempo, quizá nunca había confiado en la gente. Ahora que lo pensaba, aparte de la hija de Magnus, no tenía más amigos.

Me di cuenta de lo solitaria que debía de ser su vida. No tenía muchos amigos, ni el amor de su familia, cosas que yo había dado por sentadas toda mi vida. Puede que Alexander hubiera acabado con mi familia de sangre, pero yo me había creado una nueva.

De la que ahora ella formaba parte también.

—Pedir ayuda no te hace ser menos fuerte, Prairie —aseguré.

Nos miramos a los ojos durante unos instantes y sentí que me invadía una oleada de afecto. Quería estrecharla entre mis brazos y mantenerla a salvo. Quería asesinar a Alexander por segunda vez por todo el infierno que le había hecho pasar y por arrebatarse a su madre, si los rumores eran ciertos.

No podía contárselo. Necesitaba estar seguro de que lo eran antes de hacerlo y no sabía cómo reaccionaría ella.

—¿Me ayudarás? —preguntó apartando la mirada.

Sabía lo mucho que le había costado pedírmelo y asentí.

—Haré todo lo que esté en mi mano para encontrar la verdad, pero tienes que estar preparada. Y no te hagas ilusiones, puede que la verdad sea lo que siempre has creído, o puede que te sorprenda.

—Lo sé. Gracias —murmuró mirándome de nuevo.

Parecía que habíamos firmado una especie de tregua. Yo esperaba que me preguntara por nuestra noche de bodas, pero no lo mencionó, como si ambos hubiéramos acordado no hablar de ello. En ese momento nuestras emociones estaban a flor de piel y ambos necesitábamos algo el uno del otro.

Algo que habíamos encontrado, pero que nos daba demasiado miedo perseguir. Ya resultaba bastante aterrador saber que movería el mundo por ella, pero me obligué a contenerme. Necesitaba hacerlo o me perdería tanto en ella que no sabría dónde empezaba ella y dónde acababa yo.

* * *

—Parece que la vida de casado te sienta bien... —dijo con una sonrisa en sus labios mientras hablaba, pero me negué a seguirle la corriente.

No había duda de que Douglas había oído los rumores de que me había enamorado de mi mujer, rumor que parecía haber sido iniciado por los miembros de esta casa. Habían pasado tres días desde que Prairie y yo llegamos a algún tipo de acuerdo y dejamos atrás nuestra ira, pero ahora manteníamos una extraña relación que no sabría definir del todo.

A la mañana siguiente la encontré jugando al ajedrez con Lucas en el salón y me invitó a unirme a ellos. Sin darme cuenta de que había sido una trampa, me uní sólo para que me dieran una paliza, no una sino tres veces.

Estuvimos jugando todo el día, y yo traté por todos los medios de ganar al menos una partida, pero ella era un genio o una gran maestra secreta de ajedrez, capaz de adivinar mis movimientos antes de que yo los hiciera. Me dio la sensación de que jugaba conmigo.

Al día siguiente Lucas tenía colegio y yo tenía que asistir a unas cuantas reuniones. Cuando volví por la tarde, ella había estado paseando por el bosque. Deseoso de estar con ella, la convencí para que jugáramos al tenis. Por suerte, gané antes de que mi hombría quedara en entredicho.

Me resultaba sorprendentemente divertido estar con ella. Tenía un humor ácido que parecía inagotable y me hacía reír más que nadie. Ella rara vez se reía y, cuando lo hacía, lo único que yo quería era capturar el momento.

Antes de que yo fuera a ver a Douglas, ella estuvo trabajando con el ordenador en el salón. No tenía ni idea de en qué, pero poco antes se había quejado de que no tenía mucho que hacer. Estuve dándole vueltas a cómo resolverlo y ya tenía la solución. Tomé nota mentalmente para preguntárselo.

—Entonces los rumores deben de ser ciertos. —La voz de Douglas me devolvió al presente y me volví hacia él.

—¿Qué rumores? —pregunté como si no lo supiera.

—Que te estás enamorando de tu mujer. La misma mujer que decías que era el enemigo —respondió.

—Nunca la llamé enemiga.

—¿Estás enamorado de ella?

Era implacable.

—Douglas, estamos aquí para discutir asuntos mucho más importantes que mi matrimonio, ¿nos ponemos a trabajar?

Me lanzó una mirada que decía que sabía que yo estaba tratando de desviar el tema, pero asintió.

—Oh, antes de que se me olvide —proseguí, serio—. Los rumores de que Alexander mató a su esposa. ¿Sabes si hay algo de cierto en ellos?

Douglas pareció sorprendido por el cambio de tema.

—Yo diría que sí. Ambos sabemos que cuando el río suena, agua lleva. Pero no puedo estar seguro al cien por cien.

No dije nada, mirando pensativo el horrible cuadro del lobo. Realmente tenía que deshacerme de él.

—Puedo hacer algunas averiguaciones si quieres —propuso—. Conozco a las familias de algunos de los empleados que trabajaban para Leanna entonces. Podría preguntar a ver si alguien recuerda algo.

—Por favor, hazlo.

—¿Hay alguna razón por la que quieras saberlo? —preguntó.

Aparté la mirada del cuadro y noté que me observaba con atención.

—La hay, pero no puedo decírtela todavía. Averigua lo que puedas, te lo explicaré cuando sepa más.

—No hay problema, Alfa.

CAPÍTULO 13



PRAIRIE

Había pasado una semana desde que pedí a Nicholas que averiguara la verdad sobre mi madre. Durante esos días, mi opinión de él mejoró mucho. Era un desastre jugando al ajedrez, eso estaba claro, pero jugaría al tenis con él mil millones de veces si con ello conseguía ver en primera fila sus impecables abdominales y sus bíceps de acero.

¿Estaba mal desear a tu propio marido y no poder hacer nada al respecto?

Todas las noches nos dábamos las incómodas y educadas buenas noches y él se iba a su dormitorio en la otra ala de la mansión, mientras yo me dirigía al mío, que ya no era la habitación en la que me habían encerrado. Cuando Nicolás me preguntó qué habitación quería, le pedí la de mi infancia. Me arrepentí al instante al ver la decepción en su mirada.

No sabía si era porque me quería cerca, o si estaba aliviado y yo me había imaginado sus decepción. De lo que estaba segura era de que quería que se repitiera nuestra noche de bodas, pero ambos actuábamos como si aquella noche no hubiera ocurrido.

Crucé el pasillo que conducía a las habitaciones y a la cocina y oí risas. Cuando llegué a la puerta, lo que encontré me heló el corazón.

Lucas estaba sentado en uno de los taburetes con su uniforme escolar. Ya había terminado de desayunar y estaba lamiendo mermelada de su plato. Fiona, Ryland, Nicholas y otro hombre que aún no me habían presentado pero que había visto por ahí estaban con él. Fiona debió haber preparado el desayuno de Lucas y estaba preparando sándwiches a los demás.

Estaban acostumbrados a estar juntos. Lo noté por cómo se comunicaban y bromeaban entre ellos. Eran como una familia y una parte de mí anhelaba algo así.

Ryland fue el primero en fijarse en mí. Su pelo rubio y sus ojos azules le daban un encanto desenfadado al que me sorprendió que Fiona pareciera inmune. Se comportaban más como hermano y hermana, aunque de vez en cuando había visto una mirada de anhelo en los ojos de Ryland cuando la miraba, aunque ella no parecía notarlo. Estaba demasiado ocupada suspirando por mi marido.

—Prairie, ¿ya despierta? —sonrió.

Me sentí agradecida por su saludo, porque la camaradería de la sala desapareció al instante cuando los demás se volvieron para mirarme.

—Estaba a punto de desayunar, puedo volver más tarde si estáis ocupados — dije.

Odiaba sentirme como una extraña en mi propia casa, pero no podía evitarlo.

—Tonterías, ven a desayunar. Fiona está preparándolo —sonrió Nicholas.

Su mirada se clavó en mí y noté que contenía algo más que bienvenida, pero no supe qué.

—Uhm, tengo que llevar a Lucas al colegio o llegaremos tarde —repuso Fiona evitando mirarme. No tenía ni idea de lo que Nicholas le dijo el día de la fiesta, pero llevaba evitándome desde entonces.

Tenía que averiguar qué era.

—¡Prairie! —Lucas corrió hacia mí y mi corazón sonrió al ver su pequeño cuerpo cuando se paró frente a mí—. Voy a unirme a los soldados del tío Nicholas cuando sea mayor —anunció emocionado.

Sonreí y miré a Nicholas como para confirmarlo, pero él se limitó a sonreír bebiendo el café que tenía en la mano.

—Eso no suena bien, a los soldados los matan. Deberías querer ser médico o alguna mierda impresionante como esa —repuse.

—Por favor, no digas palabrotas delante del niño —intervino Fiona, pero la ignoré.

—Pero primero quiero ser soldado —insistió Lucas, aunque no parecía tan entusiasmado ahora que yo había pisoteado su futura ambición.

—Bueno, ¿por qué no vas primero a la escuela? Seguro que se nos ocurre algo para cuando acabes el instituto.

Parecía poco convencido, pero siguió a Fiona a la salida, aunque no antes de que Nicholas le despeinara cariñosamente el pelo, lo que me hizo imaginarlo como un padre.

—Lyon, por favor, ve con ellos. Y llévate a uno de los guardias armados —ordenó al otro joven y éste asintió. Él también me saludó con la cabeza antes de salir y nos quedamos los tres solos.

Ryland aún no había terminado su bocadillo, pero se había instalado una especie de incomodidad en la habitación y parecía desear estar en cualquier sitio menos aquí.

Sentía que Nicholas me miraba, pero no le miré. Quería preguntarle por mi madre, pero parecía que manteníamos una competición y el que rompiera el silencio perdería. Iba a prepararme un sándwich de mantequilla de cacahuete cuando sonó el teléfono de Nicholas y salió de la habitación para contestar.

Mis ojos lo siguieron hasta que salió de la cocina. Cuando me volví hacia Ryland, tenía una sonrisa cómplice en la cara que se ensanchó hasta convertirse en una sonrisa de suficiencia. Era un hombre realmente atractivo. Si yo fuera más amiga de Fiona, sin duda le animaría a que fuera a por él.

—Entonces... uhm...—comencé, pero no supe que decirle y me quedé en silencio

Él sonrió, se comió el resto de su bocadillo y se terminó el café. No estaba segura de que supiera

nada de mi madre, pero necesitaba romper aquel silencio incómodo o me ahogaría.

—¿Tu madre? —preguntó con cautela.

Arqué una ceja, pensativo, y yo asentí,

—Sí. He oído algunos rumores sobre cómo murió y necesito saber qué pasó realmente. ¿Por casualidad no habrás oído algo sobre eso?

Él miró hacia la puerta como deseando que Nicholas volviera para no tener que contestar.

—Uhm... sí, hubo algunos rumores —murmuró, pero no añadió nada más.

—¿Ryland? —le llamé la atención y la cara que puso me resultó cómica.

—Sabes que das miedo, ¿verdad? —me soltó.

El repentino cambio de tema me hizo reír.

—¿Qué quieres decir? Soy tu prisionera, no la poderosa compañera de un Alfa que puede conseguir que hagas lo que yo quiera —repliqué.

Por la mirada que me lanzó supe que creía más en la segunda parte que en cualquier otra cosa que yo hubiera dicho.

—Estaba allí cuando casi derribaste a tres o cuatro de mis amigos. Si no supiera de lo que son capaces esos hombres, pensaría que fue un montaje. Por un momento, temí que te hubiéramos hecho enfadar y que fueras a matarnos a todos. No eres una prisionera, Prairie.

Me reí a carcajadas y él sonrió.

—Créeme, no tienes que temer eso —aseguré refiriéndome a su ocurrencia de que los mataría a todos.

—Yo no estaría tan seguro, Pra —repuso con cierto afecto.

De todos los amigos de Nicholas, fue uno de los pocos que fue amable conmigo desde el principio. No me trataba como a un enemigo acérrimo, sino como a un ser humano. Era la única razón por la que sentía que podía confiar en él.

—Todo el mundo me dijo que murió en el parto, y ya es bastante malo tener que vivir con esa culpa. Pero si es verdad que mi padre... —Me detuve porque no era capaz de decirlo. Incluso con todo lo que se rumoreaba, una parte de mí no quería creer que mi propio padre matara a mi madre, que fuera tan insensible como para arrebatarle la madre a una recién nacida sólo porque había desobedecido sus órdenes.

—No sé con certeza si los rumores son ciertos, Prairie, pero si hay alguien que sí lo sabe es Douglas. Él se entera de casi todo y, en su día, trabajaba con tu padre.

—¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

Me dijo dónde vivía, que resultó ser el mismo edificio que el del mayor de los Manor, a pocos kilómetros de donde estábamos. Asentí y le di las gracias.

Nicholas eligió ese momento para volver y ambos nos volvimos hacia él con la culpa grabada en el rostro.

—Debería irme ya, tengo muchas reuniones a las que asistir —anunció Ryland.

Me hubiera jugado el cuello a que no era verdad, pero ni Nicholas ni yo dijimos nada hasta que se marchó y nos quedamos los dos solos.

Noté su presencia más que nunca, a pesar de que una gran mesa nos separaba. Al sentir su mirada clavada en mí, levanté la vista y me encontré con que me observaba.

Sus ojos grises oscuros resultaban ilegibles, al igual que su expresión.

—¿Tenía tu familia alguna relación con la manada Bayou? —preguntó de repente, y necesité unos segundos para salir de mis pensamientos y centrarme en su pregunta.

—¿La manada Bayou? —repetí y negué con la cabeza—. No que yo sepa. Mi padre odiaba a las otras manadas. Siempre hablaba de conquistar las facciones más pequeñas para hacerlas suyas, pero nunca llegó a hacerlo.

Nicholas asintió, pero siguió mirándome. Me sentí un poco incómoda en la silla, como si estuvieran a punto de regañarme.

—Tu hermano se ha unido a la manada Bayou y acaban de atacar uno de los asentamientos Chandra. Han matado a cuatro hombres, seis mujeres y dos niños.

Su voz era oscura mientras recitaba las cifras y un escalofrío me recorrió la espalda al darme cuenta de por qué me interrogaba y ver la acusación en sus ojos.

—Tu hermano atacaría a su propia gente para demostrar que tenía razón —añadió, pero sonaba como si me estuviera lanzando esa acusación a mí también.

—Ambos sabemos que Phoenix no tiene escrúpulos, no debería sorprendernos —repliqué, mientras me invadía una oleada de tristeza al pensar en todas las vidas que se habían perdido en esta guerra sin sentido.

—Me sorprende mucho, Prairie. Puede que para ti no sea chocante matar a la familia, pero para el resto de nosotros no es lo normal. —Su enfado elevó unas octavas más su voz, lo que consiguió enfadarme a mí también.

—¿Qué demonios se supone que significa eso? ¿Me estás culpando ahora de las acciones de mi hermano igual que me culpaste de las de mi padre?

—Nadie te culpa de nada, pero son tu familia, ¿y me dices que no sabes nada de que se haya unido a ellos?

—Sí, Nicholas. Eso es exactamente lo que te estoy diciendo. ¿Por qué no me crees? Tú y tus amigos Vengadores estáis tan ansiosos por que yo sea la mala que nada de lo que diga importa, ¿verdad?

No sé cómo sucedió, pero estábamos de pie frente a frente a tan sólo unos centímetros el uno del otro. Yo respiraba más rápido que hacía unos minutos, y él también y me di cuenta de que me estaba mirando la boca.

La atmósfera era sofocante, y era consciente de cada respiración que hacía, de cada movimiento...

—No tenía ni idea de cuáles eran los planes de mi hermano y, francamente, me da igual si me crees o no.

Él pareció arrepentido por la tranquilidad con la que hablé, pero yo estaba demasiado enfadada como para perdonarle tan fácilmente. Creí que durante la última semana se había creado algún tipo de relación entre nosotros, pero estaba claro que todo estaba en mi cabeza.

Olvidándome del desayuno, lo evité y salí de la cocina. Por un segundo esperé que me detuviera, pero la casa estaba en silencio mientras yo caminaba hacia mi habitación, de vuelta a mi prisión.

CAPÍTULO 14



NICHOLAS

—¿Qué hacías hoy en casa del mayor de los Manor?

Prairie se sobresaltó al oír mi voz y salió del vestidor en camisón.

Era tarde y yo acababa de volver de una reunión con los Ancianos. Habíamos estado discutiendo nuestra estrategia para hacer frente a la manada Bayou y su último ataque. Me dolía la cabeza de tanto ir y venir. Douglas opinaba que debíamos evitar que los Ancianos se enteraran de nuestra alianza con los rebeldes en secreto hasta que supiéramos en quién podíamos confiar y yo estaba de acuerdo con él.

Estábamos en guerra con los Bayou, y otras facciones habían amenazado con unirse a ellos, como si la guerra fuera una especie de deporte. Me revolvía el estómago.

Estaba nervioso e irritado, y enterarme de que mi mujer había visitado a Manor me produjo tanta adrenalina que no sabía qué hacer con ella.

—¿Has hablado con Douglas? —me preguntó. Me sorprendió la tranquilidad con la que lo hizo.

—¿Has ido a ver a Douglas? —repliqué, desconcertado.

Arrugó el ceño, confundida. Uno de los hombres de la mansión que me informaba de lo que ocurría en la oficina administrativa me dijo que había visto a mi mujer allí. Yo actué como si supiera que estaría, pero me enfadó que lo hubiera hecho sin ningún tipo de seguridad y sin decirle a nadie adónde iba.

—Si Douglas no te lo ha dicho, ¿cómo lo sabes?

—Soy el Alfa, Prairie. No pasan muchas cosas por aquí que yo no sepa —respondí alzando la voz sin querer.

Respiré hondo varias veces para calmarme y me volví hacia la puerta durante unos instantes antes de girarme de nuevo hacia ella.

—No tienes que gritarme. Le pregunté a Ryland sobre mi madre, y me dijo que Douglas era la mejor persona con quien hablar porque trabajaba con mi padre.

La miré como si estuviera loca. Ella me miraba como si fuera un asesino enviado para estrangularla. Bien podría serlo. Estaba tan enojado que ni me había dado cuenta de que estaba casi desnuda.

—¿Hablas literalmente con todo el mundo sobre esto excepto conmigo?

—Ha pasado más de una semana, Nicholas —respondió, burlona, lo que me molestó aún más—. Dijiste que me avisarías cuando tuvieras algo, pero ha pasado más de una semana y no me has dicho nada. ¿Qué se supone que tenía que hacer?

—¿Confiar en mí y esperar? Ven a verme si te impacientas. Hay muchas opciones, Prairie, ¡opciones que no implican que te pongas en peligro yendo a Manor por tu cuenta!

Estaba haciendo un gran esfuerzo por no gritar, tanto que me temblaban las manos y las cerré en un puño para ocultarlo. Ella observó el movimiento y de pronto pareció calmarse.

—¿Estabas preocupado por mí?

Parecía realmente sorprendida, lo que me hizo darme cuenta de que no había salido sola para castigarme después de que yo prácticamente la culpara del reciente ataque de su hermano.

—¿Es una pregunta de verdad, o sólo intentas cabrearme? —bufé.

Se quedó en silencio unos instantes.

—No tenías de qué preocuparte. Le dije a Faye adónde iba y Ryland también lo sabía.

Iba a matar a Ryland la próxima vez que lo viera.

—Además, ir allí no sirvió para nada. Está claro que no eres el único que no confía en mí. Douglas tampoco lo hace, y afirmó que no sabía nada al respecto. Obviamente, estaba mintiendo.

Era demasiado lista para su propio bien. Douglas se enorgullecía de la forma en que era capaz de ocultar sus emociones, pero ella lo había calado hasta el fondo. Él no se lo creería cuando se lo contara.

—¿Qué quieres decir?

Seguíamos hablando a kilómetros de distancia. Yo estaba contra la puerta cerrada y ella contra la pared de enfrente, con la cama entre los dos. Mi ira me había distraído, pero empezaba a notar cosas de las que no me había dado cuenta antes.

Como la forma en que su corto camisón besaba la parte superior de sus muslos con cada movimiento que hacía. Llevaba el pelo húmedo, suelto por la espalda, los hombros y los laterales de la cara, y se lo echaba hacia atrás de vez en cuando.

Su piel era casi translúcida bajo las luces fluorescentes y su camisón color crema parecía casi blanco, lo que le daba un aspecto etéreo.

Era tan hermosa que apenas podía pensar con claridad.

—Me refería a que me dijo que no sabía nada del parto de mi madre a pesar de que fue él quien anunció a mi padre que era una niña. Lo menos que podía hacer era decirme eso en lugar de negarlo todo.

Casi había olvidado lo que le pregunté, pero lo recordé mientras ella hablaba. Me di cuenta de que estábamos solos en su habitación, que era de noche y de que estaba empalmado. Estaba confuso, enfadado y excitadísimo. No era una buena combinación. Cuanto más me quedaba, más

retrasaba lo inevitable.

—Hoy te has puesto en peligro, Prairie. Puede parecerle intrascendente, pero has roto todos los protocolos. Antes de salir de casa, hago que hombres registren las calles y el lugar mucho antes de que yo llegue. Y debe ser así contigo también. No te prohíbo que salgas, ni que veas a quien quieras, pero no puedes salir de casa sin seguir el protocolo de seguridad. Nunca más.

Dije esto último con vehemencia, suficiente para que supiera que no estaba bromeando. Debí darse cuenta por fin de la gravedad de la situación, porque asintió con la cabeza con cara de arrepentimiento.

—Entendido —murmuró.

No era la respuesta que esperaba, pero no quise presionarla más. Seguro de que había tentado a la suerte durante demasiado tiempo, me di la vuelta para marcharme, pero su voz me detuvo.

—¿Y? —Cuando me volví, se había alejado unos pasos de la pared hacia mí—. ¿Sabes ya algo de mi madre?

—Nada todavía. Douglas ha hecho averiguaciones y está esperando respuestas. Me avisará en cuanto encuentre algo —respondí. Asintió, abatida. Me di cuenta de que podía hacerlo mejor—. Siento no haberte mantenido informada, lo haré de ahora en adelante.

Ella asintió de nuevo, murmurando un apenas audible gracias antes de que yo saliera corriendo. Sabía que si me quedaba haría algo que probablemente nos confundiría a los dos por la mañana.

* * *

—¡Ay! ¿A qué demonios ha venido eso? —preguntó Ryland mientras se cubría la nariz rota.

Deseé poder volver a rompérsela por enviar a mi mujer a hacer el tonto. Debía de saber que Douglas nunca le daría ninguna información sin contármelo a mí primero.

—Por enviar a mi mujer a ver a Douglas sin seguridad —respondí y retrocedió unos pasos.

—No la envié a verle. Tío, preguntó por su madre y le dije que él sabría más que yo.

—Y qué pensabas que iba a hacer, ¿eh? ¿Sentarse y esperar?

—Bueno, creí que al menos te lo diría a ti primero.

Le lancé un gruñido y él levantó ambas manos en señal de rendición mientras retrocedía unos pasos.

—Oye, lo siento. Te juro que no pensé que se iría por su cuenta, o te lo habría dicho a ti primero. Metí la pata, lo siento.

Le clavé la mirada durante unos minutos sintiendo cómo mi irritación desaparecía.

—Está bien.

—¿Habéis terminado? —preguntó Fiona.

No me di cuenta de que había entrado en mi despacho hasta que ambos nos giramos para verla en la puerta que yo había dejado abierta, llevado por la ira que sentí contra Ryland, que se cubrió la nariz con un pañuelo.

—¿Todo bien con Lucas? —pregunté a Fiona.

—Está jugando con uno de sus amigos del colegio. Hay dos hombres vigilándolo, está a salvo —añadió justo cuando le iba a preguntar por la seguridad de mi sobrino.

Era fin de semana y debíamos ir al asentamiento para visitar a las familias de los fallecidos. No me gustaba esa parte de mi trabajo como líder, pero tenía que hacerla. Me vino a la cabeza el día en que Felicity fue asesinada; fui yo quien tuvo que decírselo a Lucas. Él no lo entendió, porque era muy pequeño, pero se echó a llorar. Sabía que nunca volvería a ver a su madre, y sentí que mi corazón se rompía de nuevo por los niños que nunca más verían sus madres.

Era un círculo vicioso al que tenía que poner fin. Tenía claro que la única forma de acabar con él era matar a Phoenix. No podía no pagar por lo que había hecho.

—Tenemos que irnos si queremos reunirnos con los Ancianos en el asentamiento —recordó Fiona y salimos todos del despacho.

Justo antes de llegar a la puerta principal, ésta se abrió y entró Prairie. Llevaba unos vaqueros que le ceñían tanto que parecían una segunda piel y un top recortado que dejaba ver su ombligo y su vientre plano, pero que estaba cubierto en su mayor parte por la cazadora de cuero negra que llevaba encima.

Se había recogido el pelo en un moño desordenado con algunos mechones sueltos sobre la cara y el cuello. Empezaba a darme cuenta de que ese era su look característico.

Dios, era preciosa, cada vez que la veía sentía que me faltaba el aire.

—¿Adónde vas?

—¿De dónde vienes?

Dirigió su pregunta a Ryland, lo que me puso celoso a más no poder, pero se volvió hacia mí para responder a mi pregunta.

—Fui a por comida. No te preocupes, seguí el protocolo —replicó con condescendencia, lo que me molestó y me divirtió a la vez.

—Bien. Nos vamos a ver a las familias en duelo —respondí, aunque ella había preguntado a Ryland.

—Voy contigo—. Era lo último que esperaba que dijera y por las miradas de sorpresa de Ryland y Fiona supe que pensaban lo mismo.

—Sabes que los Hombres lobo del asentamiento os odian a ti y a tu familia, ¿verdad? —repuso esta, regodeándose.

—Entonces esta es una gran oportunidad para que cambien de opinión—replicó Prairie, y me sentí tan inmensamente orgulloso de ella en ese momento que la habría besado. Al diablo las consecuencias.

Ella me miró y sonrió. Entonces supe, como ya era consciente durante las últimas semanas que, aunque intentaba reprimir mis sentimientos, me estaba enamorado de ella. No tardaría en llegar al punto de no retorno.

CAPÍTULO 15



PRAIRIE

No podía quitarme esa mirada de la cabeza.

—Sabes que no tienes que vivir con él, ¿verdad? Conozco muchos matrimonios que ni siquiera viven juntos y sus esposas son felices.

Hacía tres días desde la visita al asentamiento y seguía sin poder olvidar la forma en que Nicholas me había mirado, al contrario que las miradas llenas de odio que me lanzaron en el asentamiento. Todo el mundo sabía quién era yo en cuanto me presentaron como la mujer de Nicholas y la amabilidad que mostraron desapareció rápidamente.

Me lo tomé con calma porque me esperaba algo peor. Como mínimo, esperaba que me tiraran huevos, pero o eran de lo más indulgentes, o respetaban demasiado a Nicholas. Lo peor que sucedió fueron algunas miradas malintencionadas y algunos susurros cuando sabían que Nicholas no podía oírlos. Si fuera una jugadora, apostaría por lo segundo.

—¿Estás escuchando siquiera una palabra de lo que digo? —La voz de Faye cortó mis pensamientos.

Mi mejor amiga me miró como si la hubiera traicionado y yo sonreí. Junté las palmas de las manos para pedirle perdón.

—Lo siento, cariño. Estaba pensando —me disculpé, aunque no tenía intención de decirle en qué había estado pensando. Me miró tan llena de suspicacia que tuve que mirar hacia otro lado.

Estábamos en Booze, un pequeño restaurante y bar situado a pocos kilómetros de casa. Era la primera vez que visitaba un lugar sólo para socializar desde que empezó la guerra y casi había olvidado lo que se sentía al salir de casa por diversión y sin temer que me atacaran. Faye me llamó para quedar con ella, yo me resistí y ella prácticamente me chantajeó para conseguirlo.

En los últimos treinta minutos que llevábamos sentadas, había notado algunas miradas de los demás clientes y oído murmullos sobre ser la hija de Alexander. Un hombre intentó escupir en mi dirección hasta que mi guardia lo echó a patadas. El resto no se atrevió a tanto.

Ahora que estaba fuera de casa, no estaba dispuesta a acobardarme, así que me senté y dejé que Faye hablara hasta que me distraje pensando en Nicholas.

—¿En qué estabas pensando? ¿En esta gente? —preguntó señalando a los clientes del bar y mirándolos como si fueran tierra bajo su zapato—. Oh, cariño, no pierdas tu tiempo en ellos.

Eres su puta reina y puedes hacer que los ejecuten si quieres.

La miré y ella enarcó una ceja.

—Uhm... no, definitivamente no puedo hacer eso. Y no me gustaría hacerlo. Su ira está justificada, quiero decir, cada uno de ellos ha perdido algo como resultado de las acciones de mi padre y, para ellos, yo represento a Alexander Lonsdale.

—Puede que sí, pero no es culpa tuya y se pueden ir a tomar por culo. No es como si algunos de ellos no lo hubieran pedido —replicó mientras cambiaba mi gin-tonic por su martini. El camarero se había equivocado con nuestras bebidas y ella bebió un buen trago.

A veces tenía la sensación de que la Faye que yo conocía se estaba convirtiendo poco a poco en otra persona. La antigua Faye nunca diría que las personas a las que mi padre había ejecutado en uno de sus infames ataques de ira se lo habían buscado. Ella siempre fue compasiva y amable.

Pero desde la guerra, había visto un lado totalmente diferente de ella. Lo atribuí a que extrañaba a Phoenix. Siempre supe que estaba enamorada de él. Nunca se lo pregunté porque me daba asco, pero supuse que tal vez debería haber hablado con ella del tema.

—No puedes ir por ahí diciendo cosas así, Faye, y menos en un lugar lleno de gente que me odia. Mi padre era un tirano, y no hay excusas para la destrucción que causó.

Se encogió de hombros y bebió otro trago largo. Intenté convencerla de nuevo, pero su cara se estaba poniendo roja y llena de manchas. También había empezado a toser y se agarraba el cuello como si se estuviera ahogando.

—¡Faye! ¡Dios mío! ¡Faye!

Salté de mi silla para llegar a esta ella justo cuando se caía, pero la sostuve entre mis brazos.

—¡Socorro! Faye, ¿qué te pasa?

Ella miraba la copa que había sobre la mesa mientras jadeaba y se le ponían los labios azules. Lyon se acercó, la levantó de mis brazos y la sacó del club. Cogí la copa de la que había estado bebiendo y la olí. No olía a nada. Quedaba algo de bebida, pero nada indicaba que hubiera sido envenenada. Aún así la cogí y me la llevé mientras los seguía.

* * *

—¿Se va a poner bien?

Se lo había preguntado tantas veces a los médicos que se habían cansado de mí. Faye estaba en una habitación VIP privada con sus padres.

Magnimus llegó al hospital apenas veinte minutos después de que la ingresaran, con su esposa Eleanor a la zaga. Tenía los ojos llenos de miedo y restos de las lágrimas que había derramado en el camino. Los llevaron a la habitación de Faye en cuanto llegaron, mientras yo esperaba fuera. Un recordatorio de que yo no era de la familia.

—Aún no está fuera de peligro, señora. Pero lo peor ya ha pasado. Vigilaremos su evolución y

esperamos que responda bien —me dijo el médico, que finalmente se apiadó de mí.

La cabeza me latía con fuerza y estaba aterrorizada. Pero, sobre todo, sentí un gran alivio al saber que Faye se pondría bien. No estaba segura de haber sobrevivido al sentimiento de culpa si hubiera muerto bebiendo una copa envenenada destinada a mí.

Había asumido ese escenario como el más probable. Yo había pedido un martini mientras que Faye había pedido un gin-tonic, pero el camarero confundió nuestras bebidas mientras nos servía y Faye la había cambiado justo antes de que yo bebiera de ella.

Minutos después estaba en el suelo. Era la única explicación. Le di la copa a Lyon para que la llevara al laboratorio a analizarla, pero aún no había regresado.

—Prairie.

El sonido de una voz familiar me hizo ponerme en pie. Verle correr hacia mí y el alivio que vi en su rostro, casi tan profundo como el que había sentido yo hacía unos minutos, empujó el horror de los últimos momentos al primer plano de mi mente y el agotamiento casi me paralizó. En cuestión de segundos estaba junto a mí, abrazándome con fuerza contra él. El aroma a cuero y sándalo calmó mis nervios como un bálsamo tranquilizador.

—Estás bien, estás bien ahora. Estoy aquí. —Su tono tranquilizador me hizo darme cuenta de que había estado llorando, sollozando en su camisa y aferrándome a él con fuerza. Necesitaba sacar fuerzas de él. Me sostuvo entre lágrimas, un pilar de fuerza que no sabía que necesitaba.

—Cuéntamelo todo —pidió cuando me hube calmado.

Nos sentamos en uno de los bancos y se lo conté. Vi la ira reflejada en su rostro mientras me escuchaba mi historia y sus ojos penetrantes no se apartaron de los míos.

Empezó a ladrar órdenes a Lyon y a otros guardias. Ryland no estaba allí. Ordenó cerrar el bar, detener al dueño y a todos los empleados y averiguar quién me había servido la bebida.

Una hora más tarde estábamos de camino a casa después de haber confirmado que Faye se iba a poner bien. A pesar de que sólo dejaban entrar a la familia, no dudaron en permitir que el Alfa y yo entráramos en la habitación. No me importó la hipocresía con tal de ver a mi amiga y le prometí que volvería a primera hora de la mañana.

Cuando por fin llegamos a casa, me dejó en el pasillo para ir a su estudio mientras yo volvía a mi habitación. Me tragué la sensación de decepción que amenazaba con convertirse en lágrimas. No tenía sentido, tal y como se había comportado, consolándome en el hospital y luego cogiéndome de la mano durante todo el trayecto de vuelta a casa.

Me duché y me puse un camisón limpio. En ese momento llamaron a la puerta. No esperé respuesta antes de entrar y me giré del espejo donde había estado cepillándome el pelo.

También se había duchado, porque tenía el pelo húmedo. Llevaba unos pantalones y nada más. Tragué saliva al verle el pecho y los hombros desnudos cuando se volvió para cerrar la puerta.

Me puse en pie mientras él caminaba hacia mí con decisión, con sus ojos clavados en los míos, claros como el agua. Me encontré con él a medio camino y nuestras bocas chocaron con necesidad y pasión reprimida.

Sus manos me acariciaron la cara. Gemí cuando ralentizó el beso y su boca acarició la mía como si tuviera todo el tiempo del mundo. Estaba desesperada y, al mismo tiempo, lo necesitaba de todas las formas posibles.

Mis dedos se curvaron por voluntad propia, mis manos acariciaron su torso desnudo, subiendo por sus hombros,

—Nunca he pasado tanto miedo en mi vida —gruñó contra mis labios, inclinándose sólo un poco hacia atrás para mirarme a los ojos. Los suyos eran oscuros, casi tan negros como la medianoche.

—¿Miedo de qué? —pregunté y su mirada bajó hasta mi boca.

No respondió. En su lugar, volvió a tomar mis labios, esta vez en un beso duro y agotador que me dejó jadeando. Mis muslos se apretaron en busca de liberación y él pareció leerme el pensamiento porque sus manos se deslizaron desde mi cuello para levantarme y al instante le rodeé con las piernas.

Esperaba que me llevara a la cama, pero se dirigió hacia el sofá y me acomodó encima de él. Me quitó el camisón y me quedé desnuda.

—¡Joder! —gimió inclinándose y con una mano me cogió el pecho derecho. Tomó mis pezones entre sus dedos, apretándolos y haciéndome gemir.

—Eres tan jodidamente hermosa que me duele verte y no besarte.

Sus palabras resultaban confusas y emocionantes, pero mi mente no podía concentrarse en ellas cuando volvió a besarme. Sus dedos encontraron mi centro, húmedo y palpitante por él. Incapaz de esperar, metí la mano en sus pantalones, acaricié su polla dura, la saqué y me froté contra ella.

—¡Dios!, Prairie —gimió en mi oído, mordiéndome el lóbulo de la oreja.

Bajó lamiéndome hasta mordisquear mis pezones con sus dientes. Me alcé un poco, alineándome con él, y luego me hundí despacio, sintiendo cada centímetro de él estirarme.

—¡Oh, joder! Oh... ¡sí!

Oí el delirio en mi voz, desesperada y tan cerca de correrme que casi perdí el ritmo. Uno de sus brazos rodeó mi cintura y guió nuestros movimientos, despacio al principio, y luego con tanta fuerza que vi estrellas.

Estaba tan mojada por él que la habitación se llenó de los sonidos húmedos de nuestros cuerpos haciendo el amor. Todo mi cuerpo se encogió con fuerza por la embestida de mi clímax y tiré de su pelo para besarle. Sentí que era demasiado, pero mi cuerpo lo soportó cuando las oleadas de placer me golpearon, y tuve que morderle el cuello para no gritar.

—¡Joder! —gruñó en mi oído.

Antes de que pudiera recuperarme, se puso en pie. Aún me temblaban las piernas y me llevó a la cama.

CAPÍTULO 16



NICHOLAS

Estaba despierta cuando abrí los ojos. Creo que hacía rato que lo estaba, pero quería hacerme creer que seguía dormida, así que la complací. No hizo ademán de levantarse y una sensación de placer me calentó el corazón. Llevábamos toda la noche acurrucados, con una de sus piernas entre las mías y la cabeza apoyada en mi pecho.

Me dolía el brazo que la había sostenido toda la noche, pero no me importó. La euforia de abrazarla así superaba con creces cualquier dolor que sintiera. Le acaricié la parte baja de la espalda hasta la zona entre las caderas y la cintura, y ella gimió ligeramente, acercándose.

Era una buena actriz, lo reconozco, y contuve una carcajada.

—Sabes que no tienes que fingir estar dormida para subirme a mí como si yo fuera una roca, ¿verdad?

Al oírme se puso rígida e intentó apartarse, pero la sujeté con fuerza para que levantara la cabeza y se encontrara con mi mirada.

Hizo un mohín y me incliné para besarla. Cuando me aparté, descubrí una sonrisa.

—¿Sabías que estaba despierta? —preguntó antes de volver a poner mala cara.

Estaba preciosa, despeinada de hacer el amor y luciendo su melena. Quería capturar su recuerdo tal y como era ahora, con la guardia baja.

—Sabes que puedo oír los latidos de tu corazón, ¿verdad? Sé la diferencia entre un latido cuando alguien está durmiendo y cuando está completamente despierto.

Puso los ojos en blanco, pero no intentó apartarse.

—Me gusta tenerte aquí —dije refiriéndome a tenerla entre mis brazos.

Se quedó callada un segundo, y por un momento pensé que volvería a levantar sus murallas, pero se inclinó más hacia mí.

—A mí también me gusta estar aquí.

Se hizo un silencio confortable entre nosotros y ella suspiró. Sentí cómo su cuerpo se relajaba junto al mío. Los recuerdos de la noche anterior seguían interfiriendo en mis pensamientos e hice todo lo posible por relajarme, aunque sabía que iba a ser un día largo. Un largo día de

interrogatorios al personal y al dueño de Booze.

Le dije a Lyon que me llamara en cuanto tuvieran los resultados del laboratorio. Como no lo había hecho, sabía que aún no había noticias. Ryland había ido a las Fronteras Exteriores para averiguar más sobre la alianza de Phoenix con la Bayou. Marcel iba con él.

Quienquiera que hubiera atentado contra Prairie tenía que estar cerca de nosotros. Era la única forma de que supieran que estaba en el bar. Sabía que no podía ser uno de los comunes porque respetaban demasiado al Alfa como para atentar contra su compañera.

Mi suposición era que se trataba de uno de los leales a los Lonsdale o de un asesino enviado desde las Fronteras Exteriores. ¿Pero por qué Phoenix trataría de matar a su propia hermana?

Su padre había matado a su mujer, así que supongo que no debería sorprenderme.

—Anoche estaba aterrorizada —murmuró rompiendo el silencio.

Al oírla, la rabia que sentí anoche volvió con fuerza. En cuanto la vi en el vestíbulo del hospital, perdida y destrozada, quise matar a todos los que habían tenido algo que ver.

Acaricié su cara y levanté sus ojos hacia los míos.

—No dejaré que te pase nada.

Odiaba hacer promesas que no podía cumplir, pero sabía que lucharía contra el mundo para mantenerla a salvo y no sólo porque fuera mi compañera.

—¿Y Faye? No se merecía lo que le pasó. Tan sólo estaba conmigo —añadió.

—Tu amiga se está recuperando. Y sé que Magnus no se detendrá ante nada hasta saber quién intentó matar a su hija.

—Yo diría que intentaron matarme a mí, no a Faye. Ella bebió de la copa destinada a mí —murmuró y pude oír el miedo en su voz.

—¿Viste la cara del camarero que sirvió las bebidas?

Ella negó con la cabeza. Le solté la cara, pero ella no apartó la mirada.

—Está bien. Tengo algunos hombres interrogando al personal para encontrarlo. Habrá huido, pero daremos con él.

Asintió y se inclinó para besarme. Empezó como un beso casto, pero la besé más profundamente y me di cuenta de que estábamos desnudos en la cama. La coloqué boca arriba y ella me acogió. Era diferente a la noche anterior. Se sentía diferente a la luz del día. Podía ver cada uno de sus rasgos, el leve lunar bajo sus ojos, las pecas de su nariz... Era incapaz de apartar la mirada, incluso cuando ambos buscábamos el placer en el otro.

Fue embriagador cuando compartimos el clímax y pude sentir cómo me volvía adicto a ella. Era magnífica, y era toda mía.

* * *

—¡Señor!

Me di la vuelta cuando oí que me llamaban y vi a Lyon corriendo hacia mí. Estábamos en la sede administrativa y el Anciano Dome y yo nos dirigíamos a la sala de investigación.

—Lyon. —Me alcanzó y entramos juntos—. ¿Qué tienes para mí?

Me entregó un informe y lo miré antes de cogerlo.

—¿Es lo que creo que es?

— Sí, señor. El informe forense sobre el contenido de la copa de la que bebió Faye.

Lo desprecinté y leí. No entendí todo, pero pude hacerme una idea. Indicaba que la bebida contenía una mezcla de amoníaco y otro componente que no pudieron identificar. Una sustancia desconocida que el médico temía que estuviera hecha a base de hierbas, mezclada con una dosis letal de amoníaco. Era un milagro que Faye siguiera viva. Le habían hecho un lavado de estómago y desintoxicado los pulmones.

Pensar que Prairie podría estar ahora en la cama del hospital luchando por su vida me impulsó a actuar. Estrujé el informe en la mano y me dirigí al ascensor. Lyon me seguía de cerca.

Pulsé el botón del sótano y bajamos en la sala de interrogatorios.

Los gritos me recibieron en cuanto salí del ascensor. La sala de interrogatorios era un amplio espacio abierto, similar a un desván, con varias salas separadas por puertas transparentes. Se podía ver lo que ocurría en ellas, pero quienes estaban dentro no podían ver lo que pasaba fuera. Además, estaba mal iluminado. Un método para que los sospechosos se sintieran lo más incómodos posible durante el interrogatorio.

La mayoría de las salas estaban vacías, y los gritos provenían de la ocupada por Magnimus y un guardia. Un hombre de mediana edad estaba encadenado a una silla entre ellos y parecía que le habían dado una buena paliza.

—Ya basta, Magnimus —ordené cuando levantó el puño para seguir golpeando la cara ensangrentada del hombre.

—No pararé hasta que me diga quién le ha enviado —replicó, echándose hacia atrás para golpearle de nuevo.

—¡Basta! —rugí.

Se detuvo, respirando con dificultad, con los nudillos reventados y ensangrentados. Tenía los ojos enrojecidos, como si hubiera estado llorando, y la camisa salpicada de sangre. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba así, pero por su aspecto, parecía que había sido bastante.

—Llévatelo de aquí —ordené al guardia. Por su gesto deduje que hubiera preferido no hacerlo, pero obedeció.

—Mi niña está enchufada a todo tipo de máquinas, ¿y tú quieres soltarlo? —replicó Magnimus con rabia.

—Le has dado una paliza. Si supiera algo, ya te lo habría dicho —repliqué con voz fría,

enfadado.

Sabía que Magnus esperaba que me comportara como Alexander, quien utilizaba este tipo de tortura cuando las cosas no salían como él quería. Una simple mirada al hombre de la silla me dijo todo lo que necesitaba saber. No sabía nada sobre el envenenamiento, al igual que nosotros. Lo más probable era que el responsable se hubiera colado en el bar sin que él lo supiera.

Magnus gruñó y luego miró al hombre con disgusto antes de salir, con el guardia siguiéndole de cerca.

—Te lo juro, Alfa. No tengo ni idea de quién hizo esto —aseguró el hombre—. Me ofrecí a dibujar un retrato robot de él. Me dijo que estaba cubriendo a uno de mis empleados que estaba enfermo. Yo no tenía forma de saber sus intenciones. Ni siquiera sabía que su mujer iba a venir al club ese día.

Empezó a suplicar y supe que era sincero.

—Suéltalo —ordené a Lyon señalando las cadenas.

Las manos del hombre estaban en carne viva y carbonizadas. Las cadenas habían sido mezcladas con acónito.

—Te creo —aseguré y pareció a punto de derrumbarse.

Aunque debía estar sufriendo terribles dolores, se arrodilló ante mí.

—Gracias, muchas gracias. Le ayudaré a encontrarlo. Juro que lo haré.

—Llévalo a la enfermería y cuidad de su familia. Que un dibujante vaya con él lo antes posible. Necesitamos una pista de quién puede ser este bastardo.

—Sí, jefe —respondió Lyon.

—¿Qué hay del resto del personal? Por favor, no me digas que a todos los han torturado así.

—No. Todos se sometieron a la prueba del polígrafo ante un chamán. La suya fue la única que no era concluyente —respondió Lyon haciendo un gesto hacia el hombre.

—¿Por qué, señor... ? —pregunté dirigiéndome a él.

—Cooke, señor. Logan Cooke.

—¿Cooke? ¿Por qué el resultado de tu polígrafo no ha sido concluyente? ¿Me estás mintiendo?

—Lo juro que no por la vida de mis hijos, señor. No sé por qué salió así. No sé nada.

Le miré durante un rato. Sus latidos eran regulares. O mentía muy bien o decía la verdad. Hice una nota mental para hacerle una visita a él y a su familia.

Por ahora, tenía que hablar con Douglas.

CAPÍTULO 17



PRAIRIE

Faye mejoró más rápido de lo que habían previsto los médicos. Magnimus trató de que se marchara al extranjero hasta que terminara la guerra, pero ella insistió en quedarse. Siempre fue testaruda, pero esta vez yo estaba de acuerdo con su padre.

—¿Estás segura de que no quieres irte? Las cosas podrían ponerse aún más peligrosas —dije para tratar de convencerla el día que le dieron el alta.

Sólo habían pasado dos días desde el incidente, pero parecía que había pasado una eternidad. No estábamos más cerca de atrapar al culpable, y apenas había visto a Nicholas desde que se marchó de mi cama hacía dos noches.

—Me iré, pero sólo si vienes conmigo —repuso.

Negué con la cabeza, no estaba siendo razonable.

—Sabes que no puedo. El lugar de la compañera de un Alfa es a su lado.

Ella retrocedió, atónita. Para ser honestos, yo también estaba un poco estupefacta.

—Dime que no me acabas de decir eso —pidió, aunque yo no estaba segura de si lo decía en broma o hablaba en serio.

—Sabes que Nicholas no dejará que me vaya. Dice que es el único que puede protegerme y estoy empezando a creerle —respondí, ignorando la mirada de *se ha vuelto loca* que me lanzó.

—También estarías a salvo con tu hermano. Phoenix te protegería si acudieras a él —afirmó con tanta convicción que me puso los pelos de punta.

—Phoenix me odiaba cuando vivíamos juntos. ¿Por qué querría protegerme? Especialmente ahora, que estoy casada con su enemigo.

Ella suspiró, pero no me rebatió.

—Mira, Prairie, no iré a ninguna parte. Y creo que te estás tomando este matrimonio demasiado en serio. ¿Qué pasó con lo de averiguar lo que necesitabas y marcharte?

Tenía razón en que por eso acepté casarme con Nicholas. Casi había olvidado el pacto que había hecho con ella y conmigo misma.

—Por supuesto. Sigo queriendo saber qué le pasó a mi madre —repuse.

Ella se cruzó de brazos y se echó hacia atrás, escrutándome con la mirada.

—¿Pero ya no quieres abandonarlo?

No me atreví a responder.

No sabía cuándo comencé a sentir este creciente apego a Nicholas. No podía culpar al sexo, que era más que excepcional. Me preocupaba por él más de lo que nunca me había preocupado por otra persona.

—Dios mío, no me lo puedo creer —murmuró.

—Sea lo que sea lo que estés pensando Faye, te equivocas. Sé para qué estoy aquí, y no he perdido de vista mi objetivo. Pero todo habrá sido inútil si ambos acabamos muertos.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió y entró una enfermera con un iPad y una lista de recetas, seguida de Eleanor, la madre de Faye. Iba vestida con un traje Burberry a cuadros y zapatos de tacón bajo. Parecía que iba a ver al Primer Ministro en lugar de a visitar a su hija en el hospital.

—¿Aún no estáis listas? —preguntó.

Me levanté de la cama lo más rápido posible para ayudar a Faye a recoger sus cosas. Eleanor me daba miedo. Siempre fue muy exigente con los estándares de belleza de su hija, que yo sabía que Faye había imitado durante mucho tiempo, aunque se consideraba una chica mala. Me gustaba pensar que mi influencia había diluido esa parte de ella. Eleanor, sin embargo, era un caso perdido.

—Sí, señora Gregor —respondí.

La enfermera le dio algunas instrucciones y luego las recetas antes de darle el alta. Uno de los guardias llevaba sus cosas mientras caminábamos y yo acompañé a Faye al coche.

—¿Dónde está papá? —preguntó ella.

Eleanor se encogió de hombros.

—Acosando a las familias de todos los que estaban en el bar esa noche. No sé en qué estabais pensando al ir a un bar como ese lleno de delincuentes y gentuza. Lo sabes muy bien, Prairie.

Eleanor regañaba a los adultos como si hablara con niños pequeños y resultaba eficaz y conmovedora, tanto que, aunque pudiéramos rebatirla, su tono nos acallaba al instante.

Me dejaron en casa antes de que ellas siguieran su camino. No habíamos terminado nuestra conversación, pero le dije que la visitaría mañana. No tenía muchas ganas de que me llamara la atención sobre mis sentimientos hacia Nicholas, con los que yo misma seguía debatiéndome.

Mientras subía despacio las escaleras de caracol de la casa, me llegó el sonido de risas. Lucas estaba en el salón con Fiona y Nicholas y se estaban riendo de una especie de hombre monstruo de Lego que Lucas había construido. La televisión estaba encendida de fondo, así que no me oyeron entrar.

Nicholas llevaba pantalones y una camiseta sencilla, mientras que Fiona llevaba una falda corta y

un jersey. Era la primera vez que la veía con algo que no fueran medias y tacones. Parecía más hogareña y no tan austera. Nicholas llevaba el pelo recogido en un moño bajo y yo deseé soltárselo y pasar los dedos por su cabello. Quería que me explicara por qué me había estado evitando los dos últimos días y por qué yo tenía todos esos sentimientos entremezclados y confusos.

La puerta principal chirrió al abrir lo que, unido al repiqueteo de mis zapatos sobre las baldosas acabó por llamar su atención, y los tres se volvieron hacia mí.

—¡Prairie! —gritó Lucas.

Su sonrisa de pillo derritió la frialdad que se había instalado en mi pecho. Me hizo señas para que me uniera a ellos, pero capté la mirada enfadada que me lanzó Fiona.

—Ven a ver mi monstruo de Lego.

—Vaya, ¿Cómo lo has hecho, colega? —pregunté, despeinando sus suaves rizos rubios.

—El tío Nicolás me ayudó —anunció con orgullo.

Había notado que Nicholas me observaba mientras yo hablaba con Lucas, pero me esforcé en ignorarle.

—Iré a averiguar qué quieren los guardias —intervino Fiona, y salió de la habitación sin ocultar el malhumor en su voz.

Cuando se fue, los tres nos quedamos en silencio y me sentí incómoda. Odiaba haber interrumpido el rato divertido que estaban pasando y odiaba sentirme como una gilipollas, así que me levanté para marcharme.

—¿Dónde vas? —preguntó Nicholas.

Lo miré. Sus ojos me distraían demasiado y por un segundo estuve a punto de perderme en ellos, pero recuperé el control y aparté la mirada antes de caer en aquella trampa.

—Tengo que trabajar... Tengo unos plazos que cumplir —expliqué.

Me fui y casi tropiezo al pie de la escalera, pero me agarré antes de caer y hacer un ridículo aún mayor.

Subí los escalones de dos en dos hasta llegar a mi habitación y sólo cuando cerré la puerta tras de mí solté el aire que había estado conteniendo. Mi respiro sólo duró un segundo de respiro porque llamaron a mi puerta.

La abrí. No me había dado cuenta de que me había seguido.

—¿Estás bien? —preguntó con el ceño fruncido.

—Dímelo tú, Nicholas —respondí, y se echó hacia atrás como si le hubiera abofeteado.

Me sorprendió mi tono, pero lo oculté y me aferré a mi rabia.

—¿He hecho algo mal? —preguntó con gesto de auténtica confusión.

—No lo sé, Nicholas —respondí, burlona, adentrándome en la habitación—. Quizá es porque no has comentado nada sobre el ataque de hace dos días, o tal vez por no volver a hablarme después de follar conmigo como si fuera tu último día en la tierra. O puede que sea por ignorarme como si hubiera hecho algo malo, o actuar como si te hubiera molestado que yo haya entrado en el salón.

—Espera, espera, ¿A qué viene todo esto? No te he ignorado durante dos días. Hemos desayunado juntos esta mañana.

—Sí, y apenas me has dicho dos palabras.

Sabía que sonaba como una esposa histérica, pero no podía evitarlo. Había estado frío y distante en el desayuno de ayer, y esta mañana también. Bueno, tal vez técnicamente no me había ignorado, pero había actuado como si yo fuera una plaga que necesitaba evitar, lo que era aún peor.

—Tú apenas me dijiste más de dos palabras, Prairie. Te pregunté cómo habías pasado la noche y todo lo que obtuve fue un gruñido.

Mierda.

No recordaba haber actuado así, pero mi enfado no desapareció.

—Quiero acompañarte mañana a la Cúpula. Tengo derecho a saber quién me atacó.

Hizo una mueca y deambuló por la habitación mientras se deshacía el moño y se pasaba las manos por el pelo. Seguí sus movimientos, esperando a que dijera algo.

—A veces no sé qué hacer contigo, Prairie. Nunca me he sentido más indefenso o inútil en toda mi vida. Han atacado a mi propia esposa y no sólo no he sido capaz de encontrar a los agresores, sino que no tengo forma de saber cómo protegerte en el futuro.

»Cada día que sales de esta casa amenazo a cada uno de mis hombres con destriparlos si te pasa algo. Además, me aterra pensar que estás enojada conmigo por no hacer nada. ¿Y crees que te estoy ignorando?

Hacía tiempo que alguien me dejaba sin palabras. Me quedé demasiado aturdida para responder.

—Genial, y ahora no dices nada —añadió con una risa carente de humor.

Llevaba el pelo suelto por los hombros y quise ayudarle a recogerse.

Yo tenía que cambiar. Él estaba muy preocupado. Tenía los ojos hundidos por el estrés y la cara pálida. Si le hubiera prestado más atención lo habría visto.

¿Por eso prefería la compañía de Fiona y Lucas a la mía? ¿Porque yo era la gruñona y había proyectado gran parte de mi ira en él? No me había parado a pensar que tal vez él estaba haciendo todo lo que podía y yo tenía que darle un respiro.

—Lo siento —dije por fin.

Me miró con una mezcla de sorpresa y confusión,

—No tienes nada que lamentar. Debería tener las cabezas de los que intentaron hacerte esto.

—Estás haciendo todo que puedes —repuse acortando la distancia que nos separaba.

Acaricié su cara y me acerqué más a él. De puntillas, acerqué mi cara a la suya.

—Debí haberme dado cuenta en lugar de sólo preocuparme por mí misma y mantenerte a distancia. Lo siento —repetí.

—No tienes por qué disculparte —insistió—. Te prometo que encontraré a la gente que hizo esto. Y también descubriré la verdad sobre tu madre. Te lo juro.

Le creí con todo mi corazón y me incliné para besarle. Un beso suave y reconfortante que me dejó el corazón latiendo con fuerza en el pecho. Entonces comprendí por qué no podía responder a la pregunta de Faye sobre dejar a mi marido.

Me había enamorado de él, no tenía escapatoria.

CAPÍTULO 18



NICHOLAS

Antes de que la mataran, mi hermana mayor siempre decía que, si ella moría y Lucas se quedaba a mi cargo, esperaba que él fuera lo más importante para mí como lo había sido para ella. Yo le aseguraba que podía estar tranquila, porque Lucas era mucho más importante para mí que todo lo demás.

Incluso en aquella época en la que yo era un soltero juerguista sin ganas de sentar la cabeza, quería a mi sobrino como si fuera mi hijo. Nunca pensé que las cosas podrían cambiar, que yo me casaría y tendría mis propios hijos. Y por supuesto nunca se me pasó por la cabeza que estaría tan interconectado con mi pareja que ella se convertiría en mi prioridad número uno.

No había cambiado lo que sentía por mi sobrino, tan sólo que ahora quería protegerlos a él y a mi compañera por encima de todo lo demás. Daría mi vida por cualquiera de los dos.

Tras la conversación de ayer con Prairie, llegué a la conclusión de que me estaba enamorando de mi mujer. También me di cuenta de que podría estar haciendo más para proteger a mi gente, y que necesitaba ser más proactivo a la hora de atraer a mis enemigos.

—Necesito que envíes a tres hombres a las Fronteras Exteriores. Contrata a dos prostitutas, que acompañen a los hombres y trabajen en los burdeles de la Bayou. Necesito que se ganen la confianza de los oficiales superiores en sus filas.

—Ya tenemos dos hombres para ello —ofreció Magnimus.

—Elegiré al tercero, pero hablaré con ellos en privado para darles las órdenes. ¿Y las mujeres? —pregunté al consejo de Ancianos.

Estábamos en la Cúpula, en una reunión de emergencia convocada a primera hora de la mañana tras una larga noche de considerar mis opciones.

—Hablaré con algunas que trabajan en esa línea de negocio. Seguro que encontramos gente de confianza —respondió Rosalind.

La reunión terminó unos minutos más tarde y los Ancianos se fueron retirando hasta que sólo quedamos Douglas y yo. Había permanecido en silencio durante la mayor parte de la reunión y yo sabía que era porque tenía algo en mente.

—Estás muy callado —le dije.

Se incorporó y apoyó la mano en la mesa redonda de roble.

—He averiguado algo que creo que te será útil —repuso.

Me incliné hacia él.

—¿Sobre el envenenamiento?

—No, sobre la madre de tu mujer.

—¿Qué has descubierto?

—Todavía no está muy claro, pero he estado indagando y han salido a la luz algunas cosas. La joven que ayudó a Leanna a dar a luz a Prairie fue asesinada dos noches después del parto.

—¿Qué? —exclamé, atónito.

Estaba claro que nadie lo había contado antes porque todos temían la ira de Alexander.

—La busqué para hablar con ella sobre la muerte de Leanna, pero cada pista que seguía me llevaba a un callejón sin salida. Por eso decidí comenzar de nuevo e interrogué a todos los miembros del personal que trabajaron en la casa de los Lonsdale durante esa época, hasta que uno de ellos me condujo a la tumba de Tatiana Brooks.

—La comadrona.

—Era madre soltera. Nadie sabía quién era el padre de su hija, pero Leanna se apiadó de ella y la acogió como criada. Tras la muerte de Leanna, Tatiana cogió a su hija e intentó huir, pero Alexander la encontró y la mató.

—Bastardo —murmuré en voz baja—. ¿Y su hija? ¿Sobrevivió?

—Lo hizo, pero se dice que se unió a los brujos de la frontera. Nadie parece saber la manada exacta a la que se unió. Esperemos que no sea la Bayou.

—Gracias, Douglas. Has hecho un buen trabajo.

—Te informaré cuando la encuentre —prometió antes de salir del despacho.

Prairie estaba preparando la cena cuando volví a casa. Ryland acababa de regresar de su cita fuera de la ciudad e ignoró mi orden de ir a casa con la excusa de que estaba ansioso por ver a Lucas. Entramos juntos en la cocina.

Mi sobrino estaba de pie en uno de los taburetes más bajos, intentando cortar una zanahoria, mientras Prairie removía una olla delante de los fogones. Llevaba unos pantalones cortos que se le subían por encima de su rotundo trasero al inclinarse hacia abajo.

Ryland silbó despacio mientras ambos contemplábamos la escena que teníamos ante nosotros.

—Un hombre podría acostumbrarse a volver a casa con esa bonita vista —murmuró.

Le di un fuerte codazo en la tripa y se dobló.

—¡Joder! —gruñó, dolorido.

—¡Tío Ryland! —chilló Lucas emocionado mientras se acercaba corriendo a mi mejor amigo.

—Hola hombrecito...

Ignoré a ambos y me dirigí directamente hacia Prairie, que estaba de pie junto a la mesa, con las manos en la espalda mientras me miraba acercarme a ella. Había timidez en sus acciones, una timidez que intentaba ocultar, pero yo podía ver a través de ella.

—¿Estás cocinando para mí? —pregunté con una sonrisa burlona en la cara.

Ella puso los ojos en blanco, pero sonrió ampliamente.

—Estoy cocinando para tu sobrino —apuntó.

Olvidándome de que teníamos público le di un suave beso en los labios. Sabía a salsa un poco picante.

—Delicioso —murmuré contra sus labios, coqueteando sin pudor.

Observé cómo la excitación oscurecía sus pupilas. Si no tuviéramos compañía, la hubiera llevado directamente a mi cama.

—Vale... está claro que me he perdido muchas cosas desde que me fui —interrumpió Ryland.

Me aparté para girarme hacia él. Nos miraba a Prairie y a mí con una sonrisa cómplice en la cara. Me di cuenta de que estaba resistiendo las ganas de decirme *te lo dije*.

—Yo también me alegro de verte, Ryland —dijo Prairie y le guiñó un ojo antes de levantar una gorra imaginaria en su dirección.

—El sentimiento es mutuo, preciosa.

—No coquetees con mi mujer, Ryland.

Él rio.

—¿Nos estamos volviendo territoriales? No es culpa mía que seas tan malo piropeando a esta hermosa mujer —replicó con otro guiño.

Prairie se echó a reír. Si no me hubiera quedado tan embelesado por su risa, estaría celoso de la facilidad con la que Ryland la había hecho reír.

—Eres incorregible Ryland. Compórtate o te quedarás sin comer —le amenazó ella.

Él asintió fingiendo ponerse serio. Hizo ademán de cerrar la boca y tirar la llave, acción que hizo reír a Lucas.

—¿Qué estás preparando? —pregunté acercándome para echar un vistazo a la olla.

—La cena —respondió antes de apartarme de los fogones y llevarme a la mesa.

Ryland y yo nos pusimos a trabajar cortando cebollas y verduras. Veinte minutos después estábamos sentados alrededor de la mesa del comedor atiborrándonos de una deliciosa comida.

—Dios mío, Prairie. Esto está delicioso —gimió Ryland con dificultad, porque tenía la boca llena.

—Fiona dice que no hablemos mientras comemos —le regañó Lucas y él sonrió a mi sobrino.

—¿Cómo está Fi? No la he visto por aquí desde que he vuelto —preguntó.

Miré a Prairie porque sabía que había tensión entre ellas, pero si le molestó la pregunta, no lo demostró.

—Pidió que la destinaran de guardia unos días. Pero debería volver pronto. Echará de menos a Lucas si está fuera mucho tiempo —respondí.

—Hmmm —musitó Ryland por toda respuesta.

Siempre supe que sentía algo por Fiona, pero ella estaba demasiado ciega para verlo.

—No sabía que cocinabas tan bien, Prairie. Nos has estado ocultando tu talento —dije para cambiar de tema.

Esta noche era especial, ella estaba sonriendo mucho. Entonces recordé que tenía algo que contarle sobre su madre.

La sorpresa de encontrarla cocinando casi me hizo olvidarlo. Odiaba tener que arruinar su buen humor, pero sabía que retrasarlo sólo conseguiría que se sintiera peor. Decidí decírselo después de cenar.

—Aprendí cocinando para mí. No creo que tenga nada de especial —replicó quitándole importancia.

—No, no seas modesta. Esto es espectacular. Te tomaría como esposa en un instante si mi amigo aquí no te tuviera ya toda para él —repuso Ryland.

La miré y ella me miró durante un largo instante. De nuevo sentí la corriente entre nosotros. Enamorarme de ella, querer protegerla y mantenerla a salvo me hacían sentir pleno.

Ella fue la primera en desviar la mirada y seguimos cenando.

Una hora y media más tarde, Ryland se había ido por fin después de sobornar a Prairie para que le apartara más comida y llevársela a casa. Lucas estaba en la cama y Prairie y yo lavábamos los platos.

—A riesgo de arruinar tu buen humor, tengo noticias sobre tu madre —comencé.

Sus manos se aferraron con fuerza al plato que había estado limpiando. Se lo quité con suavidad antes de que se le cayera y le hiciera daño. Se apartó del fregadero para mirar hacia la isla.

—Puede que no sea lo que esperabas, pero Douglas me lo ha contado hoy después de la reunión con los ancianos. Al parecer, trató de localizar a la comadrona que ayudó a tu madre a darte a luz. Muchas de ellas se habían mudado. La única que siempre estuvo al lado de tu madre antes de su muerte murió dos días después de que nacieras.

—Ah —musitó, pero no dijo nada más.

Hice una pausa de unos segundos y ella asintió para que continuara.

—Se llamaba Tatiana Brooks, y tenía una hija.

—¿También mató a su hija? —preguntó, horrorizada, girándose hacia mí y pude ver que tenía los ojos enrojecidos.

—Aún no sabemos quién mató a Tatiana. Pero su hija sigue viva. Douglas dice que se mudó de la ciudad a las afueras tras la muerte de su madre. Nadie sabe a qué facción se unió.

—Ella nunca colaboraría con Phoenix. Debe odiar a mi padre.

—Douglas ha prometido darnos más información cuando sepa más. Eso es todo lo que sabemos, por ahora.

Ella asintió, parpadeando con rapidez para contener las lágrimas.

—Gracias.

La atraje hacia mí y la abracé con fuerza por si quería derrumbarse en mis brazos, pero no lloró.

A la mañana siguiente me dirigía hacia mi coche cuando recibí una llamada de uno de los chóferes de Lucas.

—¿Qué pasa, Chris?

—¡Lo siento, señor! —Jadeaba como si hubiera estado corriendo. Al instante me puse en alerta.

—¿Qué ha pasado, Chris? ¿Dónde está Lucas?

—Lo siento mucho, señor. Hicimos lo que pudimos, pero nos rodearon. Tenían armas y eran muchos más que nosotros.

—¿Quién? ¿Qué armas? Chris cálmate de una puta vez y dime qué coño ha pasado —grité, notando que mis hombres también se ponían en tensión.

—¡Han secuestrado a Lucas!

CAPÍTULO 19



PRAIRIE

Toda mi vida me he culpado de la muerte de mi madre. Al crecer, cada cumpleaños servía también para recordar su muerte y odiaba la melancolía que se cernía sobre la casa ese día.

El personal cuchicheaba cuando yo pasaba y algunos me miraban con una mezcla de simpatía y tristeza. Nunca entendí por qué, pero después de la revelación de Nicholas la noche anterior, estaba segura de que todos sabían que mi padre había matado a mi madre excepto yo.

Incluso Phoenix trataba mi cumpleaños como un día de luto y yo juraría de que sabía lo que nuestro padre había hecho.

Aunque Nicholas me había asegurado que llegaríamos al fondo del asunto, parte de mi determinación por averiguar qué había ocurrido se había esfumado.

Unos segundos después de sentir el suave beso de Nicolás en mi frente abrí los ojos. Estaba a punto de salir de mi habitación, completamente vestido y listo para el día, tan guapo como siempre. Las infames mariposas se agolparon en mi vientre y lo miré con ojos brillantes mientras él se inclinaba de nuevo para besarme en los labios.

—¿Adónde vas? —pregunté.

Era tarde y me sentía mal por no haber bajado a despedir a Lucas antes de irse al colegio. Ahora Nicholas se iba mientras yo había perdido media mañana en la cama.

—Tengo algunos asuntos que atender con los nuevos aliados.

—¿Te refieres a Marcel? —pregunté refiriéndome al líder de la facción rebelde de la manada Bayou.

Nicholas me contó que se había ofrecido como aliado y que habían llegado a un acuerdo.

Asintió.

—¿Estás seguro de que puedes confiar en él?

—No estoy seguro, pero su causa es una por la que vale la pena luchar. Malcolm es un tirano, y los miembros de la Bayou llevan pidiendo un cambio desde hace mucho tiempo. Creo que esto es justo lo que necesitan: una revolución.

Hablaba con pasión y me pregunté si así fue como reunió el apoyo de la manada antes de matar a mi padre.

Asentí y dejé que volviera a besarme en la frente.

—Descansa un poco, y luego Cook te preparará algo de comer. Volveré antes del anochecer.

Con permiso para holgazanear todo el día, me estaba quedando adormilada cuando oí abrirse la puerta principal poco después de que él se marchara. La casa estaba en silencio, pero algo me empujó a salir de la cama.

Algo iba mal. Me puse una de las batas que tenía cerca, salí al pasillo y bajé las escaleras. La puerta volvió a abrirse y esta vez oí más pasos. Cuando llegué al pie de la escalera no había nadie. Oí alboroto fuera. Corrí hacia allí y me encontré a Nicholas ladrando órdenes a los hombres.

Las alarmas empezaron a sonar en mi cabeza mientras corría hacia él.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Ha pasado algo? —pregunté.

Tomé una de sus manos entre las mías. Las sentí frías al tacto, un marcado contraste con su calidez minutos antes. Sus ojos estaban rojos y parecían salvajes. Pude sentir la ira que irradiaba, tanto que casi gruñía.

Me miró como si no me viera y en sus ojos vi alarma y miedo.

—¡Lucas ha sido secuestrado!

Me quedé en shock, pero me recompuse con rapidez.

—¿Qué necesitas que haga?

Todo el patio delantero del recinto estaba invadido por más hombres de los que había visto nunca.

Esperábamos sentados en la gran sala mientras Fiona daba órdenes a los técnicos, que hacían todo lo posible por piratear todas las cámaras de seguridad de la ciudad para averiguar adónde podían haberlo llevado. Pero las cámaras no mostraron nada.

Los secuestradores debieron de inutilizarlas antes de llevarse a Lucas. Los hombres que cuidaban de él informaron de que iban vestidos de negro, incluidos pasamontañas negros que les ocultaban la cara. Eran al menos ocho en dos furgonetas, pero no llevaban matrícula, así que no pudimos localizar sus vehículos.

Llegados a este punto, no teníamos absolutamente nada con lo que tirar. Ryland había organizado una búsqueda con más hombres, pero habían pasado más de dos horas desde que se habían llevado a Lucas y aún no habíamos averiguado nada.

Yo me senté con el equipo encargado del teléfono por si llamaban pidiendo un rescate. Nunca me sentí más inútil en mi vida. Estaba desesperada por hacer cualquier cosa para rescatarle.

Nicolás no me había dicho más de tres palabras desde que me contó lo sucedido. Todo el mundo andaba de puntillas a su alrededor mientras él se movía como una bomba a punto de explotar. Por fuera parecía tranquilo, pero su aspecto no engañaba a nadie y todos sabían que debían mantenerse alejados.

El teléfono de alguien sonó en medio de la silenciosa sala. Todo el mundo se sobresaltó al oírlo. Yo estaba sentada justo enfrente del teléfono, pero éste no emitía ningún sonido. Mis ojos recorrieron la habitación y todos me miraron mientras Fiona corría hacia mí, desesperada.

—No es nuestro —dije y uno de los técnicos levantó la mano despacio.

—Lo siento, es mío —dijo, asustado.

Vi cómo Fiona cerraba los ojos con fuerza, frustrada. No podía soportarlo más. Salió de la habitación y esperé unos minutos antes de seguirla.

Unos espeluznantes sollozos que llegaban de debajo de la escalera hicieron que se me saltaran las lágrimas. Sabía que odiaría que la viera llorar, pero decidí enfrentarme a su ira y me acerqué a ella sin molestarme en secarme las lágrimas que resbalaban por mis mejillas.

Debió oírme llegar, pero no se movió. Estaba agachada en el suelo con la cabeza entre las rodillas mirando hacia las baldosas mientras lloraba.

—Fiona —murmuré en tono cauto y comprensivo.

Levantó la vista y esperaba que dijera algo mordaz o que me dijera que la dejara en paz, pero no lo hizo.

—Cuando murió su madre —musitó—, él tenía poco más de tres años. Un niño. Pero Felicity siempre supo que no duraría mucho en este mundo.

Apartó la vista de mí, se quedó mirando la pared de enfrente y se pasó las manos por el pelo.

—Siempre me decía que cuidara de su hijo, y yo le decía que se callara y que no le pasaría nada ni a ella ni a Lucas. Me lo hizo prometer. Juré por mi vida que lo mantendría a salvo. Pero sólo llevo aquí unas semanas y no he podido superar mis putos c...

Se detuvo y volvió a bajar la mirada. Sabía que iba a decir celos, pero permanecí en silencio. Cuando no añadió nada más, me sentí a su lado en el suelo.

—Vamos a encontrarle, Fiona. Has hecho un buen trabajo protegiéndolo hasta ahora. Quiero decir, el chico besa el suelo que pisas —aseguré y ella sonrió.

—¿Tú crees? —preguntó y yo asentí.

Permanecimos en silencio unos instantes antes de que ella lo rompiera.

—¿Por qué eres tan amable conmigo?

—No creo que sea el momento de pelearnos, ¿no crees? —repuse.

Era la primera vez que no se mostraba como una zorra furiosa conmigo.

—No, supongo que no. Podemos continuar cuando Lucas vuelva a casa —respondió ella con el fantasma de una sonrisa en la cara.

—Ese es el espíritu.

El sonido de otro teléfono nos puso en tensión. Nos pusimos en pie y nos dirigimos a la

habitación. Los hombres que rodeaban el teléfono me saludaron con la cabeza y descolgaron. Lo pusieron en el altavoz.

El sonido que salía del auricular era grave y distorsionado, claramente disimulado.

—¿Es Northwood? —preguntó la voz, y el hombre al teléfono dudó en contestar—. Hablaré sólo con Northwood.

Nicholas cogió el teléfono.

—Juro por Dios que si tocas un solo pelo de su cabeza...

—Creo que somos nosotros los que estamos en condiciones de amenazar, Northwood.

—¿Dónde está? —preguntó Nicholas.

—Está vivo y a salvo. Te está esperando justo donde lo dejaste. Sólo quería que supieras que podemos llegar a ti cuando queramos. Esto ha sido sólo una advertencia.

—¿Qué demonios...?

El interlocutor colgó y nos miramos unos a otros, confusos. Nicholas tiró el teléfono al otro lado de la habitación y le temblaron las manos. Quise acercarme a él, consolarlo, pero me quedé quieta cuando su propio teléfono empezó a sonar.

—Es Ryland —dijo después de sacarlo y contestar—. ¿Ya lo tienes? —Se relajó y cerró los ojos con fuerza en clara señal de alivio, mientras todos aguardábamos expectantes a que terminara de hablar.

—Lo han encontrado frente a la escuela. Lo habían atado y abandonado junto al contenedor, pero está bien —dijo tras colgar.

Prorrumpimos en gritos de alegría. Después, todo fue muy rápido. Ryland regresó con Lucas y Fiona fue la primera en cogerlo en brazos. Tenía el uniforme roto, pero no estaba herido. Parecía asustado, pero aliviado de haber vuelto.

Nicholas fue el siguiente en abrazarle y luego me tocó a mí. Mi corazón galopó cuando sus pequeños brazos me rodearon el cuello y apretaron.

—Te quiero, colega —le susurré al oído.

—Yo también te quiero, Prairie.

Aquella noche costó un poco que Nicholas se apartara de su lado. Fiona optó por dormir con él en su cama, y aunque él protestó y dijo que ya no era un bebé, estaba claro que le encantaba que le prestaran atención. Dejé que Nicholas me condujera a su habitación por primera vez en los dos meses transcurridos desde nuestro matrimonio, porque solíamos pasar la noche en la mía. Estaba oscuro y yo estaba demasiado preocupada por él como para fijarme en su habitación.

Cuando nos metimos en la cama no hicimos otra cosa que acurrucarnos y abrazarnos fuerte.

—Gracias por estar ahí para todos hoy. Has sido fuerte —murmuró como si estuviera sorprendido. Decidí ignorar la sorpresa en su voz.

—Me alegro de que esté bien —dije apartándole parte del pelo de la cara y pasándole las manos por él hasta que cerró los ojos y suspiró suavemente.

Siguió un largo silencio y pensé que se había quedado dormido dada su respiración uniforme.

—Tenía miedo. Soy el Alfa. Debería ser el fuerte, debería ser el que calmara sus miedos, pero estaba demasiado angustiado por mi propio miedo...

—Eh, eh, eh. —Acaricié su cara y la levanté para que estuviéramos frente a frente y presioné mi frente contra la suya antes de apartarme un poco.

—No te culpes por nada de esto. Lo que vi fue un Alfa que hizo lo que había que hacer para encontrar a su familia. Todos se reunieron y tu dirigiste la operación con tanta eficiencia que avergonzaría al FBI. Lo único que importa es que Lucas está bien, Nicholas.

Él asintió, pero no apartó sus ojos de los míos. Sentí un nudo en el estómago y los familiares latidos en el pecho cada vez que me miraba de ese modo. Quería que fuera feliz y estuviera a salvo.

Aquel sentimiento me cogió desprevenida, pero no podía negarlo.

—Me alegro de que estés aquí —susurró poco antes de acercar mi boca a la suya.

El beso fue suave y lánguido, y las mariposas se dispersaron en lo más profundo de la boca de mi estómago. Mis manos se apretaron a su nuca y él tiró de mí más cerca aplastando mi pecho contra el suyo y arrancándome un gemido.

Se apartó y apoyó la frente en la mía mientras recuperábamos el aliento. Me dio un suave beso en la comisura de los labios antes de tumbarnos de nuevo. Dormimos tan cerca el uno del otro que no había ni un milímetro de espacio entre nosotros.

CAPÍTULO 20



NICHOLAS

—¿Cómo era tu hermana? —me preguntó mientras sus manos trazaban suaves círculos sobre mi pecho.

Tenía los muslos sobre los míos y sus suaves pechos me presionaban el costado.

Nuestros cuerpos aún estaban ligeramente húmedos por el sudor de nuestro sexo y, aun así, volví a desearla. Aún no había salido el sol cuando ella me despertó con un beso en el cuello, y otro, y otro, y lo siguiente que supe fue que estaba a horcajadas sobre mi regazo cabalgando mi polla con tanta fuerza que vi estrellas cuando me corrí dentro de ella.

Después cayó sobre mí como una muñeca de trapo y se deslizó a mi lado. Hubiera querido mantenerla encima de mí, pero no tuve fuerzas para detenerla. Me había agotado. Y entonces llegaron las preguntas.

—Era una de las mujeres más fuertes que he conocido —respondí sintiendo su mirada clavada en mí, pero mantuve la mía fija en el techo—. Era feroz y descarada, y nunca tenía miedo de echarte en cara tus gilipolleces. Me recuerdas a ella en muchas cosas.

—Siempre quise tener una hermana —dijo por fin—. Phoenix siempre se sintió más como un competidor que como un hermano. A veces sentía que Faye era casi como mi hermana, pero desde lo de..., ya sabes, ha estado distante y siento que está decepcionada porque acepté casarme contigo. Pensé que lo superaría, pero no lo ha hecho.

—¿Eres feliz aquí? —pregunté y sentí que se ponía rígida a mi lado.

Por un momento dudé si no debía haberlo hecho, pero quería saberlo. Me hacía feliz y me aterrorizaba al mismo tiempo. Me encantaba cuando sonreía porque significaba que era feliz. Me encantaba verla feliz. Esperaba que ella sintiera lo mismo, pero no estaba seguro.

El día de ayer fue una montaña rusa de emociones y la sola idea de que le hicieran daño en esta guerra me aterrorizaba. Necesitaba saber si era feliz aquí, porque si no lo era, la dejaría ir a donde se sintiera segura si eso significaba que no le harían daño.

La idea de anteponer su felicidad a la mía debería haberme asustado, pero no fue así.

—Al principio, no. Quería odiarte, pero no podía. Incluso desde ese primer día, hiciste algo que todos los demás temían hacer. Debería sentirme como una mierda por alegrarme de que ocuparas el puesto de mi padre, pero sólo sentí alivio. Y ahora...

Se interrumpió y yo me incorporé en la cama.

—¿Ahora? —pregunté, ansioso.

—Ahora soy feliz cuando estoy contigo.

Casi me asusté del alivio que sentí al oírlo. Una alegría abrumadora amenazó con romperme el corazón y me alegré de estar en una habitación oscura donde mis sentimientos no fueran visibles en mi rostro.

Me incliné hacia ella y le di un suave beso en los labios. El beso fue a más cuando la puse boca arriba y me deslicé dentro de su cálido calor.

Dos horas más tarde, tras acudir a la Cúpula, asistí a una discusión a gritos entre los Ancianos que contemplé con irritada calma.

Incluso Douglas le gritaba a Magnimus que debían atacar a la Bayou en una semana. Según ellos, el secuestro de Lucas había sido una declaración de guerra lo que, unido al malestar en las facciones inferiores, bastaba para aplastar al gobierno de la Bayou de una vez por todas para instaurar a Marcel como Alfa.

Marcel y algunos de sus hombres de confianza también estaban en la sala y estaba claro que apoyaba a los Ancianos.

Otros, por el contrario, pensaban que atacar a la Bayou podría ser perjudicial y que civiles inocentes podrían resultar heridos. Yo estaba totalmente de acuerdo con esto último. No dirigiría una matanza para demostrarles algo a Phoenix Lonsdale y Malcolm. Si lo hacía, no sería diferente a ellos, y era lo último que quería.

—¡Basta! —grité con firmeza y lo suficientemente alto como para que todos los presentes me oyeran. Hubo algunos murmullos antes de que se hiciera el silencio en la sala.

Los Ancianos volvieron a sus asientos cuando les dirigí a cada uno una mirada incendiaria hasta que se restauró el orden.

—No voy a atacar a toda la facción, menos aún si eso significa que van a morir civiles inocentes —anuncié y otro aluvión de protestas y murmullos llenó la sala hasta que les mandé callar.

Magnimus se puso en pie de un salto cuando se hizo el silencio. Aunque yo no le había pedido que hablara, le dejé continuar.

—Alfa, no podemos sentarnos a mirar mientras Malcolm y su banda de vagabundos alardean públicamente de los términos de los tratados de la manada. Ya no es un secreto que el chico Lonsdale se ha aliado con ellos. Ellos no temen hacer lo que sea necesario para conseguir lo que quieren. Yo digo que hagamos lo mismo, siempre y cuando obtengamos el resultado deseado.

Hubo algunos asentimientos en apoyo de las palabras de Magnimus. La otra mitad estaba en contra, incluido Douglas, que levantó la mano para hablar y sólo lo hizo cuando le di permiso.

—Hemos visto los efectos de la guerra en los civiles una y otra vez. La manada Bayou puede estar contra nosotros ahora, pero también son Hombres lobo y son familia. No podemos ir por ahí matando a inocentes para castigar a los malvados.

Otro murmullo de apoyo a Douglas resonó en la sala y amenazó con convertirse en otra algarabía de gritos. Cuando hablé, los murmullos se acallaron.

—Atacaremos a la Bayou, pero sólo bajo mis condiciones —decidí, e hice una pausa hasta que se hizo un silencio total—. Han demostrado lo que son secuestrando a mi sobrino, y ahora sabemos que no se detendrán ante nada. Podemos usar eso a nuestro favor.

»Marcel y sus hombres son nuestra arma secreta. Ellos pueden conseguirnos información sobre lo que ocurre a puerta cerrada. Operaremos con esa información y atacaremos.

Un fuerte grito de apoyo recorrió la sala.

—Nada de errores —advertí con rotundidad—. Estamos en guerra con la Bayou. Nuestros intentos de paz han sido rechazados, así que si lo que quieren es guerra, se la daremos, pero no quiero masacrar a inocentes.

Cuando terminé los miré, retándoles a que me desafiaran, pero todos permanecieron en silencio.

—Eso es todo.

Esperé a que se marcharan y envié un mensaje a Ryland para que se reuniera conmigo en el santuario de los Ancianos. Marcel y Douglas se quedaron atrás después de que los hombres se hubieran ido, y los miré, expectante.

—Mis hombres están pisando los talones a los secuestradores de su sobrino. Son mercenarios enviados por Malcolm. Por supuesto, él no enviaría a sus propios hombres —informó Marcel.

—¿Por qué no? —se extrañó Douglas.

—Porque los está conservando para la guerra —respondí.

Marcel asintió.

—Él sospecha que trabajamos juntos, aunque no lo sabe con certeza. Mis hombres y yo hemos sido cuidadosos. Pero si descubre que es así, sabe que necesitará todos los hombres que pueda conseguir.

—¿Y los mercenarios? Los quiero vivos —ordené sin molestarme en ocultar la rabia en mi voz.

—Por supuesto. Se lo diré a mis hombres —aseguró antes de salir.

Ryland entró unos segundos después.

—¿Cuál es el veredicto? —preguntó tomando asiento en la cabecera de la mesa.

—Atacaremos en la próxima luna llena. Malcolm quizá lo espere, pero somos Chandra y somos más fuertes como manada bajo la luna llena. Y con la ayuda de los hombres de Marcel, podremos con ellos.

—Tienes todo mi apoyo —aseguró Ryland asintiendo.

Ambos nos volvimos hacia Douglas, que asintió también.

—Tenemos que estar preparados para cualquier contingencia. No subestimes a un Lonsdale. Si

se parece en algo a su padre, siempre tendrá uno o dos ases bajo la manga —advirtió.

—Bueno, nosotros también —repliqué.

CAPÍTULO 21



PRAIRIE

El ambiente era tenso y expectante. Lucas había sido acogido por una familia alejada de las facciones, en territorio humano. También eran Hombres lobo, pero se habían mezclado tan bien con los humanos que era difícil distinguirlos de ellos.

Nicholas lo envió allí hasta que terminara la guerra, a pesar de mi oposición y la de Fiona. La primera vez que estábamos de acuerdo en algo. Pero Nicholas había tomado una decisión y no iba a cambiarla. También insistió en que yo me fuera con Lucas, hasta que le amenacé con darle rodillazos en las pelotas hasta que le dejaran de funcionar. Sólo entonces cedió.

También insistió en que me quedara en la casa mientras los demás luchaban. Como si pudiera hacerlo. Odiaba que siguiera tratándome entre algodones, aunque sabía que sólo intentaba protegerme. Sin embargo, resultaba exasperante.

Fiona, por otro lado, estaba a cargo de su propio equipo táctico. Yo entendía que ella había participado en más guerras que yo. Mi total ascendía a un gran cero, mientras que ella había luchado en al menos tres, incluida la que mató a su mejor amiga.

Todavía estaba celosa de lo mucho que ella parecía saber, pero quería ayudar, no quedarme en casa de brazos cruzados hasta que llegara mi marido.

Dos noches antes de la luna llena, estaba en mi dormitorio cepillándome el pelo y mirando mi reflejo en el espejo. Era casi medianoche y Nicolás aún no había regresado. Había pasado las noches en la Cúpula y el único rato que habíamos pasado juntos era cuando hablábamos de estrategia bélica con Ryland y Fiona.

Faye había venido a verme y me había dicho que Magnus iba a despedir a Eleanor. Se iba a Rusia con sus padres hasta que terminara la guerra. Me sorprendí cuando mi amiga me dijo que no se iría con ella. Nunca había apoyado la posición de Nicholas como Alfa y pensé que sería una de las primeras en marcharse ahora que la guerra empezaba a ser real.

Sería la primera vez que Nicholas tendría que luchar por su puesto como Alfa y sólo pensar que ésta sería la primera de muchas peleas mientras fuera líder de la manada me angustió. Sin embargo, sabía que uno de los principios impulsores de Nicholas era unir a las facciones y traer la paz a las manadas. Lograr un objetivo tan ambicioso como ese llevaría mucho tiempo, pero si alguien podía hacerlo, era él.

Llamaron con fuerza a mi puerta y me giré justo cuando se abría y entraba Nicholas. Parecía

cansado. Por su traje y su corbata suelta, estaba claro que había venido directamente de la Cúpula. Sin pensarlo, me puse en pie y me acerqué a él. Ya había cerrado la puerta y estaba apoyado en ella.

—Hola —saludé, acercándome a su cara para darle un suave beso en los labios. Sabía a la pasta y las albóndigas que la cocinera había preparado para cenar—. ¿Cuándo has vuelto?

Se encogió de hombros.

—Hace unos minutos. Pensé que estarías dormida.

Fue mi turno de encogerme de hombros.

—No podía dormir. Estaba preocupada.

—¿Estabas preocupada por mí? —repuso, burlón.

Lo aparté, pero él tiró de mí y caí de nuevo en sus brazos sin oponer resistencia.

—Me encanta cuando te preocupas por mí —susurró contra mis labios y sentí un escalofrío que me recorrió la espina dorsal hasta la planta de los pies.

—Qué engreído eres —bromeé justo antes de que me besara y me rodeara la cintura con los brazos.

Suspiré en su boca y él aprovechó la oportunidad para introducir su lengua en la mía. Tiré de su pelo con los dedos y me puse de puntillas para acercarme más a él. Sentí un vértigo de deseo y todo mi cuerpo ardía.

Me puso de espaldas a la pared y tiró de los hombros de mi bata, dejando al descubierto mis pechos y mis duros pezones. Sus ojos se ensombrecieron y se inclinó para llevarse uno a la boca.

—¡Sí! —gemí mientras él me acariciaba el otro.

Mis manos se ocuparon de quitarle la corbata y la camisa, dejando al descubierto su torso ondulado. Sentí un torrente de calor entre los muslos.

—Te deseo tanto, todo el tiempo —murmuró contra mis pechos moviéndose de uno a otro como si no pudiera decidir cuál era su favorito—. No tienes ni idea.

Gimió cuando mis manos acariciaron su dura longitud.

«Creo que me hago una idea», pensé mientras sus manos me cogían el culo para levantarme contra él como si no pesara nada. Me sentó sobre la cama y se quitó los pantalones mientras yo me quitaba el camisón y me quedaba desnuda.

—¡Joder! —gimió mirándome a través de sus ojos entrecerrados, que me acariciaban con su mirada acalorada.

Se inclinó para besarme el estómago y la parte superior de mi centro hasta que se aferró a mi clítoris y me hizo retorcerme contra él. Mis manos tiraban de su pelo mientras él me chupaba el pezón como si llevara todo el día deseándolo. Me metió un dedo y luego otro, provocándome un grito.

—¡Joder! Estás tan jodidamente apretada.

Sus palabras fueron un afrodisíaco y me incliné para ver su cabeza enterrada entre mis muslos con la intención de hacer que me corriera.

—¡Oh, Dios! Me voy a correr, ¡oh joder! —gemí.

Mis muslos se estremecieron por sí solos y sentí que no podía detener la embestida del orgasmo. Fue como si las olas chocaran contra una roca una y otra vez hasta que me quedé exhausta. Dejé que me besara lánguidamente por el cuerpo, incapaz de hacer mucho más. Cuando se tumbó a mi lado como si estuviera a punto de dormirse, mis manos se dirigieron a su polla, aún dura e insistente, pero él las apartó.

—No pasa nada. Eso era para ti —dijo besándome en la frente—. Duérmete —susurró y yo estaba demasiado débil para hacer otra cosa que obedecer.

* * *

El día de luna llena llegó casi sin darnos cuenta. El tiempo había empeorado y llovió a cántaros durante todo el día, aunque no afectó a nuestros planes, pues los hombres ya estaban en sus puestos. Yo iría con Fiona y su grupo mientras Nicholas lideraba la primera línea.

Quise unirme a él, pero por la mirada que me lanzó comprendí que no dudaría en mandarme lejos si no dejaba de insistir.

La noche anterior aún intentó convencerme de nuevo de que me marchara, pero insistí en quedarme. Incluso llegué a decirle que pidiera a Fiona que se fuera si tanto le angustiaba que las mujeres lucharan. Él no respondió y nos fuimos a dormir enfadados.

Esta mañana me besó como si fuera la última vez, y un miedo atroz se instaló en mis huesos.

Cuando se acercaba la noche, los hombres ya se habían puesto en marcha y cruzamos las Fronteras Exteriores.

Nunca había vivido fuera de la manada Chandra ni con humanos. Nunca me aventuré en las fronteras de otras manadas, y mucho menos de la Bayou, dada su rivalidad ancestral con los Chandra.

Nunca me preocupé por la guerra y ni por los ataques de los que hablaba mi padre, porque no sentía el más mínimo aprecio por la manada. Pensaba que todos eran como mi padre y mi hermano hasta que conocí a Nicholas y a sus amigos. Por la forma en que se cuidaban los unos a los otros parecían una familia, aunque no tuvieran la misma sangre. La manada Chandra que yo conocí antes estaba formada por gente que sólo intentaba satisfacer sus propios deseos egoístas y ganarse el favor del Alfa.

Sabía que el ejército de Nicholas no vacilaría en morir por él si fuera necesario, y él haría lo mismo por ellos.

El aire estaba demasiado silencioso cuando cruzamos el bosque. Nicholas iba muy por delante, y cuando la luna estaba en su punto álgido comenzó la transformación.

No todos los Hombres lobo se transformaron. Algunos sólo podían hacerlo bajo la luna llena, otros podían hacerlo a voluntad y otros habían sido bendecidos con supervelocidad y mayor fuerza. Me olvidé de todo mirando cómo se transformaba Nicholas. Era difícil no hacerlo, viendo su pelaje inmaculadamente blanco. Era mucho más grande que el resto de la manada.

En ese momento comprendí por qué era el Alfa. Los demás se acobardaban ante él, y le dejaban dirigir como algo natural. Había nacido para esto.

—¡Prairie! ¡Tienes que cambiar, ya vienen!

La voz de Fiona atravesó mi subconsciente y me volví para encontrarme con una gran mancha negra a mi lado. Se había transformado y su pelaje era negro como la medianoche. Me había hablado telepáticamente, que era otra de las cosas que los Hombres lobo podían hacer en su forma bestial, pero sólo entre personas de confianza. Que Fiona confiara en mí lo suficiente como para hacerlo me resultó sorprendente, pero agradable.

Cerré los ojos y dejé que la energía de la luna recorriera mi cuerpo hasta que sentí que mis huesos se desmoronaban y se estiraban para albergar a la bestia que llevaba dentro. Entonces escuché el primer zumbido de la flecha.

La manada Bayou había comenzado su ataque.

La lucha se prolongó hasta bien entrada la noche. El bosque era tan denso que resultaba difícil ver lo que ocurría y la lluvia no facilitaba las cosas. Vi a algunos de nuestros hombres caer por las flechas disparadas por el ejército enemigo. Las nuestras alcanzaron a varios de ellos, pero los Bayou estaban acostumbrados al bosque. Esa era su ventaja contra el poder lunar de Chandra.

No supe cuánto duró la pelea y, durante un tiempo, tampoco de dónde estaba. Me encontré sola buscándolos, mirando a mi alrededor. No había más flechas u hombres lobos viniendo por mí.

—Prairie.

La voz era familiar y cercana. También estaba en mi cabeza, pero cuando miré no había nadie. No respondí y cuando la voz volvió a pronunciar mi nombre, supe al instante de quién se trataba.

—¿Phoenix?

—Buena chica —respondió en aquel tono condescendiente suyo que casi había olvidado.

Me di la vuelta y, efectivamente, allí estaba. Reconocería el pelaje de mi hermano incluso dormida, ese hermoso marrón dorado que siempre fue el orgullo de mi padre.

El mío era de un tono marrón apagado y recordé que siempre deseé tener un pelaje más bonito. Pero lo que me faltó en ese aspecto lo compensé con creces en el entrenamiento. Intenté muchas veces darle una paliza, pero Phoenix era fuerte. Quizá más ahora, movido por el odio y la venganza.

—¿Qué haces combatiendo junto al enemigo? —pregunté.

—Tú eres la que lucha junto al hombre que mató a nuestro padre, Prairie. Yo diría que eres la que se acuesta con el enemigo, figurada y literalmente.

No supe qué responder a eso, pero caminamos en círculo, como esperando que el otro atacara.

Odiaba a mi hermano, pero odiaba más pelear con él.

—Aún puedes detener esto. Ríndete y entrégate a Nicholas. Él no te ejecutar, sólo te desterrará. Hablaré con él y me escuchará.

—Qué suerte la mía —repuso con una risa sardónica—. Tu precioso marido mató a nuestro padre y me arrebató mi primogenitura. ¿Y quieres que me rinda ante él? Quizá os mate a los dos y acabe con todo de una vez.

La maldad en su voz me aterró, aunque traté de no demostrarlo.

—Puedes salvarte —añadió—. Únete a mí y dame toda la información que tengas sobre ellos, y te daré un lugar entre los Ancianos.

Incluso yo sabía que no tenía poder para hacer tales promesas y retrocedí unos pasos.

—No, Phoenix. No voy a ir contigo —repliqué con firmeza.

Entrecerró los ojos y gruñó en mi dirección. Yo respondí. Parecía a punto de atacar, pero una flecha pasó silbando en su dirección y falló por poco.

Se dio la vuelta y echó a correr.

CAPÍTULO 22



PRAIRIE Y NICHOLAS

Prairie

Lo perseguí sin dudarlo. No podía olvidar el brillo asesino en sus ojos cuando habló de matar a Nicholas. No sabía qué planeaba hacer si lo atrapaba, pero no podía permitir que lo lograra.

—¡Prairie!

Me detuve al escuchar que me llamaban justo cuando Phoenix desaparecía de mi vista. No tenía sentido seguirlo. Cuando Fiona me llamó de nuevo, me di la vuelta.

—¡Prairie, vuelve! —Noté el pánico en su voz y comencé a buscarla, pero no pude verla.

—¿Dónde estás? —grité.

La luna comenzaba a desaparecer y amanecería en cualquier momento. La lucha se detuvo y, al ver que la manda Bayou se retiraba, supe que habíamos ganado este asalto.

—¡Nicholas está herido! Tienes que venir al Quad.

El Quad era la habitación que mi padre utilizaba como enfermería porque nunca confió en los hospitales cuando estaba herido o indispuesto.

Sentí un frío helador y un miedo aterrador me invadió. Un miedo mucho mayor que el día que conocí a Nicholas, cuando pensé que iba a matarme.

Aquel día habría cogido con gusto una de las pistolas o flechas de uno de sus hombres y le habría matado con ella.

Pero hoy, saber que estaba herido o la probabilidad de que muriera me hizo volver corriendo a casa como si me persiguiera una jauría de animales rabiosos. Necesitaba verlo. Tenía que llegar hasta él para asegurarme de que estaba bien. No me di cuenta de cuándo volví a mi forma humana, justo en el momento en que el sol empezó a asomar entre la espesura del bosque.

Vi a unos cuantos heridos mientras mis ojos buscaban por el bosque, pero no había rastro de Nicholas ni de Fiona. Lo atravesé y me encontré al pie de la larga colina que servía de frontera entre los Chandra y los Bayou.

El caos que me encontré era salvaje. Sucedian tantas cosas a la vez que no sabía dónde mirar.

Varios hombres gritaban a pleno pulmón mientras los médicos les practicaban los primeros auxilios antes de que se los llevaran en camilla. Otros también estaban heridos, pero no tan graves como los primeros. Los médicos se concentraban en los heridos más graves y en los desgarrados por la facción enemiga.

Algunos seguían aún en su forma de lobo, mientras que otros ya habían vuelto a su forma humana. Una cosa horrible que había visto en las guerras de los Hombres lobo era que, si morían como lobos, ya no podrían volver a transformarse en su forma humana. Los enterraban sin más después de realizar los ritos necesarios.

Era un espectáculo espantoso ver a hombres caídos en combate tendidos como animales en un matadero. Algunos de ellos ya estaban cubiertos, por el bien de sus familias, y algunas de las mujeres estaban cubriendo a los que seguían sacando del bosque.

Nunca imaginé que pudiera ser tan terrible. No tenía ni idea de cuánta gente había estado dispuesta a dar su vida. Entonces supe que tenía que hacer todo lo que estuviera en mi mano para detener a Phoenix. ¿Cuántos más tenían que morir por sus delirios egoístas? Mi hermano era como mi padre en muchos aspectos y sabía que, a menos que algo drástico sucediera, como que lo ejecutaran, Phoenix no se detendría jamás.

Tuve que hacerme a la idea de que uno de los dos, mi hermano o yo no sobreviviríamos a esta guerra.

—¡Prairie!

Miré a mi alrededor al oír que gritaban mi nombre y vi a Lyon, que conducía un pequeño carrito de golf directamente hacia mí.

—¡Lyon! ¿Dónde está? —grité cuando se detuvo y me hizo un gesto para que me subiera. Lo hice de un salto.

—Pregunta por ti. Fiona me ha enviado a buscarte. ¡Tenemos que irnos ya!

—¡Por favor, ayúdenme! ¡Mi hijo está perdiendo mucha sangre! —suplicó una mujer mayor, de unos sesenta años, que me cogió la mano justo cuando Lyon se disponía a marcharse.

Me di la vuelta y vi a un joven tendido en el suelo. Sus piernas sangraban tanto que no pude ver el origen de la herida.

Detuve a Lyon, que vaciló mientras nos miraba impaciente a mí y a la mujer.

—Tenemos que irnos, Prairie. Lo atenderá un médico —aseguró.

Busqué por la enorme sala, pero los médicos estaban todos ocupados. Había más heridos que médicos o enfermeras para atenderlos.

—Tenemos que ayudarla, Lyon. No podemos dejarle aquí.

Él suspiró y apartó las manos del volante. Nos bajamos y ayudamos a subir al joven, que gemía de dolor. En el carrito no cabían más de tres personas. La mujer no podía acompañarnos.

—Señora, venga a la casa del Alfa y busque el Quad. Dígales a los guardias que Prairie ha dicho que la dejen entrar en cuanto llegue. Les avisaré para que sepan que irá.

—Muchas gracias, hija mía, gracias —sollozó con gratitud, pero Lyon ya se alejaba mientras yo sostenía en mis brazos al joven, que parecía casi un niño.

* * *

Nicholas

Deliraba tendido en una cama extraña sin poder moverme, viendo imágenes y movimientos salvajes delante de mí. Quizá estaban en mi cabeza, no sabría decirlo. Parecía que los ojos se me iban a salir de las órbitas y sentía que el cuerpo me ardía, mientras un dolor atroz me devoraba desde el hombro, pasando por la clavícula hasta el pectoral izquierdo, donde me atravesó la flecha.

Los médicos la habían sacado y me estaban cosiendo después de administrarme una inyección que se suponía que haría desaparecer el dolor, pero dolor era todo lo que sentía. Me preguntaba si saldría vivo de esta o si mi reinado como Alfa terminaría casi antes de haber empezado.

Necesitaba verla desesperadamente, aunque fuera por última vez.

—¿Dónde está? ¿Dónde está Prairie? ¿Está herida? —aullé a los médicos desde la mesa donde luchaban por salvarme la vida, pero nadie respondió.

Apenas podía mover la boca, y dudaba incluso de estar pronunciando una frase coherente.

Entonces sentí otro pinchazo de una aguja en el bíceps derecho y me quedé profundamente dormido.

Cuando volví a abrir los ojos estaba en una habitación blanca. Me dolía todo el cuerpo, pero resultaba más soportable y el fuego que había sentido había cesado. Sentí otra presencia en la habitación y suspiré aliviado al percibir su olor.

Estaba viva y se encontraba bien. No había resultado herida durante la batalla. Miré hacia un lado y la vi sentada a mi lado. Su pequeño cuerpo se acurrucaba en el sofá mientras trataba de dormir. El pelo le había caído sobre la cara, así que apenas pude vérsela.

Aún olía a bosque, a lluvia y a su suave aroma a jazmín. Quería sentir su cuerpo a mi lado, como si ella pudiera curar de algún modo lo que fuera que la flecha envenenada había introducido en mi cuerpo.

—¿Prairie?

Se despertó al instante al oír su nombre, se levantó de la silla y se inclinó sobre mí.

—¿Nicholas?

Me acarició la cara y sus ojos se suavizaron con un atisbo de sonrisa, aunque seguían llenos de preocupación. Tenía una mancha de barro en la frente y hierba en el pelo. También estaba pálida, pero nunca había estado tan guapa.

—¡Dios! Eres tan hermosa. Tan perfecta —continué, sintiendo que se me escapaban las palabras, aunque sabía exactamente lo que estaba diciendo.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.

Intenté asentir, pero me dolía la cabeza.

—Sí —pude por fin decir.

—Por un momento nos preocupaste, pensaba... —Se le quebró la voz y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Parpadeó con fuerza sin dejar que cayeran.

—Estoy bien. Ya estoy bien —traté de tranquilizarla, pero aún me costaba hablar.

Odié no poder hacerlo y me sentí inútil por no poder mantenerla a salvo. Diablos, ni siquiera podía protegerme a mí mismo. ¿Cómo iba a proteger a alguien más?

—No trates de hablar. Los médicos dicen que la dificultad para hablar es un efecto secundario del veneno. Deberías descansar y recuperar fuerzas.

Me dio un largo beso en la cabeza antes de echarse hacia atrás.

—Deberías ir a descansar también. —Sacudió la cabeza antes de que yo terminara la frase—. Prairie...

La puerta de la habitación se abrió y entraron Ryland, Fiona y Douglas.

—Está despierto —dijo Prairie volviéndose hacia ellos.

Fiona sonrió ampliamente cuando adelantó a Ryland y Douglas para apoyarse al otro lado de mi cama.

—Gracias a Dios. Nos has tenido muy preocupados, Alfa —dijo con una sonrisa.

Ryland la miró con un ligero ceño fruncido que no sé si me imaginé antes de sonreír también y colocarse junto a Prairie.

—Me alegro de tenerte con nosotros, jefe —dijo.

Intenté reírme, pero el dolor era tan intenso que me estremecí.

—No trates de moverte. Tienes muchos dolores y estás tomando un montón de medicamentos —me regañó Douglas desde los pies de la cama.

Lanzó una mirada severa a Ryland, que levantó ambas manos en señal de sumisión.

Me sentí aliviado de ver a quienes consideraba de mi familia conmigo e ilesos. Tanto Ryland como Fiona se habían cambiado de ropa, lo que Prairie aún no había hecho y de nuevo me preocupé por ella.

—Deberías irte a refrescarte y descansar. Ryland y Fiona pueden quedarse conmigo hasta que vuelvas —no supe de dónde saqué fuerzas para decirlo, pero sabía que ella sólo se iría si estaba segura de que yo ya no estaba a las puertas de la muerte.

Douglas le dirigió una mirada animándola a hacerlo. Ella, aunque por un momento pareció que iba a protestar, se contuvo y se inclinó para darme otro beso en la mejilla antes de levantarse.

—Volveré en cuanto pueda —me aseguró antes de marcharse.

Capté la mirada que le lanzó Fiona cuando salía, pero no estaba del todo seguro de si estaba en mi cabeza o fue real.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —pregunté.

—Algo más de veintiséis horas —se apresuró a responder Douglas—. Ella se ha negado a separarse de ti desde que saliste de quirófano —añadió.

—No se ha separado de tu lado desde que volvió del bosque —alabó Ryland—. Es terca, eso es seguro. Amenazó con cortarle la mano a todo el que intentó convencerla de que se fuera a cambiar.

Intenté no reírme, pero me costó y otra oleada de dolor me atravesó la cabeza.

—Cálmate —me regañó Fiona antes de fulminar a Ryland con la mirada—. Y tú, deja de hacerle reír.

Él se encogió de hombros con una sonrisa burlona.

—¿Cuántas bajas hemos tenido? —pregunté.

—Ocho muertos, más de veinticuatro heridos graves y el doble de hombres con heridas leves. Según el informante de Marcel, causamos muchas más entre los hombres de Phoenix y Malcolm. Ellos han quedado más debilitados que nosotros —explicó Ryland.

Ni siquiera pensar que logramos causarles algún daño me levantó el ánimo. Los hombres que habían muerto tenían familias que los echarían de menos y sus vidas se habían desperdiciado en una guerra producto de la codicia y la venganza.

—No te preocupes por la manada, Nicholas. Ryland y yo lo tenemos todo cubierto —aseguró Douglas.

—¿Y los Ancianos?

—Han preguntado por ti, pero los mantendré alejados hasta que te recuperes. Concéntrate en descansar —añadió Douglas.

Sabía que sólo intentaban tranquilizarme, pero no fui capaz. La manada se encontraba en un momento más difícil que nunca y yo ni siquiera podía ir al a mear solo. No me quedaría tranquilo hasta que fuera otra vez capaz de defender a las personas que más me importaban.

CAPÍTULO 23



PRAIRIE

El alivio que sentí cuando Nicholas despertó de la operación desapareció unas horas más tarde, cuando sufrió una recaída y un ataque en mitad de la noche. Las convulsiones duraron sólo cincuenta y dos segundos, pero fueron suficientes para que Nicholas cayera de nuevo en un coma más prolongado que el primero.

Llevaba dos días sin despertar, pero los médicos aseguraron que estaba bien, que su cerebro estaba esperando a que su cuerpo se curara y sólo era cuestión de tiempo que despertara.

En esos dos días, sólo me fui de su lado para lavarme y cambiarme, para no apestar el lugar. Aparte de eso, no me moví del sofá, lo que se había convertido en mi sitio permanente.

Ryland y Douglas vinieron un par de veces, pero no les reproché su ausencia. Estaban haciendo todo lo posible para que los Ancianos no iniciaran una revuelta en ausencia de Nicholas.

Varios de los malhechores que apoyaban a Phoenix hicieron correr el rumor de que Nicholas estaba muerto y algunos lo creyeron, incluidos los Ancianos. Sólo Magnimus, el padre de Faye, pudo visitarlo y fue él quien les informó de que Nicholas seguía vivo.

Mi antigua mejor amiga sólo vino una vez desde que empezó la guerra, y yo estaba demasiado concentrada cuidando de Nicholas como para darme cuenta de que no había recibido ningún apoyo por su parte. Por otro lado, Fiona me trataba como a la peste por la forma en que me evitaba. En las raras ocasiones en que estábamos en la misma habitación, actuaba como si yo fuera invisible.

Al tercer día, Nicolás seguía sin despertar y mis esperanza en que lo hiciera comenzó a flaquear. Eso fue lo que más me asustó.

Cuando la enfermera me relevó para que pudiera ducharme, me dirigí a su habitación como una zombi. La había estado usando como mi santuario personal. Una vez allí, me concedí cinco minutos de acurrucarme entre su ropa y llorar a moco tendido. La única vez que me permití ser débil.

Sabía que tenía que ser fuerte por él, pero me resultaba difícil cuando empezaba a derrumbarme por dentro. Cuando la esperanza que me había mantenido en pie empezaba a desmoronarse cada día que pasaba.

Aquella mañana mis lágrimas duraron más de cinco minutos. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado en la habitación de Nicholas cuando enviaron a Ryland a ver cómo estaba. Le

aseguré que estaba bien. Cuando miré mi reflejo en el espejo vi que en aquellos tres días había adelgazado, tenía el rostro demacrado y mis ojos se habían hundido profundamente en sus cuencas con una combinación de iris rojos y ojeras oscuras.

Hacía días que no me cepillaba el pelo y lo tenía despeinado.

La idea de no volver a ver su sonrisa me dejó el corazón frío como el hielo. No quería imaginarlo, pero no podía dejar de pensar en ello. Tenía diferentes tonos de sonrisas, como me gustaba llamarlas.

Una en la que me miraba fijamente cuando creía que no le veía, otra en la que me miraba con tanto afecto en sus ojos que yo sentía un cosquilleo cálido en todo el cuerpo. Una tercera con la que me reñía y yo me comportaba como una niña testaruda y él sonreía mientras esperaba a que me diera cuenta de que era yo la que estaba equivocada.

Y luego la mejor, cuando se reía a carcajadas porque algo le había hecho gracia y la sombra de esa sonrisa perduraba incluso después de haber dejado de reír. Era perfecto y sólo en aquel momento en que no estaba junto a mí me di cuenta de que lo había dado por sentado.

Nunca le dije lo que realmente sentía. Y quizá ya nunca podría hacerlo.

Las lágrimas comenzaron a brotar de nuevo y se deslizaron por mis mejillas hasta caer sobre la mesa. Lloraba desconsolada y cuando me dejé caer de rodillas en el suelo, los sollozos sacudían mi cuerpo de forma incontrolable.

Él fue la única persona que me trató de forma diferente, como si yo importara sólo por ser yo misma.

El quinto día estaba durmiendo en el sofá cuando algo me tocó la rodilla y me despertó de un suave empujón. Esperaba que fuera la enfermera que venía a hacer su turno, pero las manos que me rodeaban los tobillos eran masculinas. Unas manos familiares, cálidas y fuertes, que pertenecían a Nicholas, que en ese momento estaba sentado y me sonreía como si no hubiera estado en coma durante cinco días.

Al principio pensé que estaba soñando, como los miles de sueños que había tenido con él despertándome y llevándome a su dormitorio. Pero no era un sueño, estaba despierto y me estaba tocando de verdad.

—¡Nicholas! —murmuré con voz ahogada mientras me levantaba despacio del sofá.

Cuando sus manos me soltaron, me puse en pie de un salto, me acerqué a él y le rodeé la cara con las manos, para cerciorarme de que era real.

—¡Eres real! —susurré de nuevo, mientras las lágrimas volvían a caer por mi rostro.

Si antes habían sido imparables ahora eran incontenibles.

—Creo que sí —sonrió.

—¡Oh, Dios mío! ¡Eres real! —grité, y lo abrazó todo lo fuerte que mi cuerpo me permitió.

Me sentí aliviada cuando no se estremeció ni se apartó. En lugar de eso, me rodeó la cintura con más fuerza y me atrajo hacia sí. Inhalé su aroma e intenté fundir mi cálido cuerpo con el suyo.

para demostrarle lo asustada que había estado. Y lo feliz que me sentía de que por fin estuviera aquí cuando yo había estado a punto de perder la esperanza.

—Pensé que... —comencé, pero no fui capaz de decirlo—. Pensé que tú...

Las palabras se me atascaron en la garganta y fui incapaz de hablar, como si se hubiera roto un dique dentro de mí y me derrumbara de nuevo.

Me estrechó entre sus brazos mientras lloraba, lo más fuerte que había llorado hasta entonces, tanto que empezó a dolerme la cabeza. Mis lágrimas empaparon su camisión del hospital, pero él siguió abrazándome.

—Lo siento.

Después de llorar durante Dios sabe cuánto tiempo, me aparté un poco de él.

—Debería estar contenta, en lugar de llorar —murmuré intentando sonreír, pero eran emociones muy fuertes y me resultaba difícil contenerlas.

Había soñado con este momento cada segundo de los últimos cinco días, pero ahora que se había hecho realidad parecía que a mi cerebro le costaba aceptarlo.

—No, cariño. No te disculpes. No pasa nada —repuso en tono tranquilizador, sin arrastrar las palabras.

Eran precisas y normales. De hecho, él parecía totalmente normal, como si no hubiera estado catatónico los últimos días.

Los médicos habían acertado y parecía haberse curado por completo, aparte del vendaje que le cubría el lugar donde le había atravesado la flecha.

Justo entonces apareció la enfermera y se paró en seco cuando Nicholas y yo nos giramos para mirarla. Su sorpresa se convirtió en alegría y soltó un chillido de excitación.

—¡Está despierto! —gritó y corrió hacia el pasillo— ¡Está despierto!

En menos de dos minutos la habitación estaba repleta de amigos y simpatizantes que entraban a felicitarlo. La casa llevaba días llena de gente que no paraba de entrar y salir. Unos rezaban por él, otros traían comida y otros simplemente venían a mostrarle su apoyo.

La manada se volcó en demostrarle todo su amor y apoyo, a pesar de sus pérdidas, y estaba claro que todos querían a su Alfa, a pesar de la constante preocupación de Nicholas por no estar haciendo lo suficiente.

Ryland y Douglas estaban en la Cúpula con los Ancianos, pero cuando les informaron de que estaba despierto, volvieron a casa para verle. Fiona había ido a las Fronteras Exteriores a buscar a Lucas y no volvería hasta dentro de unos días.

Horas más tarde, cuando por fin se puso el sol, nos quedamos solos. Estaba sentado en la cama de su habitación y yo me había quedado de pie en la puerta y le observaba. El pelo largo suelto le cubría la cara, tenía el torso desnudo, ya que no llevaba la bata del hospital y sólo vestía unos pantalones cortos.

—Probablemente debería dejarte descansar —musité, aunque era lo último que quería hacer.

Levantó la vista y sus ojos grises parecieron vidriosos bajo la luz.

—Ven aquí —murmuró con una voz profunda que me hizo temblar.

Fue todo lo que necesité, me acerqué a él y me senté entre sus piernas.

—Pareces cansada —dijo y mi risa sonó burlona.

—No lo estoy, sólo me alegro de que estés despierto. No tienes ni idea de la montaña rusa de emociones que he experimentado. Pensé que no ibas a sobrevivir. —Me sentí incapaz de mirarle a los ojos mientras lo decía y me levantó la mandíbula con un dedo para que le mirara a los ojos.

—Siento haberte hecho pasar por todo eso —dijo y yo sonreí.

—No vuelvas a hacerlo —le regañé, todavía sonriendo,

—Te lo juro.

Nos desnudamos despacio, la ropa en el suelo y entramos juntos en el cuarto de baño. Aunque era él quien acababa de despertar del coma, me metió en la bañera. El agua corriente tenía la temperatura perfecta y dejé que me cuidara.

Cerré los ojos mientras me frotaba la espalda y los hombros, se movía con ternura entre mis pechos, mi estómago y luego más abajo.

No había nada sexual en sus movimientos, simplemente me estaba cuidando, y me enamoré aún más de él. Cerré los ojos y me permití un momento para disfrutarlo. Anoche pensé que no sobreviviría y que nunca podría decirle que le quería, pero hoy estaba aquí y me trataba con absoluta ternura.

Era casi medianoche cuando nos retiramos a su cama y nos acurrucamos el uno contra el otro. Me había dado suaves besos en la cara y el cuello, pero los dos estábamos demasiado débiles para hacer otra cosa.

—Estos últimos días me he arrepentido de una cosa —comencé.

—Te quiero —me interrumpió, como si me hubiera leído el pensamiento y me oí jadear—. Podía sentirte allí, Prairie. Incluso cuando no estaba despierto, te sentía conmigo, sabía que no me habías abandonado. Tu presencia era como una luz que me guiaba de vuelta a la conciencia y la sentía tan fuerte como tu amor por mí.

Mis ojos volvieron a humedecerse y él me limpió una lágrima errante de la cara.

—Yo también te quiero. Te quiero tanto que me da miedo. Sentí que no podía respirar hasta que despertaste.

Me acercó a él y me besó con fuerza, apoyando mi cabeza en su pecho. Dejé que el latido constante de su corazón me adormeciera en la primera noche completa de sueño desde la batalla.

CAPÍTULO 24



NICHOLAS

Al día siguiente de recuperarme por completo del veneno, me desperté en una cama vacía. Al ver que Prairie no estaba a mi lado gruñí de insatisfacción. Su olor seguía impregnado en mis almohadas. Seguramente no se había levantado hacía mucho, pero tener su olor era diferente de tenerla a mi lado.

Me levanté, me aseo y miré mi reflejo en el espejo. Me habían quitado las vendas, y sólo una gasa me cubría la herida, ahora seca, y que apenas me escocía a pesar del color azul pálido de la carne magullada. Tenía los ojos hundidos, como Prairie la noche anterior, pero me sentía más fresco de lo que me había sentido en mucho tiempo, y más aún después de hablar anoche con Prairie.

Después de decirle que la quería. Había estado demasiado débil para hacer otra cosa que abrazarla, pero esta mañana la deseaba. Quería adorar su cuerpo de pies a cabeza. Demostrarle tanto con mi cuerpo como con mis palabras lo mucho que significaba para mí, y bajé a buscarla.

Cuando llegué al pie de la escalera, se oían risas en la cocina. Cuando entré, ella estaba de pie detrás de los fuegos riéndose de algo que decía Ryland. Douglas, Lucas y Fiona también estaban allí, y aparte de Fiona, que tenía una expresión amarga, el resto reía.

—¡Tío Nicholas! —exclamó Lucas y saltó de su asiento para lanzarse sobre mí.

—Hola, colega —dije con una mueca de dolor, pero lo estreché contra mí. Sonreí al ver su cabeza rizada apoyada en mi cintura.

—Te he echado de menos. La tía Fiona me dijo que estabas enfermo y que llevabas cinco días durmiendo —dijo la última parte como si fuera la cosa más guay que había oído nunca, lo que me hizo reír.

—¿Puedo dormir yo también cinco días? —preguntó, pero él mismo se contestó antes de que yo pudiera hacerlo—. No. Entonces no podría jugar a videojuegos ni con mis amigos en el colegio.

Añadió la última parte con los dedos bajo la barbilla, como si estuviera reflexionando.

—Me lo pensaré —anunció por fin, tras sopesar los pros y los contras.

—Hazlo colega, y dime cuál es el veredicto —bromeé.

Levanté la vista y me encontré con Prairie observándome con atención, sus ojos clavados en el hombro donde mi herida estaba cubierta por la camisa.

—Antes de que preguntes, estoy bien. No, no siento ningún dolor, y sí, llamaré al médico en cuanto me duela la cabeza.

Sentía un ligero dolor de cabeza mientras trataba de tranquilizarlos, al ver preocupación escrita en todas sus caras, pero decírselo no sería bueno.

—Se nota que te duele la cabeza —repuso Prairie mientras se acercaba a mí sonriendo.

Me cogió la cara y me besó suavemente en los labios. Si hubiéramos estado solos la habría llevado directamente a la cama.

—¿Cómo puedes saberlo? —preguntó Lucas confundido.

—Su corazón late un poco más rápido cuando miente —respondió Ryland con una sonrisa de satisfacción en la cara mientras nos miraba a Prairie y a mí.

Prairie volvió a los fuegos.

—Coge un plato. Te prepararé el desayuno.

Me senté junto a Fiona y le sonreí, pero ella se puso rígida y volvió a su plato.

—¿Estás bien? —le pregunté, y ella asintió con la cabeza, aunque estaba claro que no era así.

Percibí cierta animosidad entre ella y Prairie, pero Prairie actuaba con normalidad. La animosidad venía enteramente de Fiona.

Dos horas más tarde deseé haber llamado al médico y haberme quedado en casa. El dolor de cabeza se había vuelto casi insoportable y los gritos de los Ancianos no me ayudaban.

Estábamos en la sala de conferencias de la Cúpula, mi primera reunión con ellos desde después de la batalla. Douglas insistió en que me enfrentara a ellos a pesar de que Ryland y Prairie trataron de convencerle de lo contrario diciendo en que necesitaba quedarme en casa y descansar.

Sabía que los Ancianos se estaban poniendo nerviosos, y lo peor para una manada era que su Alfa pareciera débil. Necesitaba demostrar a mi gente que era fuerte y que podía liderarlos. Por eso acepté ir a la Cúpula, aunque sabía que aún no estaba completamente curado.

Marcel estaba allí y nos contó que había problemas entre Phoenix y Malcolm. La última batalla había costado más hombres de lo que habían previsto y Malcolm tenía dudas, pero Phoenix supo convencerle. Le prometió que Prairie se casaría con él cuando ganaran la guerra.

Un pensamiento que encontré divertido ya que planeaba matar a Malcolm.

—Tenemos que atacarles ahora, en su momento más débil. ¡Es la única forma de acabar con esto de una vez por todas! —espetó uno de los ancianos y algunos estuvieron de acuerdo con él.

Rosalind era la que más le apoyaba. Había perdido a un nieto durante la lucha y estaba sedienta de sangre, deseosa de venganza.

—No creo que atacar ahora sea la mejor estrategia —comencé y la sala se quedó en silencio—. Uno, parecían conocer nuestros planes de ataque y estaban preparados en todos los frentes. Nuestra única ventaja y lo único que les hizo retroceder fue que los superábamos en número.

—Entonces, ¿qué propones? —preguntó Douglas, desconcertado.

—Digo que si los subestimamos y atacamos ahora podríamos caer en una trampa. Creo que tenemos un topo entre nosotros, que ha estado dando información a la Bayou durante semanas.

Se oyó un grito ahogado, unido a fuertes murmullos de discusión y protesta. La voz de Rosalind, la más alta, amenazó con despellejar vivo a quienquiera que fuese el espía que culpaba a la persona de la muerte de su nieto.

—Lamento tu pérdida, Rosalind —dije con calma y se hizo de nuevo el silencio—. Pero actuar movidos por la rabia sanguinaria con el único objetivo de vengarnos no es el camino de los Chandra. Nunca lo será.

Ella se reclinó en su asiento, aunque seguía echando humo.

—Marcel, necesito que interroguen y verifiquen hasta el último de tus hombres.

Iba a protestar, pero le pedí calma con la mirada.

—No estoy acusando a nadie. Se hará lo mismo con mi gente, incluidos todos los de esta sala.

Se hubiera podido oír caer un alfiler con el silencio que siguió a mis palabras mientras los miraba uno a uno. Algunos se inquietaron, otros se mantuvieron firmes. Magnus parecía que iba a matar al topo con sus propias manos. No confiaba en ninguno de ellos.

No se lo había dicho a nadie, ni siquiera a Prairie, pero quien me había lanzado aquella flecha sabía exactamente quién era yo y en qué posición me encontraría. La flecha estaba impregnada de *Ditka*, un veneno letal.

Unos años atrás, durante mi estancia en las Fronteras Exteriores, vi los efectos del veneno en otro hombre. Murió al segundo día porque entonces no disponíamos de la sofisticada medicina con la que me trataron a mí durante cinco días.

El veneno sólo podía obtenerse de un chamán, era mortal y muy escaso, por lo que no se solía utilizar. No era una flecha al azar. Estaba destinada a mí.

—Douglas, organiza la investigación e infórmame antes del final del día. Eso es todo.

Todos se marcharon excepto Douglas, que permaneció sentado. Ryland y Fiona volvieron a entrar cuando los Ancianos se hubieron ido.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Douglas.

Percibí en su voz que se sentía traicionado, pero no lo había hecho porque necesitaba comprobar la reacción de todos. Se lo expliqué y pareció aún más dolido.

—¿No confías en mí? —se escandalizó—. ¿Alguna vez he hecho algo para no merecer tu confianza?

—Confío en ti, Douglas. Esto no tiene nada que ver con la confianza —respondí, aunque me sentía culpable.

Se podía palpar la tensión, mientras Ryland y Fiona nos miraban confundidos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ryland.

—Al parecer, hay un espía entre nosotros. Nicholas lo descubrió el día de la batalla. Quiere que se investigue a los Ancianos.

Permanecí en silencio mientras Douglas explicaba lo que había ocurrido en la reunión y ellos no dijeron nada cuando terminó. Sentí la mirada de Fiona clavada en mí.

—Creo que sé quién es el topo —dijo y todos nos volvimos hacia ella. Se tensó y evitó mirarme a los ojos.

—Si sabes quién es, dínoslo, Fiona. Esto es muy serio.

—¡No creas que no lo sé! —gritó.

Algo no iba bien. Caí entonces en que había estado rara desde la batalla y en las miradas que le lanzaba a Prairie. En que de repente parecía odiarla de nuevo cuando hacía unas semanas daba la impresión de que habían empezado a llevarse mejor.

—Fiona, ¿quién crees que es el espía? —pregunté.

Dudó, pero la miré con insistencia hasta que cedió.

—Creo que es Prairie.

CAPÍTULO 25



PRAIRIE

El estudio de mi padre siempre fue como un templo para Phoenix y para mí. Antes de que nuestro padre empezara a enfrentarnos entre nosotros, nos colábamos en él para ojear los libros sobre Hombres lobo y ver cómo podíamos ser más fuertes que nuestros compañeros.

Pero la mayoría de los libros que él elegía trataban de tácticas de guerra y de cómo derrotar a nuestros enemigos. A Phoenix le parecían interesantes y se aficionó a ellos, mientras que yo los odiaba. Ya había empezado a notar que Phoenix y yo éramos diferentes incluso a esa temprana edad.

Tenía una sed de sangre que nunca entendí. Y cuando le pregunté por nuestra madre, nunca pareció importarle tanto como a mí.

Cuando atravesé el vestíbulo y entré en el estudio, todo parecía distinto. Nicholas lo había cambiado y ya no había ni rastro de Alexander Lonsdale. Ni siquiera el horrible cuadro de la pared que siempre me había asustado.

En su lugar, había un paisaje colgado donde solía estar el otro. Me recordaba tiempos más sencillos, de jugar en campos y prados, tirar piedras en arroyos poco profundos y soñar despierta con una madre que nunca conocí. Una punzada melancólica de la soledad de mi infancia me atravesó y me obligué a apartar la vista del cuadro.

Me acerqué a la ventana para contemplar la puesta de sol y me pregunté por qué tardaba tanto Nicholas. Estaba demasiado débil para asistir a la reunión de Ancianos, pero había visto la determinación en sus ojos y lo conocía lo suficiente como para saber que no podía detenerlo cuando tenía esa mirada. Douglas tampoco ayudó al sacar el tema del levantamiento en la Cúpula de los Ancianos.

Odiaba no poder ir con él porque aún no confiaban en mí cuando se trataba de asuntos de la manada, como sí habían hecho Fiona y Ryland, quien me aseguró que cuidaría de él y me llamaría si algo iba mal. Fiona, en cambio, parecía odiarme de nuevo y yo no tenía ni idea de por qué.

Antes de la batalla, nuestra relación era más cordial. No es que fuéramos las mejores amigas, pero podíamos trabajar juntas. Incluso se reía de algunos de mis chistes y jugamos al ajedrez, aunque ella se enfadó porque yo gané. Me convencí a mí misma de no preguntarle qué le ocurría. Si tenía algún problema conmigo, que me lo dijera a la cara. Sabía a ciencia cierta que no había hecho nada para justificar su actitud hacia mí.

Me sobresalté cuando sonó un golpe en la puerta. Me giré justo cuando se abría y me sorprendió ver entrar a Faye.

—¡Hola, forastera! —sonrió.

La imité. Resultaba agradable ver una cara amiga y me alegró verla bien, sobre todo después del susto de hacía unas semanas. Llevaba unos vaqueros ajustados y una chaqueta negra sobre un top rosa. Tenía el pelo negro azabache recogido en una coleta desordenada y estaba tan guapa como siempre.

Nos dimos un largo abrazo y suspiré, aliviada.

—Chica, me alegro de verte —dijo mientras nos abrazábamos. Me reí entre dientes.

—Llevo días aquí. Debería estar enfadada contigo —repuse sin acritud.

Sabía que las cosas habían cambiado y que resultaba difícil confiar en alguien, incluso en una amiga. Magnimus seguramente le había impedido salir de casa.

—Lo siento, ya sabes cómo es papá, no me deja salir de casa. Desde que se supo que Rhodes murió, todos los adultos parecen tener a sus hijos bajo llave.

Rhodes Devereaux era el nieto de Rosalind Devereaux, la única mujer del comité de Ancianos y una firme partidaria de Nicholas. Lo sabía porque él solía contarme todo sobre sus reuniones y cómo Rosalind nunca dejaba de apoyarle.

No conocía personalmente a Rhodes, pero lo vi un par de veces, la última en mi boda y se mostró cordial conmigo.

Al parecer, estaba en el grupo de Nicholas cuando lo mataron durante la batalla. Sentí que se me partía el corazón por Rosalind.

—Pobre Rosalind.

—Ya se le pasará. Tiene como cien nietos más —repuso Faye.

No era la primera vez que se mostraba indiferente, ya lo hizo antes, cuando me pidió que me fuera con ella. Sabía que aún no apreciaba a Nicholas, pero quería darle tiempo para que superara sus prejuicios y entrara en razón.

—Aún así, no es fácil perder a uno. Sigue siendo su familia —repliqué mientras me dirigía hacia una de las estanterías que había a un lado del escritorio.

Sentí la mirada de Faye siguiéndome, pero la ignoré para sacar un viejo álbum de fotos y empecé a hojearlas. La mayoría eran fotos de Alexander y Phoenix, unas pocas más y ni una sola de mi madre.

Mi padre había destruido todo rastro de ella cuando yo era pequeña y sólo pude ver una foto suya en Internet. Solía pensar que su muerte lo había devastado tanto que no quería ver su rostro, pero ahora que sabía que las circunstancias de su muerte eran diferentes, estaba segura de que no era esa la razón.

—Phoenix era un chico tan guapo. Estaba enamoradísima de él —suspiró Faye mirando una foto

de mi hermano.

En ella aparecían él y mi padre de uniforme en la iniciación de los Hombres lobo, cuando Phoenix aún era un adolescente.

Miré a Faye y tenía una mirada soñadora. Sabía que estaba enamorada de él, pero entonces todo el mundo lo estaba. No sólo era el hijo del Alfa, sino que también era muy guapo, con sus mechones dorados y sus ojos azul marino.

—Sabes que Phoenix es el causante de esta guerra, ¿verdad? —pregunté en tono seco y áspero.

—Bueno, ¿quién puede culparle? Asesinaron a su padre y le quitaron su derecho a ser Alfa.

—Nicholas no le quitó su derecho y lo sabes. Phoenix tuvo la opción de quedarse a luchar por el puesto, pero eligió huir. ¿Qué preferirías? ¿Un Alfa valiente o un desertor? —Estaba defendiendo a Nicholas con una vehemencia que me sorprendió, pero no me avergonzaba de ello por la expresión que vi en mi hermano aquel día en el bosque.

Intuí sus motivos hacia la manada. No eran nobles o por un bien mayor, como los de Nicholas. Quería ser Alfa sólo por razones egoístas.

—Sigue siendo tu hermano, Prairie. Y lo creas o no, tiene mucho apoyo de la Bayou. Va a derrotar a ese marido tuyo y si eres lista, te aconsejo que te unas a él. Podríamos huir y unirnos a él juntas.

Me aparté de ella dejando caer el álbum en la mesa mientras la miraba como si nunca la hubiera visto de verdad.

—Faye, eso nunca va a pasar. Sé que solíamos hablar de huir, pero ahora todo ha cambiado. Nicholas lucha por una causa noble, y creo en él y en la visión que tiene para la manada. No iré a ninguna parte, así que olvídale.

Nos quedamos mirándonos con fijeza. Por un momento pareció que iba a decir algo más, pero pareció pensárselo mejor y levantó ambas manos en señal de rendición.

—Tienes razón. Te pido disculpas. No debería haber dicho eso. Pensé que era lo que querías.

—Solía serlo, pero ya no lo es —repuse. Di un paso adelante y le cogí la mano—. Sé que hemos tenido nuestras diferencias, pero eres una de mis amigas más antiguas Faye. Por favor, únete a mí esto, ¿quieres? Realmente me gusta Nicholas, me he enamorado de él. Quiero que te sientas feliz por mí.

Asintió y sonrió entrelazando sus manos con las mías.

—Me alegro por vosotros, nenes. Lo siento si no lo parecía.

Después dijo que tenía que volver a casa. Era tarde y la dejé marchar.

Estaba oscuro y Nicholas aún no había vuelto. Tampoco Ryland ni Fiona. Llamé a Lucas para que bajara a cenar y cenamos mientras yo, preocupada, intentaba localizar a Nicholas por teléfono.

O no veía mis llamadas o se había quedado sin batería, pero era muy raro que Ryland y Douglas

tampoco contestaran. Resistí el impulso de llamar a Fiona, pero cuando nadie me respondió, decidí hacerlo.

Lo único que recibí fue un mensaje diciéndome que estaban de camino y que volverían pronto. No supe qué pensar, pero no hizo nada para calmar mis temores, aparte de hacerme saber que seguían vivos.

—¿Está todo bien con el tío Nicholas?

La voz de Lucas me devolvió a la realidad y, cuando le miré, vi que también parecía preocupado. Había olvidado que él también se había visto involucrado en la guerra. No había pasado mucho tiempo desde que lo secuestraron y probablemente el recuerdo aún estaba fresco en su memoria.

—Sí, todo está bien, hombrecito. Tu tío se está retrasando, pero llegará en cualquier momento.

Eso pareció calmarlo y volvió a comer y a hablar de sus amigos, y todo estaba bien en su mundo. Pero incluso después de que Lucas se fuera a la cama y la mayoría de los hombres de la casa se retiraran a dormir, Nicholas seguía sin aparecer. Yo ya no estaba preocupada. Estaba cabreada.

Una cosa era que se quedara sin batería o la excusa que Fiona le hubiera dado para no poder contestar, y otra que me dejara colgada. Lo menos que podía hacer era llamarme y decirme que estaba bien.

Perdí la cuenta de cuántas veces lo maldije cuando por fin oí el sonido de las puertas abriéndose y su coche entrando despacio. Yo estaba arriba, en mi dormitorio, y vi por la ventana cómo salía del vehículo, entregaba las llaves a uno de los hombres y le decía algo antes de mirar hacia mi ventana. Mis luces seguían encendidas y no me cupo duda de que me había visto mirándole, aunque estaba demasiado oscuro para verle la cara.

Esperé a que subiera. Estaba demasiado enfadada para bajar una vez confirmado que estaba bien físicamente. Era mezquino, pero nunca pretendí ser madura.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo en la cocina, en la que se pasó más de quince minutos mientras yo esperaba. Finalmente, oí el sonido de sus pasos subiendo las escaleras. Venía hacia mi habitación. Contuve la respiración. Pasó por delante de mi puerta hacia la de Lucas. Dos minutos después pasó por delante de la mía y entró en la suya.

No cabía duda de que sabía que estaba despierta, pero era evidente que no le importaba haberme tenido preocupada todo el día.

—Oh, no, no lo ha hecho —murmuré para mis adentros y fui directa a su dormitorio.

CAPÍTULO 26



NICHOLAS

—¿Qué quieres decir con eso de que crees que es Prairie? —preguntó Ryland. Yo me había quedado demasiado aturdido para decir nada.

Miró a Fiona con impaciencia, pero ella parecía estar debatiéndose consigo misma. Por fin lo miró.

—La vi con su hermano durante la batalla. Estaban hablando. No pude oírlos, pero no parecían estar en bandos opuestos.

Por fin recuperé la voz y apenas la reconocí cuando hablé.

—¿Estás segura de que era él?

Odié lo mucho que me estremeció lo que dijo, pero no pude evitarlo.

—Luché en la guerra del levantamiento rebelde de los Chandra, Nicholas. Sé cómo es el pelaje de Phoenix Lonsdale. Además, fue despiadado. Eso no lo olvidaré jamás.

A veces perdía la noción de cuánto tiempo llevaba Fiona luchando por los rebeldes. Se unió a nosotros desde el principio, junto con Felicity.

—¿No los oíste? —preguntó Douglas.

—Estaban muy lejos, pero Phoenix podría habernos bloqueado si hubiera querido. Son hermanos que pueden bloquear a los extraños.

—Ella no lo haría. No nos traicionaría —murmuré, pero sonó como si estuviera tratando de convencerme a mí mismo. Odié la expresión de lástima en la cara de Ryland.

Incluso recordando aquel momento, me invadió tanta rabia que tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no correr a casa a preguntarle si era verdad. Para mirarla fijamente a los ojos, preguntarla y averiguar la verdad. En lugar de ello guardé silencio y escuché mientras Fiona nos contaba lo que vio.

El resto del día se me hizo muy largo y me lo había pasado más que cabreado y cansado. Tras la reunión con los Ancianos y la revelación de Fiona, con la que aún luchaba, fuimos a las facciones vecinas para reunirnos con algunos aliados, entre ellos Marcel.

Aún me dolía el hombro, pero era una pequeña punzada, nada comparado con el dolor que sentía

en el pecho al pensar que Prairie podría haberme estado mintiendo. No podía creer que la hubiera juzgado tan mal.

Incluso a Fiona, que odiaba a Prairie, le costó decirle algo. No era de extrañar que se hubiera guardado la noticia durante tanto tiempo. Se me ocurrió la teoría del topo mientras estuve enfermo, al soñar con la batalla una y otra vez. Tras ello, llegué a la única conclusión posible: tenía que haber un espía.

Ni en mis peores sueños había imaginado que podría ser ella. Eso era lo mucho que había llegado a confiar en ella.

¿Prairie era el topo? ¿Todo había sido mentira? ¿Era realmente tan buena actriz o Fiona estaba equivocada? Odiaba a Prairie y tenía motivos para ello, pero en las últimas dos semanas había habido cierta reconciliación entre ellas. No había razón para que Fiona mintiera. Sabía a ciencia cierta que no lo hacía. Los latidos de su corazón se habían mantenido regulares. Además, siempre me daba cuenta cuando mentía.

Después de pasarme el día evitando la confrontación con ella, por fin llegué a casa. No me sorprendió que estuviera despierta. Estuvo intentado localizarme durante todo el día, pero ignoré sus llamadas. Vi la luz en su habitación y su sombra tras las cortinas.

Los hombres me dijeron que había recibido una visita de la hija de Magnus y me pregunté si trabajaban juntas. Tal vez esa era la forma en la que hacían llegar la información a Phoenix.

No sabía qué más pensar. Me sentía como si me estuviera agarrando a un clavo ardiendo, pero la única otra opción era dudar de Fiona, cosa que me apetecía mucho hacer. La conocía de toda la vida, y sólo hacía unos meses que conocía a Prairie, pero parecía más tiempo. Era como si la conociera de toda la vida.

Sólo estuve en mi habitación unos segundos antes de que la puerta se abriera de golpe y entrara una Prairie con cara de enfado. Llevaba puesto uno de sus tenues camisones, lo bastante transparente como para que se viera todo lo que había debajo.

La distracción fue inevitable y la excitación instantánea. Observé su rostro ligeramente sonrosado a la luz. Sus rizos salvajes caían en cascada sobre su espalda y sus hombros. Sentí el fuerte impulso de envolverla en mis manos y besarla...

Era tan hermosa que me dejó sin aliento. Verla furiosa me estaba haciendo sentir tantas cosas que por un momento olvidé por qué no había ido directamente a verla en cuanto llegué a casa.

—¿Dónde demonios has estado? ¡Llevo todo el día esperándote! Estaba enferma de preocupación. Te he llamado mil veces. ¿No podías haberme enviado un simple mensaje? ¡Y luego llegas a casa y huyes a tu habitación como un rata! ¡Di algo! —bramó, furiosa.

Hizo una pausa, pero yo permanecí en silencio.

—¿Qué quieres? —Me sorprendió la fría distancia en mi tono. Ella también pareció desinflarse.

—¿Qué ocurre? —Se echó hacia atrás como si la hubiera abofeteado.

Di un paso adelante

—¿Qué quieres, Prairie? ¿Quieres volver con tu hermano? ¿Quieres irte de aquí? ¿Me odias? —
Odié cómo cambió mi tono al formular la última pregunta, pero no vacilé.

—¿Qué...? ¿A qué viene esto? ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

Por su reacción, no supe qué pensar. Su corazón se había acelerado, pero no supe si porque mentía o porque tenía miedo, o si estaba tan excitada como yo cuando irrumpió en la habitación. Su corazón siempre se aceleraba cuando estábamos juntos. ¿También mentía en eso?

Estaba hecho un lío y nunca me había sentido tan inseguro de nada en mi vida.

—¡Contéstame primero, Prairie! ¿Qué demonios quieres? —pregunté en un tono más duro aún.

—Me gustaría que me explicaras qué demonios está pasando. Has estado fuera todo el día y ahora actúas de forma extraña. ¿Qué ha pasado?

Me reí entre dientes porque si alguien estaba actuando de forma extraña era ella. La que me había cambiado tanto que dudaba de mí mismo. Nunca me había pasado algo así. Nunca dudé de mi capacidad para juzgar a las personas por sus actos, pero el amor me había vuelto ciego.

—Dime, Prairie, ¿qué le dijiste a tu hermano durante la batalla? Me sorprende que tuvieras tiempo de hablar con él, ya que estaban matando a mi gente mientras maquinabais juntos.

—¿Perdona? —preguntó como si yo acabara de golpearla. Su reacción fue genuina, pero yo estaba demasiado enfadado para darme cuenta.

—¡No me mientas, Prairie! Fiona te vio. La secta Bayou parecía conocer nuestras posiciones. Sabían exactamente quién era yo y la flecha que me alcanzó era la única que contenía *Ditka*. Comprobaron todas las demás flechas en el laboratorio y todas salieron limpias.

—¿*Ditka*?

Me miró preocupada un instante y luego su mirada cambió, como si se diera cuenta de que la estaba acusando. Se adelantó un paso.

—¿Crees que yo soy el topo? —preguntó como si fuera lo más ridículo que hubiera oído nunca —. Por supuesto, Fiona es la que te ha hecho pensar eso.

—No culpes a Fiona. Yo ya sabía lo de la *Ditka* y que teníamos un topo entre nosotros antes de que ella me contara que hablaste con tu hermano. ¿Acaso no es verdad?

Me miró durante unos tensos segundos. Después sus hombros se hundieron y asintió.

—Sí, hablé con él —reconoció, y se me partió el corazón.

Me había aferrado a la esperanza de que Fiona estuviera mintiendo, pero no era así y yo había estado demasiado ciego para darme cuenta.

—Pero no es lo que piensas, Nicholas —añadió en tono desesperado y suplicante. Parecía sentirse culpable y de repente sentí que no podía confiar en nada de lo que decía—. Fue Phoenix quien vino a mí. Quería que me uniera a ellos y les diera información sobre los Chandra, pero me negué. Iba a matarme cuando Fiona nos encontró.

—¿Por qué no me lo contaste? —pregunté. Deseaba creerla desesperadamente, pero ya no

confiaba en mi juicio.

—¿Cuándo se suponía que iba a sacar el tema, Nicholas? Cuando casi te morías en la cama...

—Justo como querías, ¿no? —la corté.

Ella pareció sorprendida y luego dolida. Frunció el ceño con tristeza. Me miró como si no pudiera creer lo que estaba oyendo y sentí que me invadía una oleada de arrepentimiento.

—¿En serio crees que quería que murieras? —Su voz, apenas un susurro, se quebró. Tenía los ojos enrojecidos y las pestañas repentinamente húmedas—. Me quedé junto a tu cama veintidós horas de cada veinticuatro durante los siete días que estuviste enfermo. Te lavé y te limpié. Ayudé a la enfermera a cambiarte y recé cada segundo para que abrieras los ojos y me sonrieras. Estuve a solas contigo esas veintidós horas diarias. Si realmente te hubiera querido muerto, lo habría hecho yo.

—Yo no...

—No me quejo, Nicholas. Lo haría todo de nuevo. —Iba a interrumpirla, pero ella se adelantó—. Los últimos días han sido los peores de mi vida, ¿y me acusas de ser la causante de todo? ¿Sin escuchar primero mi versión de lo que ocurrió?

Me sentí demasiado avergonzado para decir nada más. Quería disculparme, pero incluso entonces seguía sintiendo una pequeña duda en algún rincón de mi mente. Recordé cuánto me había odiado al principio. Yo fui muy arrogante y estaba obsesionado por ganarme su corazón. Ella era una princesa. Una princesa orgullosa. ¿De verdad podía creer que quería estar junto al hombre que deseaba que su única familia muriera? ¿Era yo tan bueno?

Se quedó mirando y esperó, y cuando quedó claro que yo aún no sabía qué pensar, retrocedió dando tumbos, con la decepción, el dolor y la traición reflejados en su rostro. Lo mismo que sentía yo.

Asintió como si se diera cuenta de algo y se fue. Quise detenerla, pero no lo hice. Necesitaba pensar. Tenía que estar seguro. Las circunstancias eran demasiado terribles como para jugar a la ruleta rusa con la vida de cientos de hombres y no podía basar mi decisión en mi corazón. Era mi deber como Alfa pensar también con la cabeza.

CAPÍTULO 27



PRAIRIE

—¡N o puedo creer que no confiara en mí! ¿Después de todos estos meses? Siempre he estado ahí para él y todos sus amigos y familiares. Pensé que eran mis amigos y mi familia, pero tal vez fui yo quien no debió confiar tan fácilmente en ellos.

El golden retriever me miraba fijamente mientras le contaba mis problemas. ¿Quién iba a decir que los perros sabían escuchar tan bien? Le acerqué las golosinas que tenía en la mano a la boca, las cogió con avidez y las masticó con entusiasmo, mirándome como si me animara a continuar y así lo hice.

—¿Y Fiona? Ni siquiera sé por dónde empezar. Pensé que estábamos empezando a intimar. Pensé que era mi amiga. Quiero decir, claro que le gané al ajedrez, pero le gano a todo el mundo. Llevo jugando desde que tenía cuanto, ¿cinco años?

Golly, el golden retriever, abrió la boca y sacó la lengua, y como si estuviera pidiendo otra golosina antes de seguir escuchando. Le di unas cuantas más y movió el rabo, emocionado.

—Eres mi único amigo, Golly. No tengo a nadie más. Ni siquiera a Faye —murmuré con pesar al desaliñado animal, mientras le acariciaba las orejas y dejaba que me babeara toda la cara. Uno de los guardias silbó, el perro se puso en pie y corrió hacia su dueño.

Miré con pena cómo se marchaba y suspiré. ¿Por qué no pensé en tener un perro? Ahora que todo el mundo me daba de lado, necesitaba un amigo más que nunca. Nunca llevé mal estar sola, pero ahora sabía lo que se sentía al estar rodeada de amigos, de gente que se preocupaba por mí, que reía conmigo y se reía de mis chistes.

Llevaba dos días en una casa casi vacía y seguía inquieta, tratando de curar mi corazón roto. Evitaba a Nicholas desde que me acusó de ser una espía, y sospechaba que él hacía lo mismo conmigo. Me dolía, pero me esforzaba por ignorar el dolor. ¿Sería este el final de nuestra historia? Esperaba que entrara en razón y volviera arrastrándose a pedirme perdón, pero no parecía que eso fuera a ocurrir.

Sentí el frescor de la hierba en mis dedos y en mis piernas desnudas mientras contemplaba la amplia extensión de terreno que descendía hacia el bosque. Los hombres que pasaban por allí me miraban como si estuviera loca, sentada sola en medio del patio trasero. Pero no tenía nada más que hacer. Mi trabajo se había estancado, Ryland y Fiona no me pedían que los acompañara en sus visitas a las otras facciones, y Nicholas.... bueno, en lo único que pensaba ahora era en derrotar a mi hermano y proteger a la manada.

Ya no se preocupaba por mí. De nuevo me había convertido en una especie de paria en mi casa. Igual que todos los años que viví con mi padre y Phoenix, pero ahora sentía la soledad más profunda que nunca.

Cerré los ojos y me tumbé en la hierba. Unos minutos después, una sombra oscura me bloqueó el sol. Los abrí y, al ver a Fiona de pie junto a mí, me invadió una mezcla de ira e irritación, pero pude contener las ganas de abofetearla y tirarle del pelo como si fuéramos chicas de instituto.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Si has venido en busca de más mentiras sobre mí para contárselas a Nicholas, me temo que no has tenido suerte —contesté, quitándome la humedad de la hierba de las manos—. Me voy a tomar unos días libres de espiar a los Chandra para que puedas ir a informar a tu preciado Alfa— ironicé.

—Poner mala cara no te sienta bien, Prairie —replicó.

Para mi sorpresa, se sentó junto a mí en la hierba y ambas miramos hacia el bosque. El silencio se prolongaba y yo estaba decidida a no romperlo.

Hasta que decidí hacerlo.

—Sabes, podrías haberme preguntado qué pasó con Phoenix en el bosque en vez de correr a mi marido como una soplona.

—¿Por qué no le dijiste que hablaste con él?

El impulso de abofetearla se hizo más fuerte y temí que siguiera mientras ella estuviera a mi lado.

—¿Y cuándo se suponía exactamente que debía decírselo? ¿Cuándo estaba literalmente luchando por su vida?

—No lo sé, Prairie. Es tu marido. Si en realidad te preocupas por él tanto como dices, hablar con tu hermano, que está tratando de matarlo, parece algo que deberías haberle contado.

Suspiré. Aunque tenía razón en que debería habérselo dicho a Nicholas, también era una sarta de gilipollices.

—Eres una falsa —repuse con una risilla seca.

—¿Qué?

—Me has oído perfectamente, zorra. — Me sorprendió lo firme que sonaba mi voz dado lo enfadada que estaba con ella—. Durante meses me has guardado rencor porque estás colada por mi marido. Te lo permití porque..., porque soy mujer, y porque sé lo que se siente al amar a alguien que no te corresponde. Pero pensé que ya lo habíamos superado, que podíamos trabajar juntas y que teníamos un objetivo común. Me sentí aliviada y pensé, vale, quizás no es tan mala como pensaba.

»Si me viste con Phoenix, podrías haberme preguntado de qué hablamos. Tuviste tiempo de sobra cuando volviste. Si me hubieras preguntado, te habría dicho que mi hermano amenazó con matarme si no me unía a él. De hecho, lo hubiera hecho si no hubieras aparecido con tus

hombres.

Parecía confusa mientras sus ojos escudriñaban los míos, como si buscara la verdad en ellos. Me puse en pie, incapaz de seguir sentada a su lado.

—Así que, Fiona, reserva tu farsa de chica perfecta tontos como mi marido, que se lo creerán, pero en mi opinión eres una falsa. Estabas ansiosa por decirle a cualquiera que te escuchara que yo era el topo porque eso significaría que habías tenido razón sobre mí todo el tiempo.

Me alejé sin hacer caso de su expresión, aún confusa. Cuando volví a la casa, me sorprendió ver que Nicholas ya había llegado. Estaba en la cocina, mirando hacia donde Fiona y yo habíamos estado sentadas. Llevaba unos vaqueros y una chaqueta negra y tenía el pelo suelto. Algunos mechones le cubrieron la cara y se los apartó.

—Hola —fue todo lo que dijo.

Sólo pude mirarle. De repente sentí que me pesaba el pecho y me entraron ganas de llorar. Odiaba que me importara tanto lo que él pensara de mí y que hubiera creído a Fiona antes que a mí. Quería que me eligiera a mí.

Odiaba lo mucho que aún deseaba que me besara y me dijera que todo iría bien, lo mucho que necesitaba que me dijera que me quería tanto como yo a él.

Sí, mi estúpido corazón se había enamorado de mi marido. Increíble.

No.

De repente, la casa me pareció demasiado pequeña. Necesitaba espacio y pensar en lo que quería para mí y para mi futuro. No podía continuar así, dejando que otros decidieran si yo merecía o no estar en sus vidas, teniendo que probarme una y otra vez.

—Prairie, tenemos que hablar...

—Necesito espacio —le corté y se quedó boquiabierto.

Me miró como si fuera lo último que quisiera, pero ya no me importaba lo que él quería. Al menos no ahora. Necesitaba pensar sólo en mí. Quería hacer cosas por mí misma. De pronto me di cuenta de que no tenía que esperar a que él averiguara qué le sucedió a mi madre cuando yo podía salir y averiguarlo por mí misma. Ya tenía bastante con lo mío.

—Lo siento, deberíamos hablar de...

—No me estás escuchando, Nicholas. Necesito alejarme de ti, de esta casa, de todo. Estoy cansada de tener que probarme a mí misma una y otra vez. No debería tener que esforzarme tanto.

No dijo nada y salí de la cocina. Cogí las llaves de coche de la mesita del pasillo y salí de casa.

No tenía ni idea de adónde iba. Sólo sabía que necesitaba alejarme de allí. Unos minutos después recibí una llamada. Eché un vistazo al teléfono, esperando que fuera Nicholas, pero era Faye y contesté.

—Faye, ¿dónde estás? Necesito hablar con alguien y eres literalmente la única amiga que tengo

que me habla.

—Cariño, no estoy muy segura de haber entendido del todo tu última frase, pero puedes venir a verme al Anillo de la Muerte.

—¿El Anillo de la Muerte? ¿Qué haces ahí? —pregunté, desconcertada.

El Anillo de la Muerte estaba a las afueras de la ciudad. Era un descampado salvaje donde se llevaba a cabo la iniciación de lobos recién nacidos, que era como llamábamos a los Hombres lobo que acababan de empezar a transformarse. Pero el lugar solía estar desierto a menos que hubiera una iniciación.

—Te lo contaré cuando llegues. Ven lo más rápido que puedas —respondió y colgó antes de que pudiera decir nada más.

Treinta y cinco minutos más tarde me desvié de la autopista por el camino de tierra que conducía al Anillo de la Muerte. El coche de Faye estaba aparcado cerca del borde del círculo de piedras que solía albergar la hoguera, en medio del descampado. Conduje hasta allí, me detuve junto al suyo y aparqué antes de bajarme.

El lugar estaba vacío y no había rastro de ella. Algo no iba bien. De pronto caí en que no le había dicho a nadie adónde iba y me pregunté si realmente podía confiar en Faye. Antes de que pudiera decidirme, unos arbustos de mi izquierda se movieron y ella apareció, sonriéndome.

—Hola.

—¿Dónde estabas? —pregunté, incapaz de disimular el miedo en mi voz.

—Sólo había ido a aliviarme. Perdona si te he hecho esperar. —Acortó la distancia entre nosotras y me abrazó.

Su corazón latía deprisa, aunque parecía tranquila, y mi instinto me dijo que algo iba mal.

—¿Faye? ¿Qué pasa? ¿Por qué me has traído aquí?

CAPÍTULO 28



PRAIRIE Y NICHOLAS

Prairie

—¿F aye? ¿Por qué demonios me has traído aquí? —volví a preguntarle.

Antes de que pudiera responder, oí que alguien se arrastraba entre los arbustos y aparté la vista de su rostro sudoroso para mirar en esa dirección.

—Prairie, escúchame, esto no tiene por qué ser difícil. Sólo tienes que hacer lo que te digan y todo irá bien.

Faye continuó hablando, pero yo ya no la prestaba atención. Miraba a los hombres que habían surgido del bosque. Por su olor, supe que eran Hombres lobo, pero sabía que no pertenecían a la manada Chandra.

Había algo raro en ellos.

—Faye, ¿qué has hecho? —pregunté, aunque una parte de mí empezaba a entenderlo.

Eran seis en total, vestidos de cuero negro, todos calvos, con tatuajes tribales asomando por los antebrazos y el cuello. Intenté retroceder, pensando si podría con ellos, pero me rodearon. El más grande, que parecía ser su líder, se acercó a mí. Pero entonces alguien habló y todos se detuvieron.

—Mi querida hermana.

Me giré bruscamente al oír la voz de Phoenix, que salía de entre los arbustos junto con otro hombre. Este también estaba calvo, pero llevaba un pesado abrigo de piel sobre la ropa y tenía un aura de poder a su alrededor que lo diferenciaba del resto.

Faye corrió hacia Phoenix, le rodeó el antebrazo con las manos y se volvió para mirarme, susurrándole algo al oído que no pude oír. El rostro de él se endureció y le apartó las manos antes de continuar. No me importó si eso afectó a Faye. Yo sólo lo miraba a él.

—Parece que estás en un aprieto, ¿verdad? —se burló con una sonrisa malvada.

Los hombres se separaron de él, que se acercó hasta detenerse justo delante de mí.

—¿Qué es esto, Phoenix? ¿El día de secuestrar a tu hermanita? —repliqué con sarcasmo.

Era la táctica que había usado siempre para ocultar el miedo que me invadía, pero mis palabras no surtieron el efecto deseado y su sonrisa se ensanchó.

—Tu fachada bravucona no te va a ayudar hoy, Prairie. Puedo oír tu corazón latiendo más rápido.

—¿Qué quieres, Phoenix? ¿Matarme? Eso no te convertirá en Alfa, hermano mayor. Y esconderte en pequeños arbustos con tus pequeños hombres tampoco te hace un Alfa.

Gruñó y se acercó, pero me mantuve firme. Sólo necesitó un segundo para calmarse. Respiró hondo y se inclinó para que quedáramos frente a frente.

—Tengo planes para ti hermanita. Grandes planes.

Caminó unos pasos hacia atrás e hizo un gesto a los hombres mientras se alejaba. Ellos me rodearon y, al primero que se acercó lo suficiente, le di una patada en las pelotas. Cayó fulminado y los demás se lanzaron sobre mí de inmediato. Me sujetaron los brazos y los hombros y me vendaron los ojos.

—¡Soltadme! —aullé.

Traté de resistirme, pero eran demasiado fuertes. Un trozo de tela me cubrió la nariz y un olor extraño impregnó mi olfato. A los pocos segundos sentí que mis miembros se aflojaban y de repente pesaban demasiado. Supe que me habían drogado antes de perder la conciencia.

Cuando abrí los ojos estaba en una jaula. No el tipo de jaula en la que Nicholas me encerró todos aquellos meses, no. Esta era una jaula de verdad. El suelo estaba frío como el hielo y sentí escalofríos por todo el cuerpo cuando intenté incorporarme. Estaba oscuro, pero había algo de luz y pude ver los barrotes de hierro que me rodeaban.

El sonido de los grillos y de un arroyo cercano a través de las ventanas abiertas me decían que estábamos lejos de la ciudad, pero no sabía dónde.

Escuché con atención, pero estaba sola y no se oía nada que indicara que había alguien conmigo en la jaula o en las inmediaciones. Me sentía aturdida y mis miembros flaqueaban, pero me obligué a sentarme y me puse en pie. Las piernas me temblaban, pero me mantuve en pie. Me acerqué a los barrotes de hierro para empujarlos, pero me quemaron las manos nada más tocarlos.

—¡Ay!

Caí al suelo sobre las manos, pero el frío empeoró la quemadura y las levanté. Observé mis manos y luego los barrotes.

Los habían untado con algo. No sabía lo que era, pero sí que era mortal. Mi hermano se había vuelto oficialmente loco.

Me acurruqué en una de las esquinas de la jaula y esperé a que apareciera alguien.

La espera se me hizo eterna. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado cuando el sonido de las pesadas puertas al abrirse me despertó de un sueño agitado. Me senté en el suelo y permanecí inmóvil, expectante.

Oí que se encendía un interruptor y la habitación se iluminó de repente. Me estremecí y cerré los ojos, que me dolieron de un modo atroz. Cuando volví a abrirlos, Phoenix estaba de pie delante de la jaula con dos hombres flanqueándole. Llevaba un abrigo de piel similar al hombre que estaba junto a él y no pude reprimir una carcajada sin humor.

—Estás ridículo —me burlé, señalando el abrigo y él se tensó.

—Parece que no te has dado cuenta de que estás en peligro, hermanita.

—Oh, sé el peligro que corro, Phoenix. El tipo de peligro en el que un hermano está a punto de cometer feminicidio sólo para liderar a la gente que le odia. Quieres usarme como cebo para traer a Nicholas aquí. Bueno, tengo noticias para ti, jovencito. Él no aparecerá.

Phoenix guardó silencio unos segundos antes de acercarse a la jaula, aunque noté que tenía cuidado de no aproximarse demasiado.

—Ah, ¿no? —replicó en el mismo tono burlón que usaba cuando éramos niños, el mismo que me decía que él sabía algo que yo ignoraba.

Se me pusieron los pelos de punta y empecé a preocuparme. Quizá habían secuestrado de nuevo a Lucas y querían usarnos como cebo para atraer a Nicholas.

Pero mi marido no tenía ni idea de dónde estaba yo. Pensaría que me había escapado para reunirme con mi hermano. De ninguna manera creería que me habían secuestrado, no después de la pelea que habíamos tenido. Y menos cuando Fiona le susurraba al oído que yo lo había traicionado.

—No lo entiendes. Nicholas ya no confía en mí, cree que estamos compinchados. Así que si crees que con esto vas a conseguir que haga algo, estás muy equivocado —advertí.

—¿He oído que has estado haciendo preguntas sobre nuestra madre?

El repentino cambio de tema me sorprendió y me puse en pie de un salto, incapaz de ocultar la expresión de asombro en mi rostro.

—Sí —continuó—. Lo sé porque fue tu marido el que preguntaba. Todavía tengo algunos leales entre los Chandra. Ellos me informan de todo. Por eso sé que tu marido hará cualquier cosa por ti.

»Estaba dispuesto a ayudar a la hija del hombre que mató a sus padres para averiguar la verdad sobre su madre. Debes ser buena, Prairie. Conseguiste que Nicholas Northwood se enamorara de ti. Y esa será su perdición.

Phoenix se rio, tan orgulloso de sí mismo como si acabara de descubrir la verdad tras una ardua investigación. Me sorprendió lo que dijo sobre los padres de Nicholas, y el amor de Nicholas por mí, pero yo todavía estaba atascada en nuestra madre.

—¿Qué sabes de nuestra madre, Phoenix? —pregunté en voz baja y temblorosa.

—Sé que eres una traidora, como ella. Traicionó a nuestro padre ayudando a sus enemigos, y recibió su castigo por su traición. El mismo que tú estás a punto de sufrir.

Sentí que mi corazón se rompía en pedazos al conocer la verdad. Había empezado a sospecharlo

desde que empecé a preguntar por mi madre.

—¿Él la mató? ¿Él la mató y tú lo sabías? —pregunté, atónita.

Lloraba por lo insensible e inhumano que era el cobarde de mi hermano, porque mi miserable padre había matado a su propia esposa.

—Por supuesto que lo sabía. Ella no valía para ser la esposa del Alfa. Y tú tampoco para ser su hija.

Sin pensarlo, me precipité al lado de los barrotes y le agarré por el cuello. Ignoré el dolor agudo y le arrastré la cara por encima de los barrotes de hierro mientras el lanzaba gritos fuertes y patéticos. Uno de los guardias tiró de él y me vi obligada a soltarlo.

—¡Eres un patético montón de mierda, Phoenix!

—¡Te voy a matar! —gritó y me sentí orgullosa al ver las quemaduras en su cara—. ¡Te mataré a ti y a todo lo que amas!

—¡No si yo te mato primero! ¡Y eso ha sido por hablar mal de nuestra madre!

Cuando recuperó la compostura, se alejó de la jaula y de mi alcance. Me pregunté cómo nunca vi lo cobarde que era. Todo el poder que disfrutó en el pasado se lo había dado nuestro padre. Él, por sí solo, no valía nada.

* * *

Nicholas

Era tarde y Prairie aún no había vuelto. Fiona acababa de meter a Lucas en la cama y ella y Ryland discutían en el salón mientras yo me paseaba por la cocina mirando el reloj mientras daban las ocho.

—¿Dónde está? —les pregunté entrando en el salón.

No respondieron.

—Es tarde. ¿Aún no ha vuelto? —insistí, consciente de la impotencia en mi voz, pero no me importó. Se trataba de Ryland y Fiona, lo más parecido a unos hermanos que tenía.

—Tal vez se está desahogando. La acusaste de algo —recordó Ryland.

—¿Yo? Todos lo hicimos porque Fiona dijo que la había visto —espeté, al tiempo que me daba cuenta de lo estúpido que sonaba.

Ella fue la que acusó a mi mujer, pero yo no la defendí. Nunca le pregunté si era verdad o no antes de juzgarla y sentenciarla en mi cabeza.

Como si una parte de mí hubiera estado esperando que me traicionara, y por fin se hubiera cumplido su deseo cuando Fiona la acusó y me puse de su parte.

—Fuiste tú quien habló con ella, hermano, eso es cosa tuya, no nuestra —repuso Ryland.

Tenía razón. Debí haberla escuchado aquella noche y dejar que se explicara. Estaba en lo cierto cuando dijo que podría haberme matado mientras yo estaba en coma, pero estaba demasiado cegado por la ira para ser razonable.

Y ahora estaba fuera de casa a las tantas de la noche y no contestaba a mis llamadas ni a mis mensajes. Una parte de mí no podía evitar la sensación de que algo iba mal.

—¿Sabes dónde ha ido, al menos? Quizá podamos empezar por ahí —preguntó Ryland.

Negué con la cabeza.

—Lo siento, Nicholas. No debí acusarla hasta estar segura. Fui prepotente —intervino Fiona, que había permanecido callada hasta ese momento.

La ignoré. No había dicho nada que yo no supiera ya, pero nada de eso importaba ahora. Lo único que quería era hablar con Prairie.

—¿Y si la llamas de nuevo? —sugirió Ryland.

Me alarmé, pero volví a marcar a su número, que hizo lo que había estado haciendo todo el día. Sonó, pero no contestó nadie.

—¿Y si llamamos a Faye? —soltó Fiona dijo de repente como si hubiera tenido un momento Eureka—. Es su mejor amiga y hablan todo el tiempo.

Busqué entre mis contactos para llamar a Faye, pero cuando sonó mi teléfono me sorprendí al ver que era Magnimus,

—¿Dónde está mi hija? —preguntó cuando contesté.

—¿Qué?

—La última vez que hablé con ella me dijo que iba a ver a tu mujer, pero hace horas que no se sabe nada de ella y no ha vuelto a casa.

Entonces supe que algo había ido terriblemente mal.

—Prairie también ha desaparecido, deja que te llame.

Tanto Fiona como Ryland se pusieron en pie al percibir la urgencia en mi tono,

—Algo va mal. Prairie podría estar en peligro. Era Magnimus. Faye también ha desaparecido. Le dijo que venía a ver a Prairie.

—Faye no ha estado aquí —repuso Fiona.

Se me heló la sangre al recordar la conversación que tuvimos Prairie y yo poco antes de la batalla. Ella me contó que Faye había estado distante desde que me convertí en Alfa, y que le confesó que siempre estuvo enamorada de su hermano. Nunca llegué a relacionar ambas cosas, aunque me rondaban por la cabeza y ahora empezaba a atar cabos.

—¡Dios mío! —murmuré—. ¿Y si Faye es el topo? Pensadlo. Ella tiene la oportunidad de informar al enemigo de todos nuestros planes. Su padre es un Anciano y su mejor amiga está casada con el Alfa. Prairie me dijo que Faye estaba enamorada de Phoenix. Ella puede haberle

ayudado todo este tiempo para que él la haga su compañera si se convierte en Alfa.

Tenía sentido ahora que lo decía en voz alta. Recordé su envenenamiento y se me ocurrió que, o bien había sido planeado, o su plan había salido terriblemente mal.

Faye había estado delante de nuestras narices todo el tiempo.

CAPÍTULO 29



NICHOLAS

Fiona tardó veinte minutos en reunir un equipo en el salón. Los hombres acudieron en cuanto ella lanzó el aviso. Los expertos estaban montando su equipo en caso de ser necesarios para el rescate.

Llamaron a la puerta principal y alguien se apresuró a abrirla. Me quedé de piedra cuando Magnimus apareció en el pasillo. Aún no le había dicho que su hija podría ser la espía, pero por la expresión que puso, algo me dijo que ya lo sabía.

Llevaba una pequeña caja en las manos y se dirigió directamente hacia mí con ella. Ryland, Fiona y Douglas nos siguieron hasta el estudio.

—Alfa, lo siento, no tenía ni idea de que estaba haciendo esto —dijo Magnimus mientras rebuscaba entre el contenido de la caja.

Estaba llena de recuerdos de Faye y Phoenix.

Fotos antiguas de cuando eran más jóvenes, con Prairie en medio, aunque ella había recortado la cara de Prairie.

Fotos más recientes y recortes de periódicos que hablaban sobre las guerras de los Hombres lobo. También notas personales de nuestras estrategias para la guerra, que era obvio que había cogido de su padre. Eso respondía a la pregunta de quién les había informado de nuestros planes antes de la batalla. Fue ella quien les transmitió lo que habían acordado los Ancianos.

—Hablé de las reuniones de pasada en la cena. Jamás pensé que ella haría algo así—murmuró Magnimus—. Quiero decir, ella siempre me preguntaba por los planes, pero creí que le interesaba porque quería luchar.

Magnimus parecía destrozado. Me habría sentido fatal por él si no estuviera tan preocupado por Prairie. Sabía que Faye era su única hija y que lo que había hecho era alta traición. Si sobrevivía, pasaría el resto de su vida en la cárcel.

Me sorprendió que hubiera traído todo aquello. Siempre me pareció alguien que haría cualquier cosa para proteger a sus seres queridos en lugar de hacer lo correcto.

—Por favor, haz lo que hazas, sólo quiero que la traigan sana y salva —suplicó.

Golpearon con urgencia la puerta y Lyon entró.

—Alfa, hemos recibido una llamada. Piden hablar contigo —anunció.

Corrimos del estudio al salón. El equipo ya había empezado a rastrear la llamada y cogí el teléfono.

—¿Quién es?

—Phoenix Lonsdale, el legítimo Alfa de la manada Chandra.

—¡Ahórrate el teatro, Phoenix! ¿Dónde está mi mujer?

Una carcajada estridente llenó mis oídos y apreté los puños con furia. Luchaba contra el impulso de no golpear nada, pero le estaba aporreando la cara en mi mente. No veía cómo podía acabar esto sin que yo matara a ese hijo de puta.

—No me creyó cuando le dije que te preocupabas por ella —volvió a reír y supe de quién hablaba. Me partió el corazón que Prairie se hubiera sentido así.

—Si le tocas un solo pelo de la cabeza, Phoenix...

—Oh vamos, es mi hermana. Debería ser yo quien te advirtiera, excepto que mi advertencia podría llegar demasiado tarde, porque ya le has hecho daño.

—¡¿Dónde está, Phoenix?!

Me dolían la cabeza y el hombro, pero no tanto como me dolía el corazón porque no creyera en mi amor por ella.

Porque nunca se lo dije. Nunca se lo hice creer.

—Ven a la Bayou, en el centro de la plaza del pueblo —dijo y colgó antes de que yo pudiera responder.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Douglas, poniendo voz a la pregunta que se reflejaba en los rostros de todos.

—Él la tiene. Phoenix Lonsdale tiene a mi esposa. Están en la plaza del pueblo en la Bayou. Voy a buscarla.

—Vamos contigo —dijo Fiona con determinación.

Pude ver que se sentía culpable, al igual que Ryland, pero no quería que nadie más saliera herido. Había perdido a muchos amigos durante la última batalla, pero esta era mi lucha. Esto era entre Phoenix y yo.

—¿Crees que Phoenix Lonsdale luchará limpio? —se asombró Fiona.

—No puedes enfrentarte a una manada entera tú solo, Alfa. ¡Nos vamos! —añadió Ryland, y todos los hombres de la sala se levantaron en solidaridad. Sabía que, si Prairie hubiera estado aquí, se sentiría tan conmovida como yo de que todos arriesgaran sus vidas por ella.

Siempre temió que la manada no la considerara de la familia, pero aquí estaban todos, dispuestos a arriesgar la vida por ella.

Esa noche cabalgamos todos juntos. Más hombres se unieron a nosotros a medida que la noticia se extendía, pero aún temía por la seguridad de Prairie. Phoenix Lonsdale estaba loco y haría cualquier cosa para recuperar el título de Alfa, incluso matar a su propia hermana.

Toda precaución era poca en una situación como aquella.

Llegamos a la Bayou de madrugada, pero nos ocultamos justo antes de llegar a los límites de las Fronteras Exteriores. Yo había enviado a varios hombres a explorar las fronteras, por si era una trampa, porque Marcel y sus hombres conocían la Bayou mejor que cualquiera de nosotros. Acampamos a lo largo de la frontera esperando su regreso.

Conté las horas que pasaban. Phoenix no nos había dado un plazo, pero no podíamos demorarnos más de lo razonable o todo podría venirse abajo.

Una hora después de que los hombres desaparecieran en el oscuro bosque, el sol empezó a asomar y regresaron.

—¿Dónde están? —pregunté a Marcel.

Ryland y Fiona estaban justo detrás de mí, así como Magnus, que se negó a quedarse atrás hasta que garantizara la seguridad de su hija. Douglas se había quedado con Lucas.

—Tienen un ejército en el centro de la plaza del pueblo, y todo el lugar parece abandonado —respondió—. Hemos rastreado la zona, pero no hay vigilancia en el bosque. O han perdido a sus hombres o son realmente estúpidos —añadió.

—Ninguna de las dos cosas. —Sacudí la cabeza al entender por qué Phoenix había secuestrado a Prairie—. No tienen hombres con ellos para luchar. Nadie quiere estar al lado de un tirano. Por eso la ciudad está desierta y por eso se llevó a Prairie. Supuso que yo renunciaría a ser Alfa a cambio de mantenerla viva.

El círculo se quedó en silencio mientras me observaban, expectantes, deseosos de saber si realmente renunciaría a la posición de Alfa por la mujer que amaba. Pero yo no tenía ninguna duda: lo dejaría sin pensármelo dos veces.

—¿Alfa? —La voz de Lyon cortó el silencio mientras todos me miraban.

—No voy a renunciar al puesto, aunque lo haría si eso significara salvar la vida de Prairie. Pero ahora mismo, no creo que sea necesario. —Hice una pausa, mirando sus rostros confundidos—. Tengo un plan.

El plan era simple. Marcel conocía el lugar incluso más que su supuesto Alfa, Malcolm, y sabía las mejores posiciones donde podíamos ocultar un tirador. Podríamos rodearlos en cuestión de minutos y tener a nuestros hombres apostados en posiciones estratégicas mientras los eliminábamos.

Fingiría rendirme ante Phoenix. Ryland, Fiona y Lyon vendrían conmigo. El resto permanecería oculto hasta que yo diera la señal. Y cuando supiéramos que Prairie estaba fuera de peligro, atacaríamos.

El plan era bastante sencillo, pero ejecutarlo no iba a serlo tanto. Marcel llevó a los hombres a sus posiciones mientras el grupo y yo caminábamos hacia la plaza del pueblo.

Lo primero que vi fue a Prairie atada a la estatua situada en el centro de la plaza. Representaba a una gárgola esculpida, y la habían atado a uno de sus cuernos.

Decenas de hombres armados vigilaban la zona, aunque ninguno se había transformado aún. Phoenix y Malcolm estaban a ambos lados de Prairie, y otros cinco hombres la rodeaban.

Prairie tenía la cara ensangrentada y magullada. Las manos, también ensangrentadas, desgarradas y atadas. Tenía que estar sufriendo un dolor atroz, pero se quedó quieta, mirándome.

—Lo siento —dije en silencio y ella parpadeó en señal de que me entendía.

Destrozaría a Phoenix miembro por miembro. Habían pasado menos de veinticuatro horas, y ya la había herido de aquel modo.

Cuando estuvimos lo bastante cerca nos detuvimos y me di cuenta de que Phoenix también estaba herido. Tenía la cara vendada, como si se hubiera hecho una herida reciente y me pregunté si se la habría hecho Prairie. Aunque parecía rota, seguía luchando. Siempre fue una guerrera, mi guerrera.

—Estoy aquí, Phoenix. Déjala ir.

—Dijiste que la soltaría ir cuando lo tuvieras a él —apoyó Faye.

La miré con dureza y ella apartó la mirada, su cara roja de vergüenza y bochorno.

Phoenix la ignoró y se acercó a mí.

—El gran Nicholas Northwood. —Caminó despacio a mi alrededor—. No hay nada espectacular en ti, Nick. Ni grandioso.

Era la primera vez que estábamos cara a cara. Apenas le había visto durante la batalla contra su padre, porque huyó antes de que nadie pudiera llegar hasta él. Así de cobarde era.

—Déjala ir, Phoenix. Ahora me tienes a mí —dije, sosteniéndole la mirada.

—Oh, ella no va a ir ninguna parte. Todo esto no ha sido más que una treta para traerte aquí —añadió, confirmando mi impresión de que no pensaba dejarla marchar—. Mi hermana es una traidora, y como tal recibirá su castigo, al igual que nuestra madre. La muerte.

—¡Phoenix! ¡Lo prometiste! —gritó Faye.

Él se giró y la golpeó en la cara, haciéndola volar a unos metros de distancia. Era justo la distracción que necesitaba e hice la señal a los arqueros para que atacaran.

Oí el zumbido de flechas volando y hombres gritando. Ryland, Fiona y Lyon habían empezado a pelear. Marcel y sus hombres se acercaban desde todos los ángulos, pero yo corrí directo hacia Prairie. Forcejeé con las cuerdas que sujetaban sus manos hasta que se soltaron. Ella hizo una mueca de dolor y cayó sobre mí.

—Cariño, ¿estás bien? Abre los ojos, Prairie. —Parpadeó, pero parecía que le costaba un esfuerzo mantenerlos abiertos. ¿Qué demonios le había hecho?

—Oh, vosotros dos, los tortolitos.

Oí la voz de Phoenix a unos metros de distancia y levanté la vista. Su hombro sangraba por donde le había atravesado una flecha. Tenía los ojos desorbitados y parecía enloquecido de ira.

—¡Prairie, traicionaste a tu propia familia por este traidor! ¡Este patético rebelde!

—Tú eres el patético, Phoenix. Y tú no eres familia mía. Él lo es —replicó ella con convicción, aunque su voz era débil.

Phoenix gruñó y se lanzó contra nosotros. Dejé a Prairie tendida en el suelo, me transformé en lobo y me abalancé sobre él. Lo cogí del hombro herido y lo arrojé lejos.

—¡Ahh! —gritó y retrocedió mientras yo me mantenía junto a Prairie, protegiéndola.

Él también se transformó. Algunos otros hombres también habían cambiado mientras la lucha se recrudecía, pero mi atención estaba centrada por completo en él.

—¡Mataste a mi padre! —gritó Phoenix.

—¡Él mató a los míos! —bramé.

Él avanzó en círculos mientras yo me mantenía firme, protegiendo a mi mujer.

—Se lo merecían, prefirieron creer en una estúpida profecía antes que inclinarse ante su verdadero Alfa.

—Se acabó Phoenix. Mi gente supera en número a la tuya. No vas a ganar esta guerra. ¡Te habría dejado ir si te hubieras quedado en vez de unirme a los enemigos!

—¡Y una mierda! ¿Qué se supone que debía hacer? ¿Vagar sin rumbo por la tierra sin mi manada? —gritó, frustrado.

—Podrías haberte unido a las otras facciones, más de una te habría acogido. Lo sabes.

—¡Guárdate tus consejos, bastardo! Prefiero morir a vivir como un mendigo.

Me atacó, pero su embestida fue débil, y me agarró sin fuerza.

Le empujé sin mucho esfuerzo y me defendí, directo a por su yugular. No me costó mucho matarlo, puesto que ya estaba herido. Estaba muerto antes de caer al suelo donde su cuerpo quedó tendido, inmóvil.

Cuando miré, Marcel había derrotado a Malcolm en medio de la plaza. Magnimus sostenía a su hija, que estaba tendida en el suelo. Una flecha le había atravesado el corazón y había muerto.

Corrí hacia Prairie mientras ella volvía en sí.

—Cariño, ¿puedes andar? —pregunté, pero ella apenas podía mover la cabeza.

La cogí en brazos y volví hacia el bosque. Los enemigos tiraron las armas cuando se dieron cuenta de que sus dos líderes habían desaparecido.

CAPÍTULO 30



PRAIRIE

Cuando abrí los ojos, la habitación olía como la misma en la que había cuidado a Nicholas. Me dolía mucho la cabeza y tenía las muñecas vendadas.

Una enfermera me estaba tomando las constantes. Cuando miró hacia abajo se encontró con mis ojos abiertos y abrió los suyos de par en par.

—Está despierta —susurró a alguien al otro lado de la habitación.

Intenté girarme, pero una aguda sacudida de dolor amenazó con hacerme perder la conciencia de nuevo. La cama se hundió a mi lado y giré despacio la cabeza para ver a Nicholas, que me miraba con la frente arrugada por la preocupación.

—Hola.

Se inclinó para darme un cálido beso en la frente y cerré los ojos dejando que la reconfortante sensación me inundara.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —pregunté.

—Dieciocho horas, veintiséis minutos —respondió con rapidez.

Casi sonreí. Parecía que los papeles se habían invertido y era él quien había estado contando los minutos mientras yo yacía en la cama.

—¿Qué ha pasado? —Traté de incorporarme, pero el dolor de cabeza volvió con fuerza y me detuve.

Tardó unos minutos en contármelo todo, mientras a mi memoria volvían algunos retazos de lo ocurrido.

—¿Phoenix ha muerto?

Esperaba sentir algún tipo de dolor por su muerte, pero sólo sentí decepción porque hubiera acabado igual que nuestro padre cuando yo había mantenido la esperanza de que podría cambiar.

—¿Dijo algo sobre mi madre?

—Encontramos a la hija de la comadrona y nos confirmó la verdad. Se llama Layla. Está aquí si quieres verla.

Asentí y ambos permanecimos en silencio.

También volvieron los recuerdos de antes de que me secuestraran, y recordé la pelea que me había llevado a querer escapar de la casa. Sus acusaciones y luego la constatación de que Faye no era la amiga que yo creía.

—Prairie, quiero pedirte perdón —comenzó. Le miré a los ojos—. No debería haber creído a Fiona sin hablar antes contigo. Debería haberte dejado que me dieras tu versión en lugar de sacar conclusiones precipitadas. Lo siento muchísimo.

—No pasa nada.

—No, Sí pasa. Te quiero, Prairie —murmuró, y se me paró el corazón.

Le miré fijamente a los ojos, contemplando el gris imposible de sus iris. Llevaba el pelo recogido en una coleta detrás de la cabeza. Vi la preocupación, el amor y la adoración y le creí. Mi corazón se hizo eco de esos mismos sentimientos.

—Te quiero Prairie. Te quiero desde hace mucho tiempo. Pero las inseguridades de mi corazón buscaban razones para dudar, por eso creí a Fiona cuando debería haber hablado contigo.

—Tienes razón, lo que hiciste no estuvo bien. Me decepcionó y me dolió. Pero supongo que, si hubiera sido yo, probablemente hubiera reaccionado como tú, Nicholas. No pasa nada, porque sé que tú también me perdonarías, igual que yo te he perdonado a ti. Yo también te quiero.

Mi corazón se sintió libre en cuanto pronuncié aquellas palabras. Se inclinó y me dio un beso, aliviado. Fue suave y sencillo, pero lo sentí en todo mi cuerpo.

Cuando se echó hacia atrás estaba sonriendo, y yo también.

—Supongo que fuimos tontos al no decirlo durante tanto tiempo, ¿eh? —dije y su sonrisa se amplió.

—Supongo que sí. Pero ya no. Moriré antes de dejar que te pase nada.

—Nadie tiene que morir, Nicholas. Por favor —gemí.

Él se rio y me hizo reír también.

—¿Qué ha ocurrido con Faye? ¿La van a detener? —pregunté unos minutos después, cuando las medicinas hicieron efecto y el dolor había disminuido.

Su rostro se ensombreció al oír su nombre.

—Ha muerto.

Se me rompió el corazón. Aunque me traicionó, sabía que Faye se había preocupado por mí. Hizo lo que hizo porque creía que era lo correcto, pero nunca quiso hacerme daño.

—Magnimus y Eleanor han acordado dejar los Ancianos y abandonar Chandra.

—Oh no, pobre Eleanor. Faye era su única hija.

—No tienes que sentir lástima por ella. Fue la culpable de todo esto. Le pasaba información a tu

hermano. Ella era el topo.

—Sí, lo sé, pero era mi amiga. Mi amiga más antigua. Y también era su hija. Echaré de menos los buenos momentos que pasamos juntas.

Asintió antes de levantarme con cuidado para abrazarme. Sentía su olor a hogar, a tierra, a sándalo y a cuero. Él era mi hogar.

Días después, cuando las cosas habían vuelto a la normalidad y me habían dado el alta, Nicholas y yo estábamos en su habitación, abrazados el uno contra el otro.

Los dos últimos días habían sido como una luna de miel, ya que no habíamos podido apartar las manos el uno del otro. Sabía que tendría que volver a ser el Alfa, pero por ahora era sólo mi marido. Y teníamos mucho por lo que estar agradecidos. Nos teníamos el uno al otro.

Al día siguiente de despertarme, Fiona vino para disculparse y también Ryland y Douglas. Lucas apareció para jugar una partida de ajedrez conmigo. Algunos de los hombres, incluido Lyon, vinieron a mostrarme su apoyo. Me sentí a punto de llorar por el amor que me habían mostrado y me di cuenta de que las cosas habían cambiado.

Tenía una familia, y a partir de ahora nos cuidaríamos los unos a los otros como lo haría una familia.

Por fin conocí a Layla, la hija de la comadrona, que me dio una foto de mi madre sosteniéndome al nacer. Su madre la había guardado y le pidió que me la diera y yo lloré.

No era la primera vez que veía a Leanna Lonsdale, pero sí la primera vez que la veía siendo mi madre, y fue un momento emocionalmente demoledor.

Estaba asimilando el hecho de que ella había muerto por intentar detener a mi padre, y ahora sus asesinos habían sido castigados. Asumir mi pasado no fue del todo triste, como siempre pensé antes de conocer a Nicholas y a mi nueva familia.

—Tengo algo que decirte... es una sorpresa —dije.

Estábamos tumbados en la cama. Sus manos abrazaron mi estómago y una sonrisa cómplice llenó su cara.

—Dios mío, ¿ya lo sabías? —pregunté, dándole un puñetazo juguetón y él me abrazó con más fuerza.

—Llevaba días oyendo los latidos de su corazón, pero quería estar seguro. Al principio no lo entendí hasta aquel día en la Bayou. Hubiera despedazado a Phoenix miembro a miembro. ¿Desde cuándo lo sabes?

—La doctora me lo dijo mientras me hacía unas pruebas. Al parecer, estoy de dos meses. Supongo que nunca podré sorprenderte cuando se trate de esto —hice un mohín y él río entre dientes.

—Siempre puedes sorprenderme de otras maneras.

—¿Cómo cuáles?

Me besó el cuello y bajó hasta mi pecho desnudo, y aún más abajo. Todo mi cuerpo se encendió con cada beso.

—Supongo que tendré que mostrártelo en vez de decírtelo.

EPÍLOGO



PRAIRIE

Cinco años después

El Anillo de la Muerte bullía de hombres bailando alrededor del fuego mientras otros jugaban a juegos de feria y los niños montaban en las atracciones recién construidas sobre los extensos campos. En la cabecera del campo se había instalado un toldo y bajo él Nicholas y yo observábamos el alboroto y la alegría.

—Sabes, sigo pensando que te has pasado con su iniciación. Esto es una fiesta, no una iniciación —le regañé, pero su sonrisa me impidió seguir enfadada con él.

Incluso después de todos estos años seguía teniendo la capacidad de encenderme la piel y despertar las mariposas en la boca del estómago.

—Es el más joven que se ha convertido. Por supuesto, iba a tener una fiesta. Los Ancianos estuvieron de acuerdo.

No pude evitar reírme. Nos miramos mientras nuestras sonrisas desaparecían y yo sentía la inmensidad de su amor, su fuerza arremolinándose en mi corazón. Cada año pensaba que no podría quererle más, pero mi corazón me demostraba que sí. Amor por él y por los tres hijos con los que habíamos sido bendecidos.

—No pongas a los Ancianos como excusa, todo esto ha sido idea tuya. Lo malcrías.

—Una idea que todos aceptaron por unanimidad.

Se encogió de hombros y me di por vencida. Era inútil intentar convencerle de lo contrario.

Nuestro hijo, Zaiah, había nacido hacía cinco años, pero con sólo cuatro años y ocho meses, había hecho lo que ningún otro Hombre lobo había hecho antes. Se había transformado en lobo en la primera luna de sangre en más de cien años.

Al principio, los ancianos y el chamán se aterrorizaron, pero la constatación de que Zaiah se había transformado tan pronto calmó sus temores.

Ahora todo el mundo lo trataba de forma diferente. Me encantaba que mi hijo fuera especial, pero no podía deshacerme de la sensación de que algo se avecinaba, y que tenía algo que ver con la luna de sangre. Sin embargo, no le había contado a nadie mis temores.

—Mamá, Zaiah no me deja jugar en el balancín —gritó mi hija Leanna mientras se acercaba a

mí.

Regañé a mi hijo con una simple mirada desde el otro lado del toldo.

—Ve, cariño. Ahora te dejará.

Me sonrió y me dio un fuerte abrazo alrededor del cuello antes de salir corriendo. Había nacido dos años después que Zaiah, el calco de mi madre cuando tenía esa edad, según Douglas. Yo pensaba que se parecía a mí, pero Douglas decía que yo también me parecía a mi madre.

—Prairie, Finn te necesita, creo que le están empezando a salir los dientes — llamó Layla, mi mejor amiga y niñera, desde detrás de mí.

—¿Finn? —repitió Nicholas y yo asentí—. ¿Necesitas que vaya a cuidarlo?

Sonreí a mi atento marido. Intentaba estar presente en los momentos cotidianos lo máximo posible con los niños. Especialmente con el pequeño Finn, ya que el parto fue difícil. Los médicos me advirtieron que no debía tener más hijos y, meses después, Nicholas seguía tratándome entre algodones.

—A menos que tengas dos tetas llenas de leche, creo que tendrás dejarme esto a mí.

Levantó ambas manos en señal de rendición y luego me rodeó la cintura justo cuando me levantaba para ir con Finn. Me sentó en su regazo haciéndome reír como una adolescente.

Mis manos rodearon su cara, alrededor de su pelo ahora corto plateado en las sienes.

—Hola —susurré contra sus labios.

—Hola, preciosa —murmuró antes de darme un sonoro beso en los labios.

Vi las estrellas cuando se apartó y sentí un hormigueo en la piel y mariposas en el estómago.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté sonriendo.

—Por ser una madre increíble para nuestros hijos, y la esposa más hermosa del mundo —respondió, y sentí que mi corazón cantaba.

—Sabes que no necesitas halagarme para estar conmigo, ¿verdad? A estas alturas soy algo seguro —bromeé y él se rio.

—Oh, lo sé. Yo también lo soy para ti. Sólo quería asegurarme de que lo sabías.

—¿Por qué no os buscáis una habitación? ¡Hay niños aquí, por el amor de Dios!

La voz de Ryland llegó desde atrás y ambos nos reímos antes de que Nicholas volviera a besarme sonoramente para hacerle rabiar. Podía oír los latidos del corazón de Fiona al lado de Ryland.

Latía deprisa, como siempre que estaba con él. Ambos estaban enamorados, pero eran demasiado estúpidos para decírselo. Nicholas y yo habíamos apostado a que Ryland sería el primero en declararse.

Me puse en pie cuando el llanto de Finn se hizo más fuerte.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Fiona.

—Creo que tiene hambre. Vosotros haced compañía a Nicholas hasta que vuelva.

Nicholas rio.

—Claro, Pra —repuso Ryland.

Durante muchos años, antes de que Nicholas atacara a mi padre, estuve segura de que jamás llegaría un momento en mi vida en el que me sintiera realizada.

Pero todo aquello había quedado olvidado, casi como si nunca hubiera ocurrido. Nunca soñé, ni en mis sueños más locos, que ésta sería mi vida.

Era mucho mejor de lo que había imaginado.